

76 Julio 24/87

EL ARTE  
DE SER DESGRACIADO.

LEYENDA

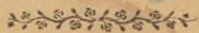
POR J. T. DE SAINT-GERMAINT.

TRADUCIDO

DE LA QUINTA EDICION,

POR

D. MANUEL CLIMENT.



MADRID: 1864.

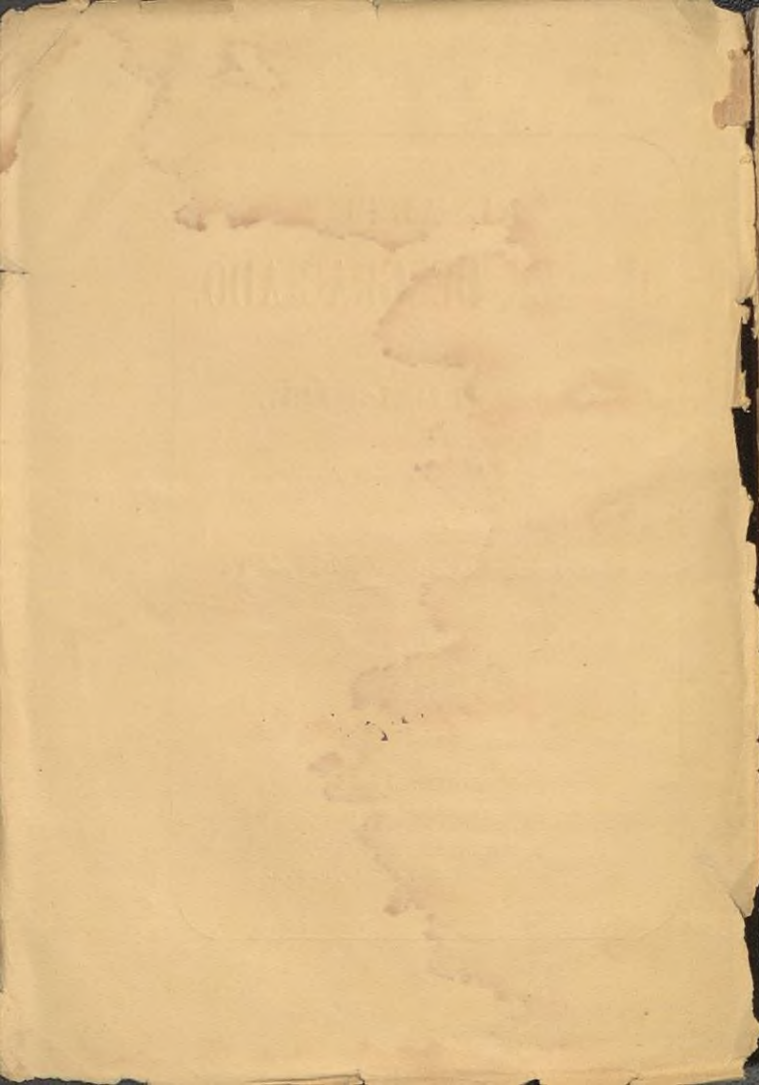
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.

16.391  
Leyenda 1864

5263



23-8<sup>a</sup> (br)

477-148

EL ARTE DE SER DESGRACIADO.

Et noluit consolari.

POR EL BANCO IND<sup>L</sup> Y MERCANTIL

EL SECRETARIO GRAL.

*J. M. Mellado*

A MR. J. T. DE SAINT GERMAIN.

---

LONDRES 13 de marzo de 1857.

SEÑOR:

Ayer fué cuando recibí vuestra carta acompañada del buen librito titulado, *El arte de ser desgraciado*, que V. ha tenido la bondad de dirigirme: yo os doy las gracias con toda la efusion de mi corazon.

Su espiritu, sus ideas tan eminentemente católicas darán, yo lo espero, consuelo á muchas almas, y atraerán la bendicion del cielo sobre el autor.

Aceptad, señor, la espresion de mis mas afectuosos sentimientos.

N. Cardenal Wiseman.



EL ARTE  
DE SER DESGRACIADO.

LEYENDA

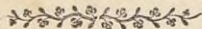
POR J. T. DE SAINT-GERMAINT.

TRADUCIDO

DE LA QUINTA EDICION,

POR

DON MANUEL CLIMENT.



MADRID: 1864.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.

THE

LIBRARY

OF

THE UNIVERSITY OF

CHICAGO

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

1891

## EX VOTO.

---

A ANA.

Yo te debo el primer pensamiento de este librito, por esto te lo ofrezco, á tí, cuya vida corre con serenidad, olvidada de tí misma, entregada enteramente á la familia y á la amistad.

Por la noche, cuando los seres animados reposan en dulce sueño, tú velas ocupada en sus necesidades; por la mañana, cuando ellos duermen todavía, solícita tú, los rodeas tomando el cuidado de una madre, de una amiga, de una hermana de la caridad, á fin

de evitarles, ó cuando menos, de disminuirles sus penas.

Tú, ni has buscado ni has hallado la dicha, pero has sabido procurarte mas que todo eso. Tú debes comprender el por que yo he reunido estas páginas; y es, que la abnegacion de tu vida me ha hecho pensar en escribirlas.

La naturaleza ha puesto miel al borde de la copa en la que debemos beber: el niño que ha nacido en el dolor, principia su vida mirando la sonrisa de su madre: la juventud avanza alegre dando la mano á la juventud: mas, si la juventud y la niñez son dichosas, es, por que no conocen aun la vida. Si ellas pudiesen medir las miserias y traiciones del camino, desde los primeros pasos se detendrian asustadas, y entonces los votos misteriosos de la Providencia dejarian de cumplirse.

Sin desanimar á los que entran en la carrera de la vida, ¿no podremos prevenirles contra las emboscadas del camino, á fin de que no se encuentren débiles y desarmados en presencia del peligro? Las ilusiones y el miraje, ó sombra de la prosperidad, á menudo son mas funestos que la misma desgracia, puesto que ellos engendran las malas pasiones, las faltas y los remordimientos.

La dicha se aprende sin maestro. El hombre sediento de bienestar bebe las efímeras alegrías que la clemencia de Dios ha dejado caer sobre el camino, como la planta agostada bebe el rocío de la mañana: por lo tanto, lo que se debe aprender es, *el arte de ser desgraciado*, pues, es el único que no se ha enseñado aun; y tal vez les sea necesario saberlo aun á aquellos que actualmente se creen dichosos.

Estas páginas no son mias, son un pia-



doso recuerdo del hombre sencillo que hemos amado, del digno pastor que hemos venerado. Si alguna vez yo he mezclado el testimonio y la autoridad de algunas imponentes opiniones, es para hacer ver que, ni la naturaleza, ni el aislamiento, ni la sociedad, ni la revolucion pueden sustraer al hombre de su inexorable destino. Solamente en el sentimiento del deber (que quiere decir sufrimiento) y de la caridad (que quiere decir amor) es donde se debe buscar la única recompensa, la única paz, el único reposo, la única compensacion de inevitables desgracias.

Tú lo sabias esto antes que nosotros.

Yo convengo en que un tal objeto es muy suficiente para hacer huir á los espíritus satisfechos que temen entristecerse, y á las gentes delicadas que se apartan de aquel que está herido por la desgracia.

Pero el Evangelio dice: «Un samaritano que pasaba por el camino, llegó donde estaba este hombre, y se condolió. Acercóse á él, vertió aceite y vino en sus llagas y lo vendó; y poniéndole en su caballo lo llevó á una hostería, tomando un gran interés por él.»

El Evangelio ha dado fruto: la caridad ha tocado los corazones; y mas de un buen samaritano se detiene hoy día y se inclina sobre el camino para socorrer al caído.

J. T.

## I.

### EL DESTINO Y LA DESGRACIA.

---

Desgraciados de aquellos que  
no conocen la miseria.

(IMITACION DE J. G.)

La hermosa aldea de los Ayavanzos (1), una de las mas antiguas de los alrededores de París, se extiende en anfiteatro sobre la pendiente de una montaña, al pié de un viejo castillo cuya sombra severa corta el horizonte. Las casas de la aldea, desiguales é irregulares, descienden formando calles es-

(1) Eglantiers. Rosales silvestres.

trechas, tortuosas y escarpadas, hasta el borde del hermoso rio que serpentea en la llanura.

Si desde la campiña de la ribera opuesta se mira la aldea de los Ayavanzos, las casas adornadas de viñas y coronadas de ramilletes de arboles, parecen sobrepuestas como las de Argel, ó de Nápoles. Los habitantes saben ser pobres, lo cual es una verdadera riqueza. Poseen algunas tierras que cultivan ellos mismos, y algunas cepas en el vecindario. Las fábricas y las elegantes casas de campo dan trabajo á los que están en estado de hacerlo, y socorro á los indigentes. El contagio de la envidia no ha penetrado todavía en este asilo, en este refugio de la paz.

La iglesia, tan antigua como venerada, está como colgada en lo mas alto de la aldea, sobre los terraplenes delabrados de un castillo nuevo, cuyos esplendores se han olvidado y del cual apenas se encuentran algunas ruinas; aunque eleva hasta el cielo su masa imponente un viejo castillo adornado con sus pe-



sados pabellones ennegrecidos por el tiempo.

Delante de la iglesia hay como una plataforma, que semejante á un ancho pilar, está como suspendida sobre esta pendiente rápida: al otro lado está el estrecho cementerio. Los progresos de nuestra avanzada civilizacion permiten á los habitantes del campo el que puedan aun reposar, despues de su muerte, á la sombra y bajo la proteccion de sus santos templos.

¡Qué bien deben dormir hasta que los despierte el ángel sobre esta suave colina, bajo las acacias habitadas por las calandrias, á la sombra de la vieja torre que se le parece al *dedo de Dios señalando el cielo*, como dice el poeta inglés! ¡Tal vez oyen el sonido argentino de la campana que llama á los fieles á la oracion de la mañana y de la tarde; á la oracion, en la que los queridos muertos tienen su parte! allí es en donde se debiera vivir y morir.

A lo largo de la iglesia y del cementerio, vuelve á principiarse la rápida pendiente, en-



trecortada por los escalones que forman la entrada de las casas suspendidas al flanco de la montaña.

En la mas humilde de estas casas vivia él. Los habitantes no han olvidado aun su nombre, y cuando pasan por aquella calle, hacen ver á todo el mundo la casa del abate Paul (Pablo). ¡Cuántas veces, fuese al ir, fuese al venir de sus viñas, han depuesto sus instrumentos de trabajo y se han sentado en los escalones de la tortuosa escalera usada y medio arruinada, para escuchar las buenas palabras, que desde el terraplen de su jardin, que era su tribuna oratoria, les dirigia el buen abate!

Y las lavanderas que volvian del rio con sus fardos de ropa mojada, ¿cuántas horas no han pasado al pié de esta escalera hospitalaria, pidiendo y recibiendo buenos consejos? ¿Y los niños al salir de la escuela? Estos no podian abandonar este recinto, que era como la sala de asilo en campo raso y de donde siempre se llevaban, con palabras de

amistad, alguna imagen ó alguna golosina.

Este abate Paul, hubiese hecho perder mucho tiempo del destinado al trabajo si en recompensa no les hubiese dado animo, consuelo, saludables consejos, cuanto poseia, es decir, toda su alma.

Cuando nosotros le conocimos, sin duda estaba ya mucho tiempo en el país, pues él conocia á los habitantes todos como á su propia familia. Su aspecto era débil, sus blancos cabellos coronaban su cara enjuta; mas, una seriedad y benevolencia inalterables radiaban en su fisonomía, que aun en su edad avanzada, conservaban todo el candor de la juventud.

¿Cómo vivia? no se sabe, pues él mismo cuasillo olvidaba. El campanero acumulaba las funciones de sacristan, era su intendente y jardinero. Su salud algo deteriorada desde mucho tiempo, lo habia reducido al régimen de un anacoreta. La leche, el arroz, la miel de sus colmenas, algunas frutas de su jardin, eran su comida ordinaria y de la

cual aun hacia partícipes á los demás. Por esto en su cara no se leía nada de humano y carnal, era como la envoltura trasparente y fragil de una alma que apenas toca la tierra.

Sin embargo, ¡cuánta fuerza y energía habia en esta débil naturaleza!

Decian los del país que el abate Paul habia sufrido tanto cuanto pueda sufrir una criatura humana sin morir, y que habiendo perdido todo lo que podia retenerlo en el mundo, lejos de dejarse abatir por la desgracia, resolvió consagrar el resto de sus fuerzas en amar, socorrer é instruir á las pobres gentes: así es como encontró una familia que jamás le habia de faltar.

¿No es este, pues, el verdadero remedio contra la desesperacion? Si todos los que desprecian la vida quisieran dar una pequeña parte de ella á los demás, los males se aliviarían y la voluntad de Dios se haria lo mismo en la tierra que en el cielo. Solamente el indolente y el egoista pueden buscar como emplear el tiempo y las manos; mas para el

que todo lo quiere hacer, ¿con cuantas cosas se puede ocupar?

Por la mañana, ¿no tenia que enseñar el catecismo primero á los niños y despues á las niñas?

*Esto era un contento sin igual, el oir cuán familiarmente esponia los primeros rudimentos de nuestra fé; á cada palabra, las mas ricas comparaciones nacia de su boca; miraba á su pequeño auditorio y el pequeño auditorio le miraba á él; se hacia niño con ellos para formar en ellos al hombre perfecto segun Jesucristo.* (Vida de San Francisco de Sales, obispo y príncipe de Ginebra, por el señor cura de San Sulpicio.)

Esto mismo se hubiese podido decir de nuestro humilde pastor.

Tambien era necesario visitar las familias pobres, animar á los enfermos, consolar á los moribundos; pues él era como un lazo entre la tierra y el cielo: por do quier que él pasase, la desgracia disminuia; y no se crea que era por la importancia de lo que



él pudiera dar, sino por la efusion de su amistad que tanto regocijaba á estas buenas gentes.

Igualmente tenia que visitar, como vecino, á las gentes acomodadas del país, para recordarles, si acaso lo olvidaban, que detrás de las cercas de sus jardines habia muchas miserias que socorrer. Y cómo rehusarle nada al abate Paul, cuando entraba en una de estas casas llevando un niño en cada mano, diciendo cándidamente y sonriendo: «*Estos son mis mayores*; aun me quedan otros ciento en la aldea para mantenerlos.» En vista de esto, los bolsillos se abrian á su disposicion, y todos eran felices, el rico gozaba de su bienestar con mas seguridad, depositando en unas manos tan puras una parte de su supérfluo; el pastor, lleno de gozo, llevaba la buena noticia, y el indigente consolado y tranquilo se dormia dando gracias al rico compasivo, al sacerdote caritativo y á Dios misericordioso.

Preciso es que la caridad sea un don di-

vino, puesto que, ella sola ha sabido cambiar la desgracia y el sufrimiento en un placer puro y sagrado, mientras que el egoismo trasforma fuerte y necesariamente el abuso de los placeres en amargos recuerdos, en disgustos, en remordimientos. ¡Qué santa y elevada es esta religion que nos ha descubierto todas estas cosas! Y la cual, al imponernos la ley *de la desgracia* nos ha dicho: *Amaos los unos á los otros*; es decir, compartid el dolor para aliviar el peso!

No es al bolsillo al que debemos dirigirnos sino al corazon: pues aquel que no quiere que le tomen ni un óbolo, dará, tal vez, una moneda de oro. Este es el secreto de la caridad.

Imponedle al rico una contribucion, como se ha hecho en alguna parte, para socorrer al indigente, y pronto vereis multiplicarse los pobres, porque entonces tendrán un oficio: ellos son pobres, se adornan con su miseria y enarbolan una bandera. Mas, en nombre de la religion, haced una peti-

cion mas humilde á la piedad: ¡ah! entonces todo se engrandece; todo se eleva; los corazones se dilatan; las lágrimas salen por los ojos; las cerradas manos se abren; el oro que se ocultaba reaparece; las casas de lactancia, los asilos, los talleres, las casas de socorro, las sociedades de beneficencia se establecen; las grandes damas se hacen hermanas de la caridad; ellas tienden la mano por los indigentes: ¿y cómo rehusarles lo que piden? Ellas han ganado su causa.

Esto es lo que el abate Paul adivinó con la simple filosofia de su corazon: él sabia que caridad quiere decir amor, y su vida no fué mas que caridad y amor.

Y esta ingeniosa caridad no la aplicaba solamente á los dolores del cuerpo, si que tambien á los padecimientos, á las enfermedades del espíritu.

Primeramente, era necesario ponerse al nivel de aquellas inteligencias, como tambien en estado de comprenderle, á estos hombres que hasta entonces no se habian

ocupado mas que en sus quehaceres; no para iniciarles en las verdades de la religion que la Iglesia les habia ya enseñado; no para hacer de ellos unos teólogos ó casuistas, sino para guiarles desde la entrada en la vida activa, para abrirles el corazon á la razon práctica y el oido al lenguaje del buen sentido. Entonces comprendió que tendria necesidad de auxiliares que le ayudasen á esta grande obra.

Esta idea le inspiró el fundar la sociedad de San Paul: la compuso de doce miembros, que eran verdaderamente discípulos de este hombre de Dios. ¿No le habia dado el ejemplo el Señor, escogiendo entre los mas humildes á los que habian de transmitir la Buena nueva á todas las generaciones? La ambicion de los mas honrados jóvenes del país fué entonces la de tener parte en este cenáculo. Si alguno de ellos se casaba ó salia del país la plaza vacante que él dejaba se trasmitia por eleccion.

Era necesario, pues, que los socios se



obligasen en algo para entrar en tan buena compañía. La religion le parecia demasiado elevada al abate Paul, para que la *exigencia* de demostraciones exteriores fuese á sus ojos el solo homenaje que se le rindiese á la Divinidad, á pesar de que en su plan entraba por mucho el desarrollo de los sentimientos religiosos: por lo mismo, no era solamente el cumplimiento de las prácticas religiosas lo que se les exigia á los elegidos; lo que imponia á los discípulos de San Paul era el no destruir la inteligencia en las tabernas, ni su salud y su inocencia en otros lugares sospechosos, sino el cultivar su espíritu adquiriendo conocimientos propios para llenar sus funciones en las mas humildes condiciones; y, en fin, para ser útiles á los otros y á ellos mismos.

¡Ved cuál es la consecuencia de la mas sencilla idea, cuando es inspirada por un sentimiento de caridad! Bien poca cosa parece, el reunir doce simples trabajadores á la puerta del presbiterio de la aldea, ¿no es

verdad? pues, mirad, la semilla que se sembró allí en nombre de la religion ha sido y es muy fecunda. Estos doce jóvenes se ven ya fuera de influencias perniciosas: su espíritu se desarrolla, su juicio se forma, su corazon se eleva; pues ellos saben que sirven de ejemplo; y los que aspiran á tomar parte en la *Obra de San Paul* practican ya los preceptos. Las tabernas y los lugares de perdicion y de desmoralizacion se van abandonando, y la fuerza que se empleaba en el mal se emplea ya en el bien.

Los discípulos de San Paul ayudaban á su maestro á buscar y conocer las necesidades de cada uno, á distribuirles los socorros, á visitar á los enfermos; y cuando era necesario hacer algun trabajo, como sembrar un campo, arar la viña de algun pobre viejo, nadie faltaba al llamamiento, pues para ellos era como una especie de derecho: de este modo el trabajo quedaba bien pronto hecho. Las mas bellas espigas, las mas pingües cosechas se veian en las tierras por donde ha-

bían pasado las manos de los hijos de San Paul.

Probad en hacer una ley que imponga la obligacion á doce jóvenes campesinos de trabajar, gratis, las tierras de un vecino, mientras este reposa en su cama, y entonces conoceréis que la caridad que obtiene estos resultados no es una ley humana.

El abate Paul no escribía nada; pero practicaba la vida de accion: y en esto seguía el ejemplo de su Divino Maestro; él creía en la fuerza del Verbo. Algunas de sus palabras, cual grano fecundo echado al viento desde lo alto de la montaña han fructificado en esta buena tierra. El destino del hombre en este mundo era su tema favorito; él pensaba, y con razon, que un error cometido al entrar en el camino, engendra crueles decepciones al llegar al fin de la carrera: por eso quería evitar á sus discípulos estas funestas ilusiones.

Estraño parecerá el ver á un cura de aldea emprender la esplicacion de tan eleva-

das cuestiones, ante un auditorio tan modesto; mas, los recursos de la juventud son inagotables cuando el contacto del vicio no ha secado los manantiales. El corazon es el primer maestro de la inteligencia. El tiempo que en otras partes emplean en placeres groseros, en la intemperancia, en las comilonas, en desafios insensatos, se utilizaba aquí descansando y complaciendo el espiritu. ¿Y por qué se ha de dejar en el embrutecimiento de la ignorancia á aquellos que se entregan á un rudo trabajo mucho mas útil que nuestras ciencias y artes? Lo que importa es poner la instruccion al alcance de sus débiles inteligencias. Una biblioteca selecta circulaba, y esto los habia ya familiarizado con los primeros rudimentos de la historia y de algunas obras escogidas de literatura. El gusto de lo verdadero y de lo bello se iba así formando y purificando. La duda y la ironía no habian petrificado estas simples naturalezas; la juventud dorada, instruida en la escuela del mundo y ocupada en sus



triumfos de un dia, hubiese tal vez sonreido sacudiendo la ceniza de su cigarro, hubiese levantado los hombros en señal de compasion al oir estas severas conversaciones, cuyos fragmentos han sido recogidos con piadoso respeto, por uno de los discípulos del abate Paul.

Un domingo por la tarde, paseábase rodeado de sus fieles compañeros, por medio de estos bellos campos que bordan la ribera del rio.

—Este grandioso espectáculo os encanta, les dijo, y llenos de reconocimiento admirais á *Aquel* que ha creado todas estas cosas, que os ha dispensado estos bienes, que os ha dado la vida, la fuerza, la salud, la juventud. El recuerdo de los débiles socorros con los que vosotros habeis ayudado á esparcir sobre los que sufren, regocija vuestro corazon, y os reconoceis dichosos. Gozad, pues, de estos bellos instantes; ¿pero debo yo dejaros creer que este es todo el objeto de la vida? Preguntémoselo al primero que venga.

Y deteniendo á un niño que pasaba:

—Hijo mio, ¿para qué fin nos ha puesto Dios en el mundo?

El niño, quitándose su gorra respetuosamente respondió sin titubear estas palabras del Catecismo.

— Para conocerle, amarle y servirle, á fin de obtener por este medio la vida eterna.

El abate Paul dió un beso al niño, poniéndole su gorrita en la cabeza.

—Ved ahí un pequeño doctor que sabe mas que los mas sabios filósofos. Si los que nos prometen la felicidad supiesen el precepto del niño, la humanidad se salvaria.

Y sentándose al pié de un árbol, continuó, poco mas ó menos, en estos términos.

—Hijos míos, ¿quereis ver, sí ó nó? ¿quereis vivir la vida de los sentimientos ó la del espíritu? ¿Buscáis solamente en aislaros con vuestro egoismo, porque hoy os hallais al abrigo de la miseria? ¿Os contentais con satisfacer vuestras necesidades, vuestros gustos, como el bruto que no ha recibido mas

que el don del instinto, ó quereis pedir á vuestra alma, cuya esencia es divina, el secreto de vuestro destino?

¿Podreis hallar un objeto mas noble para vuestra inteligencia, que el de pedir al silencio de la naturaleza y á la voz interior que resuena en vosotros mismos el misterio de vuestro origen, la causa de vuestro destierro, el objeto de vuestra peregrinacion al través de este mundo? ¿De dónde venis? ¿en dónde estais? ¿á dónde ireis? ¿Quereis saberlo?

Vosotros sois los hijos del dolor, si nó preguntadlo á vuestras madres. Los tiempos y los hombres son los eslabones de una misteriosa cadena: el eslabon soldado entre otros dos eslabones no es mas que una masa inerte sacada del polvo, por el trabajo imperfecto del hombre; y que el hollin reducirá á polvo; mas los anillos que unen á la humanidad han sido forjados por una mano divina, son simpáticos y, si es que no quereis ser tan duros, frios é inertes como el hierro,

vosotros sentireis el lazo que os ata á la humanidad, que os hace solidarios del pasado y responsables de lo venidero.

El hombre, al contemplar las grandezas y maravillas de la naturaleza, eleva su pensamiento hácia el Autor de todas las cosas; ve el cielo abierto, y se pasma al considerar el peso que lo retiene en la tierra. Él sufre de hambre, de sed, de frio, de calor; las enfermedades le hacen padecer y todas las malas pasiones vienen á agravar sus males; él sufre al nacer y al morir, y busca la causa de su impotencia.

Un gran escritor (Buffon) ha dicho: «Si hay algo en el mundo que pueda darnos una idea de nuestra debilidad, es, sin duda alguna, el estado en que nos encontramos inmediatamente despues de haber nacido. El niño que nace, incapaz aun de hacer uso alguno de sus órganos y de servirse de sus sentidos, necesita toda clase de socorros: es una imágen de la miseria y del dolor; en sus primeros tiempos es mas



débil que ninguno de los animales; su vida incierta y vacilante parece que va á extinguirse á cada instante; ni puede sostenerse ni moverse; apenas si tiene la suficiente fuerza para existir y para anunciar, por medio de sus gemidos, lo que sufre, como si la naturaleza quisiera advertirle que ha nacido para sufrir, y que si viene á ocupar su sitio entre la especie humana es para tomar su parte de sufrimientos y de penas.»

Sí, hijos míos, yo me atrevo á deciroslo, pues os creo con bastante valor para escucharle: *El hombre ha nacido para ser desgraciado*. Su debilidad, su impotencia, su ignorancia en el porvenir, la brevedad de su vida, la dependencia en que se halla, espuesto á toda clase de ataques, á todos los dolores, á perder cuanto ama; el peso que lo retiene sobre la tierra mostrándole al mismo tiempo encima de su cabeza espacios sin límites, sus vanos deseos, sus inquietudes, sus excesos, sus padecimientos, sus recuer-

dos, sus arrepentimientos, sus remordimientos, todo, todo le está enseñando que él está sujeto aquí bajo á sufrir la ley de la desgracia.

Todos los espectáculos que la naturaleza hace pasar ante sus ojos, le enseñan al ser que piensa y raciocina, que él está, como todo cuanto le rodea, en un mundo de espiacion y de trasformacion.

Solo al buey ruminante le pertenece el gozar con toda calma de su vida animal, echado en medio de los pastos, esperando el hierro que debe herirle: tambien el pájaro canta dentro de su nido, hasta que llegue el ave de rapina que debe destrozar con sus uñas á él y á sus hijuelos: igualmente la flor se mece sobre su tallo, estiende las hojas y manifiesta sus mas alegres colores, mientras llega el huracan que la ha de deshojar antes del fin del dia.

El hombre, solo el hombre tiene el presentimiento de su destino. En vano cerrará los ojos para no ver, porque á pesar suyo ese dia llegará.

Si el hombre no ama mas que á sí mismo, sus apreciaciones, el terror de los males que le circundan, la muerte que le amenaza, todo le impide el gozar de los bienes presentes; y hasta su mismo egoismo es para él una pesada carga; y si segun las leyes divinas pone sus afecciones en sus semejantes, entonces tomando su parte de desgracia, viene á tomar asiento en este gran banquete del dolor.

El que quiere echar una mirada á su alrededor, no ve en toda la naturaleza mas que la imágen de la destruccion, de la desigualdad, de la injusticia, de la opresion, de la crueldad, de la cobardía, de la traicion. sueña al borde de un riachuelo de encantador aspecto: los pescados que saltan y corren á su vista le parece que son la presa de un poderoso habitante de las aguas. Reposa sobre la yerba esmaltada de flores, y bajo esta misma yerba se dan mortíferos combates: un insecto sin defensa es tragado por una gollondrina que se marcha cantando; un ave de

rapiña se arroja sobre ella y va á llevarla á su jóven familia, cuando un águila se precipita desde lo mas alto de los aires.....

Lo que el hombre ve en el mundo físico, ¿no lo encuentra tambien á menudo en la humanidad decaida? El grande domina al pequeño, el pequeño envidia al grande; todas las malas pasiones tienden sin cesar á romper los lazos que Dios ha establecido entre los hombres, sujetándoles á las mismas miserias. Y estas malas pasiones cuyos tristes efectos estamos viendo todos los dias, los encontramos en la historia de todos los tiempos: en las primeras páginas de la Escritura, ya encontramos un asesinato igual al de los fraticidas de nuestros dias.

Solamente la religion le enseña al hombre á soportar á sus semejantes, amarles y socorrerles; tambien le enseña el secreto de la vida, y este secreto es *la desgracia*.

Si admitís esta palabra todo se hace fácil, todo se pone bajo las leyes de la realidad; la vida se desarrolla segun la voluntad del

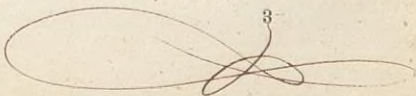


Autor de todas las cosas, el cual nos prueba y nos purifica en esta tierra de espatriacion, preparándonos y trasformándonos para mas nobles destinos.

¡Cuántas vanas protestas se hacen contra estas grandes é inmutables leyes de la Providencia! Muchos son los hombres que en diferentes épocas se han presentado; y aun en nuestros dias los hemos visto trabajar, los hemos escuchado con curiosidad, con complacencia: ellos anunciaban tiempos nuevos, la dicha debia brillar sobre la humanidad; la opresion debia concluir; acabariase la desigualdad de condiciones ó de inteligencias, las injustas diferencias en el reparto de las riquezas, la miseria, y solo nos quedaria el bienestar y la felicidad para todos.

Pero, ¿qué son las desgracias y sufrimientos en comparacion de los sacrilegios que se han cometido bajo la inspiracion de estos reformadores?....

Entonces mi santo Pastor, arrojándose en medio de los combatientes, con el ramo de



paz en las manos, dió su sangre por su baño. «Que mi sangre sea la última que se vierta,» dijo el Hombre-Dios, y por esta vez todavía, las armas cayeron.

¡Qué ejemplo mas noble de abnegacion cristiana! ¡Qué prueba mas brillante del poder de la caridad! Cuando el alba blanca del mártir se tiñó de sangre pura é inocente, las mortíferas armas se inclinaron hácia la tierra, la piedad penetró en los mas duros corazones, y el sacrificio principió á producir sus frutos; la desgracia hizo nacer en los mas opuestos espíritus el gérmen de esta union que funda los grandes imperios. A medida que los tiempos avancen, esta gloria aparecerá mas pura, y esta página de los anales de la religion será mas sublime.

Al echar al hombre desnudo, sobre la tierra desnuda, Dios lo condenó desde su caída á los mas rudos trabajos, mandándole regar la tierra con el sudor y las lágrimas á fin de obtener el pan de cada dia.

Esta ruda ley del trabajo ha sido aceptada

en todos los tiempos, aun antes que el cristianismo viniese á enseñarnos la sumision y la resignacion á nuestro destino. Los antiguos decian: *Res sacra miser*; la desgracia es una cosa santa. Bien pronto hará dos mil años que un gran poeta escribia: «Si el infatigable rastrillo no atormentase la tierra, en vano contemplarias las riquezas de tu vecino, pues para calmar tu hambre tendrias que ir á sacudir las carrascas de los bosques.» Aun decia mas: «¡Desgraciados mortales! nuestros mas bellos dias son los primeros que pasan, bien pronto vienen las enfermedades, la triste vejez, y la muerte que todo lo arrebatara.»

Un antiguo, quien en su ignorancia tenia cierto presentimiento del destino humano, decia. «El barro con el cual Prometeo formó al hombre, no lo amasó con agua sino con lágrimas.»

Ved lo que dice Isaías: «Que la paz venga, y acueste en blanda cama al que ha marchado por el camino del dolor.»

El dia que reconozcamos que es *nece-*

sario sufrir, desde aquel dia podremos decir que comprendemos la vida. Nosotros no somos llamados á vivir por nosotros mismos: solo somos los preparadores del porvenir: no somos mas que los eslabones de una cadena cuya fuerza y poder sentimos, pero que no nos es dado el ver su estremidad. Todo en la naturaleza revela esta preocupacion del porvenir: la flor que nos parece tan brillante, no brilla por ella misma; tan luego como ella ha engendrado y nutrido el fruto que debe seguirla, se agosta y desaparece; pues no es mas que una promesa del porvenir. Cuando nace ya trae en su seno el germen de su muerte, y los gérmenes incalculables é imperceptibles que deben sucederle.

*Así la débil bellota encierra un inmenso roble.*

Todos los seres no son mas que los *transmisores* de otras existencias ó pensamientos; su individualidad desaparece siempre, segun las leyes de la naturaleza, ante el grande interés de las naciones venideras. El mismo



Cristo nos lo anunció cuando tomando un niño, y dándole un beso, dijo: «El que en mi nombre reciba á un niño, me recibe á mí mismo.»

Seamos, pues, los servidores de los tiempos desconocidos, no como el mercenario y el esclavo que amontonaba piedra sobre piedra, para dejar en el desierto una sepulcral pirámide, enigma sin nombre: seamos como el obrero cristiano en las pasadas edades, que elevaba con arte misterioso templos sublimes cuyas divinas bellezas solo la religion podia inspirar: cincelaba la piedra en flores, en festones, en coronas; y cantando himnos sagrados, comiendo pan negro mojado con sudor, equilibraba hasta las nubes las flechas de mármol, y moria sin decir su nombre; nombre que, errantes, buscamos bajo las ojivas de las grandiosas catedrales, cuyo aspecto confunde nuestra debilidad: seamos, pues, los obreros *silenciosos* y desconocidos del porvenir.

*Solo el silencio es grande, lo demás todo es debilidad.*

El silencio es mas grande y mas poderoso que la palabra. Lo que no se ha dicho jamás es mas elocuente que todo cuanto han repetido las generaciones. Recogéos en vosotros mismos, y oireis la misteriosa voz del corazon: es Dios quien os habla. Los suspiros quejumbrosos del arpa eoliana conmovida por el viento, tienen mas espresion que una vibrante voz.

«Nada de lo que hay escrito es bello, dijo un hombre de genio; lo que hay de mas divino en el corazon del hombre no sale jamás.»

Y cuando hablamos de silencio, abnegacion y sacrificio, no creais deber imitar el fatalismo de ese musulman, que, sentado en tierra delante de la puerta de su casa, ve arder la del vecino y se contenta con decir: «Dios es grande; escrito está que esa casa se quemaria.» La sabiduría de las naciones dijo: *Ayúdate, y el cielo te ayudará.* El precepto del Evangelio al traer al mundo un elemento nuevo y un sentimiento desconocido, ha di-

cho; «*Ayuda á tus hermanos, que el cielo te lo devolverá un dia.*» San Pablo decia á los romanos: *No os dejeis vencer por el mal, sino trabajad en vencerle con el bien.*

Si vuestra voz se eleva hácia el cielo, que esto no sea para quejaros de vuestro destino, sino para aceptar y glorificar la desgracia.

Sí, yo os lo digo, hijos míos, y vosotros lo repetireis algun dia: *¡Bendita sea la desgracia!* ella es la que eleva al hombre sobre todos los seres animados. El bienestar universal no hubiese engendrado mas que egoismo y aislamiento; á nuestros dolores y á nuestras miserias debemos el sentimiento divino, por el cual hallamos que aun es dulce el vivir y el sufrir, la *caridad*.

A los antiguos les podia estar permitido el repetir estas desconsoladoras palabras: *Mientras seais dichosos tendreis muchos amigos; pero cuando los tiempos se vuelvan tempestuosos, os hallareis solos.* La luz del Evangelio no habia brillado todavía: el espíritu de caridad y de solidaridad inspirado por el Evangelio

era desconocido por los hombres: en cuanto á mí, yo he encontrado amigos verdaderos, hermanos desconocidos despues de mis desgracias: (1) un poeta lo ha dicho antes que ya en dos encantadores versos:

«La dicha me ha prestado mas de un frágil lazo,  
Pero la adversidad es la que me ha hecho un verdadero  
amigo.»

No quiero decir que las malas pasiones perderán los antiguos derechos que sobre el corazon del hombre les dió el pecado: nuestra vida será siempre un combate; y la *Iglesia misma, cuyo origen es divino*, la Iglesia

(1) Como en estas conversaciones familiares que no tenían carácter alguno dogmático, sino que mas bien eran lecciones paternales de moral y filosofía práctica, el abate Paul, que habia leído mucho, se complacia en invocar sus recuerdos, por eso tomaba ó citaba autoridades con toda libertad y tal cual se le presentaban, sin sujetarse á los textos sagrados, como lo hubiese hecho en el ejercicio de su ministerio. Fuera de aquí, él creía poder acudir al testimonio de la humanidad, puesto que él instruía á una generación que debia vivir, no en el cláustro, sino en el mundo.



que es tan poderosa que *las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella*, ¿no es militante en este mundo? ¿no paga cada una de sus conquistas con la sangre de sus confesores y de sus mártires?

No cabe duda, pues es una dolorosa verdad, que en nuestro país existen lamentables miserias; mas estas miserias, de las cuales vosotros sois á menudo los consoladores testigos, son inseparables de la debilidad humana; pero gracias al progreso de las costumbres y á nuestras instituciones, ya no son tan rudas como antes. Cuando habia mas, se hablaba menos, y de consiguiente habia menos recursos para remediarlas.

Si por un lado medimos todo el horror de las miserias pasadas, y por el otro miramos á la caridad y á la civilizacion endulzar, consolar los males inherentes á la condicion de la clase pobre, *bajo la bandera del cristianismo*, tal vez se tendrá el suficiente valor para soportar una parte de sus males, y se respetará mucho mas este antiguo edificio

social que los innovadores encuentran vacilante, y que á cada instante, y por cualquier cosa, amenazan de derrocar por medio del soplo popular, para sustituir los ensueños de sus imaginaciones enfermizas. Los que sufren están siempre prontos para escuchar á los *prometedores* del bienestar, y la ignorancia de los tiempos, puede muy bien dar una gran fuerza al espíritu del mal.

El sábio y prudente Montaigne, de cuyas obras ya os he leído algunos extractos, escribió estas juiciosas palabras: «La mutacion es temible en toda clase de cosas, pero mas particularmente en lo que se relaciona con las instituciones humanas, que cuanto mas viejas son, mas ocultan su origen, adquiriendo por este medio mas fuerza y crédito.»

Pero, ¿quién es el que se ocupa de lo pasado y se preocupa de lo venidero? Lo necesario es gozar y reunir una rápida riqueza. Aquí está el mayor mal de cuantos pueden amenazar nuestra naturaleza.

La vida humana ¿no es una lucha continua en la que el bien y el mal se disputan nuestra alma? El alma sabe distinguir el vicio de la virtud y dar á cada uno su verdadero nombre; pero el mal la seduce y la atrae: el antiguo (Ovidio) decia: *yo veo lo que es bueno y lo apruebo; sin embargo, yo incito lo malo*. De aquí vienen los dolores positivos, los placeres inciertos, un trabajo duro, un reposo inquieto, realidades llenas de miseria y falsas alegrías vacías de dicha.

Así se comprende la debilidad y desfallecimiento que se apodera de los espíritus sin creencia, á la vista de tantos padecimientos y crímenes: *¡Tantas tinieblas al cabo de tantas pruebas!* Si, este es el secreto de la revolucion del hombre sin fé, contra los males de la condicion humana, contra las leyes del universo. Mas para vosotros que habeis bebido en las aguas cristalinas de la pura verdad, la nube se ha disipado y la luz ha aparecido. Es necesario que lo que se ha escrito se cumpla: *«Hombre, tú comerás tu pan con el sudor de*

tu frente; tú romperás el seno de la tierra á fuerza de trabajo; salido de la tierra tú te convertirás en polvo; y tú, mujer, tú parirás con dolor.»

El que niegue la existencia absoluta é inevitable de la desgracia en este mundo comete una doble falta; irrita á los hermanos los unos contra los otros, pues los hombres se atribuyen recíprocamente los males que sufren, y entonces no respiran mas que envidia y resentimiento. En segundo lugar, el que reclama la *justicia* en este mundo, circunscribe nuestro destino dentro del círculo estrecho de nuestra existencia, y pone en duda la vida futura y al Dios remunerador.

San Pedro ha dicho: *Esperemos nuevos cielos y nueva tierra, en la cual, segun la promesa del Señor, habitará la justicia.*

Escuchemos la confesion que hace un poeta que se cree esperto en desgracias.

«En el fondo no hay mas que dos filosofías, la del placer y la del dolor, la filosofía de la sensualidad y la del amor. La filosofía del



dolor sancionada por la aceptacion y consolada por la esperanza, esa es la del cristianismo.

»El hombre es un insecto efimero, nacido de las tinieblas y del dolor, para morir entre las tinieblas y el dolor. Durante algunas revoluciones del sol, roe la epidermis de este globo al cual está ligado, y luego vuelve á fecundar esta epidermis con su propio polvo.

»Solo de nombre conoce la eternidad, el espacio, el tiempo, la ciencia y la felicidad. No es mas que un punto sensitivo y doloroso de la creacion. Su mayor dolor es el ignorarse él mismo. Toda su naturaleza parece que se halle en contradiccion con la bondad de este Creador, que su razon le obliga á creer infinitamente bueno. El busca como explicarse esta contradiccion que no puede ser mas que aparente. Piensa, imagina, conjetura, concluye..... ¿qué concluye? ¡Misterio! (De Lamartine).»

Pero para nosotros los cristianos, la reli-

gion nos da la clave de este *misterio*. La fé esparce su viva luz al través de las tinieblas, pone ante nuestros ojos la perspectiva infinita de la esperanza, y llena nuestros corazones con las puras delicias de la caridad.

En el destino del hombre, el bien y el mal tienen una parte incierta é invariable: sin duda él puede aumentar el bien y disminuir el mal: tal es el objeto de su vida, tal debe ser el objeto constante de sus esfuerzos: mas yo os digo, el hombre no sabria vencer ni destruir el mal en esta tierra, porque segun la voluntad divina, el *mal* es necesario. El Salvador nos ha dado esta grande leccion dejándonos el recuerdo de sus dolores.

Si en vista de tal testimonio dudáseis todavía, examinad ese problema que la humanidad no puede resolver. Mirad los pueblos, que en su estado salvaje apenas tienen algunas nociones del bien y del mal, como se destruyen entre sí. Vedles despues mejorar su

suerte por medio de la civilizacion, combatiendo el mal con el bien. Vereis como la dulce seguridad protege á las familias, como la fortuna pública se aumenta, como se acrecienta la poblacion, y esto os hará conocer la prosperidad de los Estados, hasta que la excesiva poblacion se convierta en una peste que destruya los imperios y que la desgracia vuelva á tomar sus derechos.

Chateaubriand dijo: «¡Hombres! que cual míseros insectos vamos zumbando alrededor de una copa llena de ajeno, solo porque la casualidad ha hecho caer en ella algunas gotas de miel, nos devoramos los unos á los otros cuando nos parece que el espacio falta á nuestra multitud; y que para mayor desgracia nuestra, cuan mas nos multiplicamos mas campo deseamos. De este terreno que va disminuyendo, de estas pasiones que van aumentando incesantemente, deben resultar tarde ó temprano terribles revoluciones.»

El hombre que hoy dia no viene mas que

por el deseo de satisfacer su *bienestar*, sabe crear necesidades insaciables, mas ardientes y exigentes que las limitadas de nuestra naturaleza, y para satisfacer sus necesidades sensuales y las pasiones de un dia, entrega su alma inmortal.

Cada época ha producido una idea poderosa que ha guiado á las masas hácia un noble objeto, un interés comun. Parece que nuestra refinada civilizacion haya achicado los espíritus haciendo degenerar los sentimientos del corazon. ¿En dónde están estos nobles sentimientos con que se cautiva y atrae á la multitud? La idea dominante, la enfermedad de nuestro siglo es la necesidad de *gozar*, la pasion desenfrenada de la *dicha*.

Esta sed rabiosa de la dicha, esta aspiracion que no se puede encontrar en este mundo nada que la satisfaga, es como el miraje que descarria al viajante y que le hace sucumbir de cansancio y de desfallecimiento, cuando hácia la noche reconoce su fatal



error. Esta pasión es la mas tenáz de todas las pasiones, la mas inveterada y al mismo tiempo la mas estéril. Es el elemento mas disolvente de las civilizaciones en decadencia.

Las malas yerbas se multiplican en un terreno inculto ó debilitado, entrelazan sus raíces y sofocan la buena semilla; así es como todo sentimiento justo y honesto, tierno y dulce, bello y verdadero, se ve sofocado y destruido por la necesidad de poseer, por la pasión de gozar. Las leyes son impotentes para reprimir las pasiones desenfrenadas; el bien y el mal, lo justo y lo injusto son para estos apóstoles de la dicha, palabras vacías de sentido. La justicia humana podrá asustar á los débiles y castigar á los culpables, pero jamás sabrá convencer ni atraer al bien á los espíritus pervertidos.

¿Cuál es, pues, el maravilloso poder de esta santa religion que crece en medio de este envilecimiento, que plana encima de todas estas debilidades, que conserva el depósito sagrado, la tradicion de las grandes verda-

des divinas y morales, que enciende su luz en medio de las tinieblas, que vierte en este mundo egoista y sobre estos corazones de hielo los tesoros inagotables del sacrificio y de la afeccion, de la caridad y del amor? Hermanos míos y amigos, mirad sin cesar esta luz; seguid á este astro brillante que es el que os muestra el buen camino y que os ha de conducir al puerto de la salvacion.

La dicha es estéril y jamás ha producido gran cosa: al contrario la desgracia, pues ella nos lo ha dado todo, y su fecundidad misma prueba su razon de ser. Mirad desde Cristo, desde este divino maestro de la desgracia, de donde han salido todas las grandes ideas y los nobles caractéres.

Vosotros encontrareis hombres célebres por su ambicion, sus escesos, sus locuras, sus vicios y crímenes, entre los que persiguen á todo trance sus sueños de insensata ambicion; pero entre los que se han sacrificado á la desgracia encontrareis á todos los héroes de la humanidad, poetas, escritores

célebres, sábios, inventores, guerreros intrépidos, magistrados integros, irreprochables. ¿Os atreveréis á preguntarles si han sido dichosos? Entonces preguntadle á Juana de Arco que premio recibió por haber escuchado la voz divina. Preguntadle al humilde sacerdote que asiste y consuela á los afligidos, que vela al lado de la cama del moribundo, si espera de vosotros la recompensa. Preguntadle á la hermana de la caridad por qué ha trocado su libertad por un vestido burdo, por qué vá tan lejos á socorrer á los apestados y enterrar á los muertos y si busca la dicha en este mundo. Pedidle al misionero que derrama su sangre esparciendo la divina palabra entre los bárbaros; al soldado que vela sobre la muralla; al marinero que busca en el cielo una estrella que lo guie; al minero que languidece en los abismos de la tierra: en fin, preguntadlo á todos los que siguen la ley del deber.

El bienestar embota las facultades y aun los mas simples instintos: la desgracia, el pe-

ligro, el dolor, la necesidad, provocan al pensamiento y animan á la reflexion. Tomemos ejemplo de entre los mas infimos seres: la zorra perseguida por el cazador, consigue dar á su instinto el poder del pensamiento, de modo que consigue el burlarse de la inteligencia del hombre. La gallina, vista en la calma de su gallinero, es notable por su timidez, pero si su instinto se ve sobrescitado por el deber que la naturaleza le ha impuesto de cuidar una numerosa familia encontrándose frente á frente con un pájaro de presa que amenace á sus hijuelos, entonces este ser tímido se transforma bajo la influencia del dolor, del mas grande dolor que pueda sentir una madre, y erizando sus plumas espera intrépida, ella que en toda otra ocasion no sabria por donde huir á un enemigo veinte veces mas fuerte que ella, y su coraje es tan grande que á veces el débil triunfa del fuerte.

Mas si vosotros os sacrificais á la desgracia y al deber, no pidais á este mundo la re-



compensa de vuestras buenas acciones. Toda accion que recibe su recompensa pierde ya la mitad de su mérito. Un sábio decia: *Yo he amado la justicia y he odiado la iniquidad, por eso moriré en el destierro.*

En los libros santos (el Eclesiastés, capítulo IX) se leen estas terribles y proféticas palabras: «Todo está reservado para el porvenir y queda incierto, porque lo que sucede lo mismo es para el justo que para el injusto; para el bueno como para el malo; para el puro como para el impuro; para el que inmola víctimas como para el que desprecia los sacrificios. El inocente es tratado como el pecador, y el perjuró como el que dice la verdad. Y lo peor de todo lo que pasa bajo el sol es, que á todos acontece de un mismo modo. De aquí el que los corazones de los hijos de los hombres estén llenos de malicia y de desprecio durante la vida; despues todos serán colocados entre los muertos.»

Tambien está escrito. «Todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y arrojado

al fuego.» Pero no es en este mundo en donde se debe cumplir esta amenaza de la divina justicia. Mirad ese árbol estéril é inútil, todavía no ha recibido ofensa alguna, mientras que este otro que está cargado de excelente fruto, está destrozado por las piedras que le arrojan los que pasan.

Un proverbio indio dice, que el árbol de Sandal en el momento que lo cortan llena de perfume el hacha que lo ha cortado; así es como el cristiano debe recibir las injurias de la suerte; así como el inocente debe caer delante del opresor.

Nada hace ver hasta donde llega la virtud de cada uno como la adversidad: así lo dice la Imitacion de Jesucristo. Pero, así como se repite que la adversidad prueba al hombre, ¿no seria justo decir que tambien la dicha lo prueba y que la desgracia lo instruye? Hay quien resiste á los mayores apuros de la desgracia y que sucumbe embriagado por la dicha.

El Poeta Petrarca temia mucho los peligros de la prosperidad; y en el siglo XVI

escribia un libro intitulada: *Remedio contra la una y la otra fortuna.*

¡Oh suprema dicha! ¡oh padecimientos extraños!

¡Como os semejáis ¡pareceis los mismos!

La gente que no cree en la desgracia, dice á sus parciales: «Brilla, cautiva á la fortuna, pues á cualquier precio que sea, es necesario conseguir su objeto.» El filósofo, que se cree prudente, dice prudentemente á su discípulo: «¿Para qué quieres destruir tu vida persiguiendo la fortuna? goza sin pérdida de tiempo, conserva la moderacion, la indiferencia y la alegría; las emociones dulces mantienen la vida como el soplo ligero la llama. Las pasiones tumultuosas y los roedores cuidados son dos manantiales de males que la sabiduría aleja. Así el sábio crea para su uso, una pequena sociedad aparte.—Unamos á la familia, dice él, algunas personas cuyas costumbres sean amables y de sencillos gustos, y así acabaremos de poblar nuestro universo.»

Así es como han querido revelar el secreto de la felicidad y ponerlo en práctica algunos espíritus exclusivos. No podemos dejar de convenir que, gozando sin pérdida de tiempo, alejando los cuidados roedores, encerrándose en la indiferencia como dentro de una arca de salvacion, lejos de las tempestades que amenazan á la humanidad, se puede conseguir, dentro de ciertas condiciones escepcionales, un bienestar envidiable. Mas ¿es este el verdadero destino del hombre? Para que este bienestar fuese completo seria necesario cerrar los ojos, taparse los oidos, y sobre todo no tener corazon para no ver, oir y sentir los gemidos desgarradores de la desgracia.

*«Yo soy hombre, dijo un pagano; y nada de lo que es humano debe serme indiferente.»* Esta bella moral es como un presentimiento del cristianismo. Y debe ser practicada, sobre todo, por los que han recibido el don divino del Evangelio.

Aceptad, pues, la vida no por sus efíme-



ros placeres, no en despecho de sus dolores sino por sus mismos sufrimientos, puesto que ella debe su nobleza á estos mismos saludables sufrimientos, por ellos germinan, crecen y se producen los mas fecundos pensamientos y las mas generosas voluntades. La desgracia no es mas que el deber, y no parece intolerable sino á los corazones débiles. Los antiguos empleaban el mismo nombre para decir *virtud* y *valor*.

Los que se dejen dominar por la tristeza, los que dejen ver las señales á aquellos á quienes deben sostener y á los cuales deben dar ejemplo de valor y firmeza, practicarán muy mal el arte de ser desgraciados. Montaigne, el gran maestro del buen sentido lo comprendia así, y pore so decia. «Yo soy uno de los que mas exentos están de esta pasion, pues ni la amo ni la aprecio, aunque el mundo quiere á toda fuerza honrarla con particular favor; con ella visten á la prudencia, á la virtud, á la conciencia..... ¡necio y vil adorno!»

Ciceron ha dicho: "Mirad á una alma que se ha engrandecido y elevado hasta el mas alto grado, y cuya superioridad brilla sobre todos los desprecios del dolor, miradla como el mas digno objeto de admiracion. Yo la consideraré aun mas digna si lejos de los espectadores no hace mas que complacerse á sí misma. No hay nada mas laudable que lo que se hace sin ostentacion y sin testigos." Estos pensamientos son grandes y nobles, lo que estraña es, que vengan de un hombre que no estaba esclarecido por las luces del cristianismo. ¡Qué brillo no le hubiese dado Ciceron á esta moral si él hubiese considerado el dolor desapareciendo ante la afeccion, la caridad, y deber de ser útil á sus semejantes.

«Venid á mí, vosotros que padecéis y lleváis una pesada carga, venid y yo os daré la paz.» Estas bellas palabras del Evangelio no quieren decir; yo os daré la felicidad, no; ellas quieren decir: yo os enseñaré á sufrir. El Cristo que vino por salvarnos no nos pro-

metió nada en este mundo. «Dichosos los que lloran, porque ellos *serán* consolados.» «Amaos los unos á los otros» dijo aun, y este es el resúmen de toda la moral divina. Amaos los unos á los otros, es decir, tomad una parte del dolor de vuestros hermanos. El que practique esta máxima practicará el arte de vivir; es decir, el arte de ser desgraciado.

Desde el tiempo de Adán, la voz de la humanidad no ha hecho oír mas que un doloroso gemido. La Escritura dice: «¡Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: un hombre ha sido concebido!» ¡Pero desde el día en que ha aparecido la luz, la desgracia se ha glorificado, el sufrimiento se ha divinizado!

La *caña*, débil signo de la humillacion; se ha hecho mas poderosa que un cetro de oro.

La corona de espinas brilla mas en el mundo que una diadema de perlas y diamantes.

La cruz, signo del último suplicio, es un premio envidiable de gloria.

La desgracia se ha convertido en aureola, y citando el mas grande ejemplo de nuestra historia, la roca de Santa Elena es un trono mas brillante que el de las abejas de oro. «A tan alto destino no le faltaba mas que la consagracion de la desgracia,» al hombre no le falta mas que una desgracia, un deber. Así lo dice un poeta contemporáneo (Saint-Beuve.)

Y la palma que á sus versos le negaron en vida,  
Floreció ella misma, en el fondo de la tumba,

«La cárcel, dijo otro, (Th. Gautier) es una excelente cátedra para predicar una idea nueva.»

«Potencias celestes, *el que no ha comido su pan con lágrimas*, no os conoce;» así lo ha dicho Gæthe.

«El dolor es un país cuyos naturales guardan el recuerdo; país pobre, estéril y



sin sol, pero en el que se aman los que han nacido en él.» (Leon Gozlan.)

«Por medio de este misterioso poder inherente al *sufrimiento*, ¿ha querido Dios enseñarnos que él debe ser *uno de los mas constantes elementos del destino humano?*» (X. Marmier.)

¡Ved que trasformacion tan grande! la desgracia no se considera ya como una debilidad propia de nuestra naturaleza, sino como fuerza y poderío. La voz de los primeros cristianos envueltos en las Catacumbas ha atravesado estas bóvedas profundas y ha resonado en todo el universo, porque ella celebraba el sufrimiento y divinizaba el sacrificio.

Despues de haber espuesto la ley fatal que preside á nuestro destino, bien podriamos justificar el dolor, ó cuando menos explicar su necesidad.

Loke dice: «Sin el dolor, la creacion hubiese muerto, y todo lo que ha sido creado sería insensible. La necesidad, es decir, la pobreza y el dolor, son los dueños de las artes.

Sin el dolor del hambre, que es el peor de los dolores, nadie cultivaría la tierra. El amor maternal no vive sino de tormentos y terrores; el hombre que no ha sufrido, es el mas ignorante de los hombres.»

El nombre genérico del hombre, en hebreo (Henoch) significa, segun dicen, fiebre ó dolor. «El placer mas intenso se convierte en dolor» (Montaigne) Y Sócrates dijo: «Las desgracias son los cirujanos comadrones de los grandes pensamientos y de las grandes virtudes.»

Todo lo que nos toca y conmueve en este mundo, descansa sobre la desgracia. Los dichosos del mundo, ó los que se llaman así, los que no ven las lamentables miserias que los rodean, esos mismos pues, buscan en los libros y en los espectáculos la imágen de dolores imaginarios.

Todas las grandes obras que han llegado hasta nosotros al través de los siglos, y las que sigan el mismo camino, serán engendros ó recuerdos del dolor. Las desgracias de Uli-

ses y las ruinas de Troya inspiraron á Homero. La persecucion, el destierro y el resentimiento, le dictaron á Dante su *Divina Comedia*. Milton, acabado por la miseria escribió el *Paraíso perdido* por cinco libras esterlinas. El arte cristiano debe el brillo que lo eleva sobre todas las artes materiales del paganismo á los dolorosos misterios de la vida y muerte de Cristo.

La misma vida física nos da una especie de presentimiento de las verdades morales. Es necesario que el diamante en bruto sea roto con los dientes de otro diamante, para que resplandezca con todos sus fuegos. Es necesario que el oro pase por el suplicio del crisol para que dé todo su brillo. Es necesario que el hierro gima bajo del martillo para adquirir toda su fuerza. ¿No es necesario tambien que el corazon del hombre gima bajo el peso de la adversidad para hacerse fuerte? de otro modo el hollin del egoismo y de la ociosidad lo devorarán, como el hollin devora al hierro.

¡Cuántos ejemplos podríamos acumular para probar la impotencia del bienestar y la fecundidad del dolor! El es el que hace hablar á los mudos. «Soldado, no mates á Creso.» El tiene acentos que dominan la fuerza. El leon de Florencia se detiene delante de una madre desesperada y le vuelve su hijo. El dolor es el único indicio que le hace conocer á un médico el mal y el remedio. Los venenos son los medicamentos mas eficaces; y vosotros mismos decís á menudo, que lo que es amargo para la boca es dulce para el corazon. Un hierro ardiendo, es muchas veces, el único remedio para ciertas heridas.

La naturaleza elocuente ha puesto un límite al dolor físico y moral que el hombre puede sufrir, este es, la insensibilidad ó la locura. Así es, que los metales mas duros sufren cierta presion de la mano del hombre; pero cuando esta presion pasa los límites de su naturaleza, entonces se rompen en pedacitos impalpables y á veces se reducen á polvo.



Mirad detrás de ese cercado de espinos á esa jóven que está riendo y cogiendo flores para hacerle un ramo al niño que la acompaña: escuchad su festiva cancion. ¿Habeis visto jamás cosa mas alegre? una madre, un niño, flores..... Vosotros direis que la dicha está con ellos; ¡pero si conociéseis esta triste historia! Es Magdalena, sí, la pobre Magdalena. ¡Cómo ha cambiado su cara! Su misma alegría tiene algo de doloroso. Hace algunos años las campanas tocaban alegremente anunciando el casamiento de Magdalena: todo sonreía delante de ella, nuestros votos la acompañaban. Mas ¡qué cortos fueron estos dias de felicidad! Poco tiempo despues conduciamos al cementerio á su jóven esposo. ¿Y ella? ella quedó sola en el mundo con un hijo aun pequeño. Pero, ¡con qué amor hemos visto cuidarle! jamás se separaba de él; toda su vida estaba reconcentrada en esta afeccion: en donde estaba el niño allí se veía á la madre; y cuando se hablaba de una buena madre, todos decian: es como

Magdalena. Esto era un objeto para su vida y una esperanza para lo venidero. Pero la desgracia no dice jamás: ya me habeis pagado vuestro tributo, estamos en paz. La muerte le dijo un dia; tú me debes aun tu hijo; y la muerte se lo tomó.

Que los que nos prometen la dicha me respondan. ¿Qué le diríais á una madre, que inclinada sobre la cuna vacía pide á su hijo? ¿qué teoria pondríais ante esta grande imagen de la desgracia? En cuanto á mí, que he asistido á toda clase de desesperaciones, puedo decir que no he visto jamás un dolor mas profundo é inconsolable que el de una madre que busca á su hijo. La religion ha divinizado casi este sentimiento, honorando á la Virgen, madre del Salvador, arrodillada al pié de la cruz. ¿Por qué, segun la ley de Dios, esta desesperacion de una madre es la mas grande de cuantas afligen á la humanidad? Es que la madre, este vaso de dolor, está unida á su hijo por todas las penas, vigiliass, inquietudes, lágrimas y agonías; es

que las generaciones no se suceden sino bajo la proteccion de este dolor. Es que Dios le ha dicho á la mujer: «Tú guardarás y cuidarás á todo trance el fruto que has engendrado en el dolor, de otro modo no podrás ser consolada.»

Así, la pobre madre que habia gastado sus últimas fuerzas en amar y cuidar á su hijo, único lazo que la ligaba á este mundo, la pobre madre no podia consolarse. Ella habia temido en sus brazos al yerto cadáver de su hijo, y bien pronto su débil cabeza dejó de comprender lo que habia perdido, creyendo que su hijo solamente se habia extraviado. «Yo le hallaré, no tengais cuidado,» decia ella buscando á su hijo riendo; y esta risa causaba mas pena que lo hubiesen hecho los lloros.

Estando yo un dia en la iglesia explicando el Catecismo á los muchachos, entonaron estos un cántico, haciendo oir desde fuera sus voces claras y vibrantes. De repente veo entrar una mujer manifiestamente agitada: era Magdalena. Dirigióse á mí, y con mirada

torva me dijo en voz baja: «Aquí está, y he oído su voz al pasar por delante de la iglesia: no me digais nada, pues voy á encontrarle.» Y tomándome la mano pasó silenciosamente por entre las dos filas, examinando todas aquellas pequeñas caras. De repente se detuvo delante de un hermoso niño, el cual, estendiendo los brazos hácia ella, grito: «¡Mi madre!» Justamente era un huérfano que buscaba á su madre que hacia poco habia muerto. Viendo que Magdalena vacilaba, hice salir de entre las filas al niño. «¡Es él! exclamó ella; si él es, es mi hijo. ¿No os decia yo que tan solo estaba perdido?» Y oprimiéndole contra su corazon le prodigaba las caricias de la mas tierna madre, marchándose al momento con su tesoro.

¿Qué hacer? el pobre niño se habia quedado sin familia, y bien pronto iba á quedarse sin apoyo, sin abrigo; á mas, era en el templo del Señor en donde una madre habia hallado un hijo, y el hijo una madre. ¡Los caminos de Dios son misteriosos!



Solamente yo hice seguir los pasos de Magdalena, á fin de observar su conducta y no esponer á peligro alguno á nuestro pobre huérfano, recomendándolo al mismo tiempo á nuestro buen doctor.

Desde esta época, ella no se separa del niño. ¡Mirad cómo se aman! ¿Se ha visto jamás madre mas tierna, atenta, tranquila y prudente?

Mucho debemos sentir que Magdalena haya perdido la razon, y que viva con esa ilusion. ¿Pero no seria aun mas sensible que recobrándola un dia reconociese su error, y cayendo bajo el peso de la realidad abandonase al pobre huérfano en quien cifra hoy dia toda su alegría? Que Dios le conserve su desvarío, este error demente, que da una madre á un hijo, y un hijo á una madre. Mas, callad; dejad pasar á esta desgraciada, no hay que sacarla de esta distraccion: temed por ella el que vuelva á la razon.

Entretanto, su corazon renace á la caridad y al amor; es decir, á la vida. Tal vez

Dios, en su alta piedad, le reserva este refugio. La religion podrá penetrar mas tarde en el corazon macerado de esta pobre madre, vertiendo en él sus dulces consuelos. La necesidad de servir y ser útil, le dará tal vez la fuerza necesaria para ser desgraciada.

Los dolores han tenido tambien sus adeptos y fanáticos lo mismo que los placeres. Los convulsionarios sufrían los mas crueles suplicios con la sonrisa del éxtasis. *Morituri te salutant*. «Los que van á morir te saludan,» decían los esclavos á César, cuando avanzaban sin palidecer, en el Circo que iban á inundar de sangre. «Esto no hace mal,» decía la mujer romana presentándole á su marido el puñal con el que se habia herido.

Los monjes indios se someten voluntariamente á inauditos padecimientos.

No es bastante el perecer por una causa, pues es necesario que esta causa sea justa y santa. Por esto en la voz sonora del mártir se observaba algo de divino, cuando confesando su fé pronunciaba estas palabras sa-

cramentales: *Christianus sum*. Esta abnegacion, esta sumision, dan una fuerza indomable: esta voz, al espirar, resonaba por todo el mundo, y los ecos de las generaciones repiten aun el *christianus sum*.

Las revoluciones jamás han fundado cosa buena. «La ciencia, segun dice San Pablo, hincha, pero no edifica.» Antes de reformar á los otros, cada cual deberia reformarse á sí mismo. Los reformadores difícilmente escapan á este su original vicio. Unense para destruir sin reconocer la fé comun, la proscripcion les ha dado muchas veces mas importancia que sus doctrinas.

Ninguna fundacion es duradera si no se hace por el amor, que es tan inseparable de la humildad como el orgullo lo es de la revolucion; y esta humildad es el manantial de la verdadera libertad. «El hombre, esclavo de las pasiones, no será libre sino por medio de la oracion.» Así lo dijo un filósofo en un momento de lucidez.

Cuando uno se atreve á reflexionar sobre

nuestra débil naturaleza, cuando uno llama en su ayuda la razon, la esperiencia y la evidencia; cuando uno tiene el valor necesario para abrir los ojos y mirar cara á cara y á sangre fria estas verdades palpables, es necesario reconocerlo, este fausto, estas pompas, estos placeres, estas ilusiones que cubren con un manto de oro las miserias de la humanidad; estos gritos de alegría, estas risas con las que sofocan los gritos de la agonía y de la desesperacion, son semejantes á estas ricas vejitaciones que ocultan los abismos, á estos brillantes alfombrados de flores nuevas, bajo las cuales no hay mas que polvo; á estos blancos sepulcros que no contienen dentro mas que vanidad.

En general nadie ocupa su imaginacion en estas cosas tan diferentes de las que reinan en el mundo. La respuesta es perentoria: »¿Estamos en un cláustro, dicen irónicamente, para que estemos repitiendo desde la mañana hasta la noche. hermano, es necesario morir?» (La ironía es una arma brillante cu-



yo falso resplandor deslumbra y turba la mirada incierta de aquel á quien se dirige). Tambien los que están encargados de instruir la juventud y enseñarle la carrera en la cual es necesario vencer ó morir, rara vez les dejan ni aun adivinar las emboscadas que les están preparadas y que encontrarían desde los primeros pasos. Muchas cosas son las que les enseñan; pero ¿quién es el que está encargado de enseñarles á vivir ó cuando menos á prepararlos para los rudos combates de la vida? A muchos les enseñan á brillar y seducir con amables esteriores y talentos agradables, y sobre todo, á *conseguir* á todo precio: se les hace ver un fin que es necesario alcanzarlo, pues es la fortuna la que se debe conquistar; se les ilumina el espíritu y se olvidan del corazon, y prometiéndoles un porvenir incierto, no les dejan ver los peligros y desgracias que encontrarán en el camino. De aquí provienen todas las turbaciones, decepciones y aun la desesperacion. Ya lo hemos dicho; ó el hom-

bre olvidando la voz de su conciencia, vejetará encerrado en su egoismo, que tarde ó temprano será el manantial mas amargo de sus males, ó abrirá su corazon á la *caridad*, y entonces los dolores de sus semejantes serán sus propios dolores.

¿Vosotros creéis todavía en la igualdad? Mirad este roble y este tallo de yerba, acordaos de estos climas en los que la fecunda naturaleza ha esparcido con profusion sus encantos y sus dones; en donde los hombres, sin necesidades, descansan á la sombra de los naranjos, y despues dirigid vuestros pensamientos hácia esos retiros subterráneos y ahumados, en los cuales, una porcion de hombres hambrientos se hallan envueltos bajo los hielos del polo y que no saben como calentar sus miembros entumecidos.—Mirad en nuestra Europa estas razas privilegiadas, de elevada inteligencia, iluminadas con las luces del cristianismo, y comparadlas con esas razas embrutecidas, con esos seres incompletos que viven en el estado salvaje; con

los que languidecen en las tinieblas de la idolatría; con los que sucumben bajo el peso de la esclavitud ó de otro peso no menos difícil de sostener, el de una libertad que no saben dirigir por no haber hecho antes un buen aprendizaje. — Ellos son los hijos de Adán, son vuestros hermanos. ¿Direis que Dios quien les ha repartido tan desigualmente los bienes y los males ha querido hacerlos nuestros iguales? — Aun en un mismo punto existen estas diferencias; y sin embargo, según una ley providencial, cada cual ama su país, el país que lo ha visto nacer. Por todas partes habrá siempre privilegiados y desheredados.

Vosotros habláis de morigeración de costumbres, y yo por mi parte no os negaré el progreso; pero decidme, vosotros que apenas habeis entrado en la vida, ¿habeis visto siempre sostenido el orden, respetada la ley, la autoridad inviolable y la fraternidad puesta en práctica?

¡La fraternidad! Antes de pronunciar es-

ta última palabra y para que no sea un sarcasmo odioso, decidme, ¿habeis hecho desaparecer las sangrientas señales que dejaron en las calles de nuestras ciudades las discordias civiles? ¿habeis enjugado las lágrimas de las madres, de las viudas, de los huérfanos?

Vosotros soñais las dulzuras de la paz, que es el primero de los bienes, pero ¿no estais viendo que no se necesita mas que un leve incidente para que la mitad de la Europa se arme contra la otra mitad en nombre del derecho y la justicia, y para que nuestra mas pura sangre se derrame en la frontera de los bárbaros?

Vosotros aspirais, al menos en vuestro país, al bienestar universal admitiendo el poder de la civilizacion; pero no veis que una plaga pestilente recorre periódicamente la Europa, hiere, destroza, diezma y destruye las familias, desaparece y vuelve cuando menos se piensa con la velocidad del rayo. La tierra rehusa sus productos á los esfuerzos del labrador: la viña ingrata no se



satisface con el sudor del viñador; los terremotos devastan poblaciones enteras; las inundaciones las ahogan, y cuando este huracan ha pasado, el hombre reedifica sobre los escombros amasados con lágrimas y sangre el vacilante edificio de su prosperidad.

¿Qué plagas esperan aun estos hombres para comprender las vias de la Providencia, para inclinarse ante la autoridad del Soberano dueño del mundo, para confesar su impotencia y su nada?

Sin embargo, veamos cual son las consecuencias de la desgracia que no le es dado al hombre huir ni vencer. Estas mismas plagas, instrumentos misteriosos en las manos de la Providencia, revelan, ponen en evidencia y en accion las mas nobles cualidades de la humanidad, el espíritu de afecto y del sacrificio estrechan mas y mas los lazos que deben unir á los hombres y á los corazones; el espíritu de la caridad enaltece á la criatura, quien en la indolencia y la prosperidad se achicaria.

La *hurpa* es el agua del cielo, es una plaga que de las montañas de la India baja en impetuosos torrentes. Cuando la hurpa se desencadena y cae sobre las fértiles llanuras del Ganges las inunda y destruye; entonces el odio, aun el de los mismos animales mas enemigos, se apaga, y una misma rama sirve de refugio á la paloma, al buitre y á la serpiente: del mismo modo los malos parece que pierden su pujanza en las catástrofes, mientras que por un contraste providencial, los buenos redoblan su energía y su fuerza mientras dura la desgracia.

Cuando un cólera implacable diezmaba las poblaciones, la caridad pública hizo heroicos y piadosos esfuerzos para dulcificar las desgracias de las familias; los huérfanos fueron amparados, adoptados y educados: el jefe del Estado, los médicos, los sacerdotes, las hermanas de la caridad, los ciudadanos, las grandes damas, tocaron sin palidecer la débil mano del apestado.

Cuando la inundacion destruyó en un

dia habitaciones y cosechas, cubriendo de ruinas un país floreciente, ¡cuántos sacrificios, cuántos esfuerzos, cuántas heroicidades se hicieron para arrancar tantas débiles víctimas de los brazos de la muerte! ¡Cuántos simpatías, cuántas privaciones se impusieron para consolar y mitigar tan acerbos dolores!

Cuando los ardorosos desiertos han sido regados con la sangre de los cristianos, armados para reprimir y aun destruir el brigandaje, entonces principió á germinar el espíritu de caridad entre los bárbaros; los vencidos, confundidos con los vencedores, participaron de los beneficios de la civilización, y el suelo conquistado con las armas ha sido fecundizado con el comun trabajo de los colonos y de los indígenas, unos y otros protegidos por nuestras leyes.

Cuando la guerra reúne en un lejano campo de batalla dos naciones rivales en defensa del débil y oprimido, las antiguas enemistades desaparecen; el espíritu de frater-

nidad protege y anima á los combatientes; el sentimiento religioso penetra en los corazones, y nuestros defensores, olvidando en este vasto teatro las pequeñeces de la comedia humana, marchan á la victoria invocando á Dios y al buen derecho.

Suponemos, pues, admitida la ley general del trabajo, del sufrimiento y de la desgracia: á pesar de esto nos dicen: *pero hay dichosos en este mundo*, y por esta sola razon se aspira á formar parte de estas escepciones. La riqueza les parece á muchos que es un manantial de goces, un puesto seguro y un abrigo contra la mayor parte de los males; así, todos quieren ser ricos, todos quieren ser esta rara exencion, sin pensar que de aquí nacen los mayores males, mas irreparables que los destinados por la Providencia.

Durante este discurso, el auditorio habia aumentado con algunos pasajeros que se agrupaban detrás del árbol para oirle, y que parecían escuchar con estrañeza y desconfianza estas austeras verdades.



Ya hacia rato que el sol se habia escondido detras de la montaña, cuando el buen cura principió á subir hácia su presbiterio, apoyado en el brazo del mas jóven de sus discípulos y seguido de sus compañeros, quienes se entretenian hablando y meditando sobre tan grave doctrina; doctrina bien diferente de la que se les enseña hoy dia á las generaciones que van á entrar en la vida activa.

1875  
The first of the two volumes of the  
series is a history of the  
United States from 1776 to 1876  
and the second is a history of the  
United States from 1876 to 1896  
The first volume is a history of the  
United States from 1776 to 1876  
and the second is a history of the  
United States from 1876 to 1896  
The first volume is a history of the  
United States from 1776 to 1876  
and the second is a history of the  
United States from 1876 to 1896

## II.

### LA REVOLUCION

Y LOS QUE BUSCAN MINAS DE ORO.

---

Ellos han hecho un becerro de oro, se han prosternado delante de él y le han ofrecido sacrificios.

Este buen pastor que no temia revelar á los *fuertes* la ley de la desgracia, para preservarles de este modo de las amenazas del destino, pasaba su vida en fortificar á los *débiles*; en animar á los tímidos; en llorar con las madres afligidas; en sonreir con los niños que viven sin cuidados, y en rogar con los muertos.

¿Cuántas veces lo hemos visto detenerse en medio de la plaza de la Iglesia, embelesado oyendo los gritos alegres de una banda de muchachos, y tomar parte en sus discusiones, dar, en caso de necesidad, su voto sobre alguna jugada dudosa? También lo hemos visto por las tardes sentado á la mesa de las gentes del campo, celebrando algun acontecimiento de familia, y dando, con su tacto esquisito, una leccion útil en medio de las mas insignificantes conversaciones. También era él, el que consolaba las familias afligidas en algun duelo y el que servia de padre á los huérfanos.

Cuando llegó á la aldea, hace ya mucho tiempo, encontró el templo del Señor casi abandonado. El soplo impuro de la duda y del desprecio habia pasado tambien por encima de aquel pobre campanario. Solamente algunas pobres mujeres viejas asistian, por costumbre, á las instrucciones religiosas, que mas bien se dirigian á los jefes de familia, á los jóvenes y á todos aquellos que



tienen grandes deberes que cumplir en este mundo, que á ellas.

Aquí debemos observar, que bien á menudo se predica á los convertidos, faltando en el auditorio justamente aquellos que mas necesidad tienen de oír las verdades que se dicen en el púlpito. La casualidad le presentó al abate Paul un medio, verdaderamente singular, para atraerse la multitud indiferente.

Esta alma tierna se afligia cuando no podía hallar en la palabra una espresion que esplicase suficientemente la elevacion de su pensamiento. La grandiosidad de la naturaleza, la glorificacion del poder divino, el gemido del desgraciado, los patéticos acentos de la fé, las infinitas aspiraciones de la esperanza, las efusiones de la caridad y del amor; todo esto lo comprendia su pensamiento y abrazando este ciclo inmenso se hundia en estas profundidades sin límites, entonces su palabra era impotente. En semejante caso, la música servia de intérprete á los sen-

timientos que á borbotones salian del fondo de esta alma pura.

El abate Paul habia sido acogido siendo jóven, cuasi niño, en uno de esos célebres conventos de Italia, en los cuales las bellas artes se desarrollan y crecen bajo las alas tutelares de la religion. Ya habia concluido su noviciado en los *Camaldulenses*, cuando encontró á un jóven religioso que habia renunciado al brillante porvenir que le ofrecia en el mundo su admirable talento, para encerrarse y refugiarse á la sombra del altar y pedirle á Dios el perdon y la paz. Este monje camaldulense que se encontraba ya algo fatigado por los sufrimientos, sintió una dulce simpatía por el jóven novicio, cuya inteligencia musical era pasmosa, por lo cual lo hizo su asíduo compañero y discípulo querido, trasmitiéndole todo el secreto de su arte. Este secreto era el pensamiento, la piedad, el amor, la espresion.

¿No es, pues, la música el mas noble intérprete de elevados y divinos pensamientos?

La maravillosa agilidad de los dedos, la vivacidad nerviosa del manejo del arco, las sábias combinaciones de ciertas cuerdas mas ó menos tirantes y tocadas á compas, no son siempre las que hacen un verdadero músico. La música es la espresion, la voz que llora, el corazon que palpita de placer ó que padece de dolor: este es el pensamiento que sobrevive, es el lazo que une esta tierra fragil, esta masa de arcilla con los espacios infinitos é inconmensurables. La música no podia nacer ni revelarse sino por el cristianismo. *El* es el que ha abierto nuestros ojos para ver la luz y nuestros oidos para oir la suave melodía. Por esto se puede decir, que los antiguos no conocian este arte; la prueba es, que entre las naciones infieles, la música no es mas que un vano ruido. Parece que los ángeles hayan querido hacer oir á los verdaderos creyentes un eco de las celestiales melodías. La música es un recuerdo de la voz divina, y su triunfo será siempre en alabanza del Señor.

El religioso camaldulense cayó en tal estado de languidez, cuya causa podia ser alguna pena oculta, como tambien las austeridades á las cuales se sometia. Murió siendo aun bien jóven, dejándole á su novicio cuanto poseia; esta herencia era su *violin*, admirable instrumento y con el cual tantas veces habia rogado á Dios en este asilo de paz y de reconciliacion. La muerte de su protector afectó mucho al jóven Paul, por lo que dejando la Italia se volvió á Francia, á donde le llamaba su familia, llevándose consigo su incomparable tesoro, que fué siempre el mas caro recuerdo de su juventud y el fiel compañero de su vida de amor y de abnegacion..... Despues que como buen pastor hubo concluido con el cuidado de su rebaño, cuando todos dormian ó debian dormir, cuando el abate Paul se habia ya retirado á su humilde presbiterio (dáse el nombre de presbiterio á las casas de los curas de aldea, y de abadía á la de los curas de las grandes poblaciones) los que tardiamente pasaban por



aquella calle, oían alguna vez la voz argentina de la vibrante cuerda, movida no por la mano de un hombre, sino por el soplo del pensamiento. Imposible entonces el no detenerse; los mas distraídos espíritus se encontraban como encadenados y magnetizados al pie de la tortuosa escalera. Esta voz del violin de los camaldulenses espresaba tan bien los acentos de una oracion, que mas de uno dejaba aquel sitio arrastrado por una impresion de la cual no podía sustraerse para irse á la puerta de la iglesia que domina el presbiterio y meditando arrodillarse en el dintel.

El abate Paul observó, no sin sorpresa, que el auditorio aumentaba de dia en dia bajo su ventana y al momento formó su plan.

El sábado de una noche de verano, en que la luna en su lleno bañaba con su melancólica luz toda la aldea, la multitud se habia aumentado de tal modo, como si todos sus habitantes se hubiesen citado á un mismo punto; y cuando silenciosos y atentos se hallaban apiñados en medio de la pendiente

que circuye la modesta casa, principió á oirse una dulce y fresca melodía que hablaba al corazon de todos, y en la cual los variados ruidos de la naturaleza campestre parecian animarse sucesivamente haciendo oir..... de repente esta mágica voz cesó de vibrar en el espacio.

Entonces el abate Paul se presentó en lo mas alto de la escalera del presbiterio, y dirigiéndose á los que estaban mas cerca les dijo:

—Hijos mios, la noche está muy avanzada, si quereis oir lo que resta, *venid mañana á la misa mayor*. Yo os cito á todos cuantos estais aquí, lo mismo que á todos vuestros amigos. No hagais falta: ahora id á dormir en paz.

Bien pronto circuló la noticia por entre la multitud que se dispersó riendo de la simple *malicia* del buen cura.

Al dia siguiente, que justamente era el domingo en que se celebra la fiesta del Corpus, la iglesia estaba adornada con flores y niños, con estas flores que tanto amamos ver florecer respirando bajo la bóveda del tem-

plo. Todos cumplieron su promesa como el abate Paul. Esta multitud todavía incrédula habia llenado el templo. El extraño anuncio de un cura que iba á *tocar el violin* á sus feligreses, habia puesto en conmocion á todos los que en los pueblos se preocupan de algun acontecimiento, por insignificante que sea; es decir, á todos. Los de las aldeas vecinas, los de las casas de campo de los alrededores, llevaron tambien su contingente: esto era iustamente lo que queria el abate Paul.

A mitad del oficio divino, subió al púlpito y despues de una corta invocacion y una accion de gracias al Señor, con aire radiante de alegría, dijo: —Ya os tengo aquí, hermanos míos, amigos míos desconocidos, ovejas mías descarriadas; yo he hecho con mi violin lo que el pastor con su silbato, ambos hemos recogido nuestro rebaño.

Ya oireis ese instrumento que cubierto de flores se ve al pié del altar, y puesto que vosotros preferís oir su voz mejor que la de vuestro pastor, yo os prometo que la oireis,

pero á condicion que antes escuchareis mis palabras de paz y de amistad. Dios me perdonará, yo lo espero, si faltando á la dignidad de pastor me dirijo á vuestros oidos para llegar hasta vuestro corazon. Sin embargo, yo acepto esta responsabilidad. ¿No es infinita su misericordia como misteriosas sus vias? ¡Bendita sea la divina Providencia si es ella la que ha puesto en mis manos este medio de atraeros á mis brazos! Hoy que habeis entrado en este templo me perteneceis á mí: vosotros sois mis hijos y os vaticino que todos volvereis, no por mí, sino por el Señor.

En seguida les habló con tanta sencillez, con espresiones tan bien apropiadas á esta primera entrevista: les habló de sus hijos, de sus familias, con un acento tan tierno y verdadero, que mas de una madre lloró al oirle; y aun entre los hombres mas indiferentes en semejantes casos, no pudieron disimular una emocion bien estraña para ellos.

Despues del sermón, el abate Paul se arrodilló delante del altar, y tomando su vio-



lin cubierto de flores de ayabanzo, lo elevó hácia el Santísimo Sacramento que resplandecía en el altar, como para pedirle perdón á Dios por lo que hacia; esto fué un acto solemne por su simplicidad: despues, volviéndose, haciendo para ello un esfuerzo hácia su auditorio, principió la bella melodía campestre que interrumpió la noche anterior desde los primeros compases.

Era el canto que mas convenia en estas circunstancias: la naturaleza estaba de fiesta: la iglesia llena de flores que recordaban la hermosa campiña; su olor se mezclaba con el hermoso perfume del incienso; todo se reunia para conmover. El final de esta melodía, que el abate Paul tenia del monje camaldulense, era evidentemente una sublime invocacion, una armoniosa oracion en accion de gracias por todas estas naturales maravillas que Dios le ha prodigado al hombre, como queriéndole hacer ver en este mundo lleno de miserias, las magnificencias de la otra vida. Por intervalos se distinguia hasta

el toque de la *oracion* de la tarde, imitando perfectamente la voz argentina de la campana de la vieja torre; este público sencillo é ignorante lo comprendió al momento y todo el auditorio se arrodilló, todas las frentes se inclinaron hácia la tierra, cuando el buen sacerdote palpitando de emocion entregó su violin al acólito, y continuó el servicio divino (1).

¡Cuántos nuevos amigos acogieron al abate Paul al salir de la iglesia! ¡cuántos labios besaron sus débiles manos! ¡por encima de cuántas flores tuvo que pasar para llegar al presbiterio! Todas las afecciones eran para él, todas se las habia ganado: así es como la cuerda de un violin atrajo mas fieles que la campana de la torre.

Desde este dia el abate Paul lleva aun su violin en las grandes fiestas, sirviéndose de su voz misteriosa y de los acentos mas puros para honrar á Dios y enternecer los cora-

(1) Esta anécdota es histórica.

zones. Pero los fieles que habian asistido á sus instrucciones, no querian dejar de ser sus mas asíduos auditores; así es como todos los domingos vertia, sobre esta poblacion atenta, el consuelo de su simpática palabra.

Sin embargo, continuó con los discípulos de la sociedad de San Paul una grave y austera enseñanza; y sentado un dia en su estrecho presbiterio, volvió á tomar su tema sobre lo incierto del destino humano, hablándoles en estos términos:

—Hijos mios, ya hemos deletreado un poco el código inexorable de la desgracia, y hemos reconocido que cada siglo habia adquirido su progreso por el precio de amargos dolores; y que si el bien y el mal se han declarado guerra eterna sobre la tierra; que si no le es posible al bien triunfar del mal; que si la peste, la guerra, el hambre y las malas pasiones, peste la mas cruel de todas, pueden todavía destruir el mundo, el cristianismo y sus santos preceptos, han neutralizado sus malos efectos por medio de ese cambio lento

y graduado que él ha introducido en la condicion humana; pues nosotros no hemos escrito en las puertas de la vida: «Vosotros, los que entraís, dejad toda vuestra esperanza,» pues tenemos que precaver á la generacion que avanza, contra estériles esperanzas é insensatos votos.

La ignorancia obra por medio de las revoluciones, y por eso sus frutos son amargos.

Los que da la esperiencia son tardíos, pero buenos y maduros por el tiempo.

El pasado es para el presente lo que el presente será para lo venidero: por lo tanto es necesario leer el pasado para entrever lo que la Providencia reserva á las generaciones futuras.

De otro modo no podriamos comprender la marcha de los siglos civilizados, sino tomándolos desde el aislamiento del salvaje, disputando su vida á los elementos y á las bestias feroces, hasta la proteccion al bienestar que los hombres reunidos en sociedad se han procurado asociando sus trabajos y



esfuerzos. Solo así podremos reconocer y contar las inmensas riquezas que debemos á las generaciones pasadas: el polvo humano que pisamos es muy fecundo.

¿Estos hermosos árboles que os protegen con su sombra y que pródigos os dan su fruto, que os dan al mismo tiempo materiales para vuestras habitaciones y otras necesidades? Pues los que los han plantado no existen ya.

¿Estos caminos fáciles y seguros, estos palacios, estos templos, estos canales, estas fuentes saludables? Los que lo han construido no existen ya.

¿Estas invenciones, estas ciencias, estas artes, estas grandes obras que pertenecen á todos? Los que las han creado no existen ya.

Esta grande herencia es nuestra, lo mismo para los ricos que para los pobres; y los tesoros reunidos de todos los imperios no podrian pagarlo: pues bien; esta grande herencia que nosotros debemos transmitir á nuestros sucesores, ha sido acumulada y

conservada en medio de las pestes, de los dolores, de sufrimientos inauditos de los tiempos pasados.

¿Qué seria de nosotros si no fuésemos los opulentos herederos del pasado? Seríamos como el *hombre desnudo en la tierra desnuda* de las primeras edades. Ahora lo que importa es, ver á qué precio, y en medio de cuantos peligros se han hecho estas conquistas del tiempo.

Y cuando hablemos de civilizacion ¿comprenderemos aun estos siglos del paganismo, cuyo falso resplandor se refleja todavía; tiempos bárbaros, en los cuales la dignidad de la mujer era desconocida; la libertad era una vana ironía, puesto que no existia sino de nombre; en los que la esclavitud implacable reducía á la mas abyecta y vil condicion á la mayor parte del género humano? ¿Seremos siempre mistificados por esta falsa grandeza, cuya base era la iniquidad y la violencia? Como estaba pronosticado, el coloso con frente de oro y pies de arcilla ha

caído y se ha roto! ¿Qué se han hecho esas grandes potencias que ocuparon el universo? ¿El fausto del Asia, la teocracia del Egipto, la brillante gloria de la Grecia, el gigantesco poder de los romanos? De todo esto quedan algunas pirámides, fragmentos de estatuas, acueductos arruinados como para patentizar la vanidad, y darnos la medida de su corta duracion.

Las orgullosas repúblicas de Atenas y de Roma, fueron cultas por medio de su buena policía, pero jamás fueron civilizadas.

Donoso Cortés dijo: «Solo el cristianismo es el que ha civilizado el mundo, empleando para ello tres medios: 1.º haciendo inviolable la autoridad: 2.º santificando la obediencia: 3.º divinizando la caridad, la abnegacion, el sacrificio.»

En efecto, ¿ha quedado de la historia algo mas vivo, mas nuevo y mas actual? Lo que queda es, un Dios crucificado. ¿Qué es lo que queda en pié sobre la tierra en medio

de todas esas ruinas? Una cruz que estiende sus dos brazos sobre todo el mundo. Un templo, en el cual, se eleva aun el sucesor de San Pedro, el representante de Cristo en la tierra. Esta cruz, es el faro que conduce al puerto; esta Iglesia es el arca de la salvacion.

No hay necesidad de trasladarnos á la mas alta antigüedad para encontrar y seguir el camino de las desgracias que han afligido á las generaciones que nos han presidido. Abramos los anales sangrientos de nuestra patria, y si los hechos de las épocas que vamos á examinar hieren la delicadeza de nuestras costumbres, acordémonos que cada siglo es solidario del que le precede; pues mal podríamos comprender ni perdonar las faltas y crímenes de una época, si olvidásemos que ella habia heredado los errores de las anteriores.

Si hojeamos las crónicas de la humanidad juzgándolas bajo este punto de vista, lejos de maldecir á los que tenian el encar-



go de dirigir la sociedad, tendremos compasion de ellos, porque la ignorancia era la que habia oscurecido su inteligencia y endurecido su corazon. Sin dejar de despreciar altamente el crimen y el error, bien podemos tener compasion para el criminal, indulgencia para el hombre descarriado, en memoria de lo que sufrieron estos laboriosos artesanos del pasado.

Tambien nos guardaremos muy bien de achacarle á una religion de caridad y de amor los crímenes de otros hombres no menos ignorantes y groseros. Es necesario saber distinguir entre los hombres y sus faltas, y la institucion divina. Así, miremos los errores sin hacer responsable á la religion ni creer que hayan podido empañar su brillo. Los que, al escribir los libros destinados á instruir á la juventud, han ocultado ó desnaturalizado los hechos solo por defenderlos, han comprendido mal, á mi parecer, la causa que pretendian sostener. Si el catolicismo no tuviese un origen tan divino, ya

hace tiempo que hubiese sucumbido bajo el peso de las debilidades humanas. El que ha podido imponer á la vanidad de los hombres la adoracion á *una cruz*, instrumento del último suplicio, ese mismo es un Dios, y la religion que él nos ha enseñado es divina.

Si tuviésemos que detenernos sobre las escenas terribles de la historia, tambien tendríamos que describir los desastres de los ejércitos, las devastaciones, las guerras civiles, las invasiones, las destrucciones de la peste, los suplicios, los degüellos, los horrores del hambre; y para que el cuadro fuese completo, tambien tendríamos que colocar en él la incesante influencia del cristianismo, manantial del progreso, y los nobles corazones que, aun en estas épocas medio bárbaras, aparecieron para salvar la civilizacion naciente.

Así, para no hablar mas que de nuestro país, citemos solamente las nefastas páginas de nuestros anales; tomemos el siglo V, en que la Francia apenas naciente, iba á ser

ahogada en su cuna. Ya se hallaba sin fuerzas para luchar contra una nacion guerrera, cuando una terrible invasion salida del Oriente avanzaba para aniquilarla. Este era Atila, *el azote de Dios*, conduciendo sus hordas infinitas, pues eran tan numerosas como los granos de arena del desierto, y tan furiosas como las olas del mar. Todo desaparecia por donde él pasaba; y sobre la tierra desconsolada no quedaba mas que el incendio, la ruina y la muerte.—Entonces fué cuando la pastora vírgen de Nanterre, encontró en su corazon la fé que persuade, la esperanza que sostiene, el amor que inflama, el valor que combate y la fuerza que triunfa. Por medio de una señal hecha con su cayado, Genoveva le enseñó al bárbaro el camino del abismo que debia tragárselo, y á Clovis el de la iglesia de Reims, en la que debia entrar para recibir el bautismo y salir jefe y fundador de un grande imperio.

Sin embargo, la desgracia llegó á lo mas alto en el siglo X, pues la razon vacilante de



las poblaciones se hallaba pervertida: la Europa entera esperaba asustada el fin del mundo anunciado por oscuras predicciones; los desórdenes, el desenfreno de las pasiones, el brigandaje, la inmoralidad, reducian á la humanidad á la mas vil y abyecta condicion. Entonces fué cuando el cristianismo suscitó la rehabilitacion y el franco respeto de la mujer, manantial puro de caridad y de regeneracion; hizo nacer el noble espíritu de la caballería, protectora del oprimido, inspirando la idea de las Cruzadas; tendencia de unidad, idea religiosa que sustituia los groseros instintos de la materia.

Algunos siglos mas tarde, cayó otra vez la Francia en una crisis desesperada. Carlos VI se habia vuelto insensato, y la misma nacion parecia estar demente; pues entregada á los mas locos estravíos, se hallaba en poder de los extranjeros: todo estaba perdido. Todavía entonces se reveló la Divina Providencia con el advenimiento al poder de Carlos VII, y por la inspiracion y la de-



cision de Juana de Arco, que dió su vida por su fé: tambien entonces se esparció por el mundo el libro mas bello que haya salido de las manos de los hombres. *La imitacion de Jesucristo*, fué el refugio de los afligidos.

¿Cuántos ejemplos, todos recientes, podríamos acumular para probar que en sus mas extremos peligros ha encontrado la Francia el ser providencial que debia salvarla?

Así vemos, que, en medio de todos los dolores, al través de las mas rudas pruebas, la Francia ha marchado, con paso lento, si, pero seguro, por el camino del progreso. Pero no creais que debemos este progreso á la infecunda violencia, no, lo debemos al sacrificio y al sufrimiento. Los resultados que la revolucion del siglo XVIII se atribuye como creados por la insurreccion, ¿no estaban ya adquiridos y predestinados? La revolucion no hizo mas que romper la cáscara del huevo que contenia la libertad, sacándola ensangrentada; y si hubiesen esperado has-

ta su tiempo, hubiese salido pura; pues el deseo de la reforma lo dominaba todo: hallábase en las costumbres, en la literatura, en el espíritu de aquellos mismos que se aprovechaban de los abusos; en el clero, en la nobleza, en la monarquía misma, aunque demasiado débil para llevar á cabo esta trasformacion: en una palabra, la reforma estaba en el aire que se respiraba (1). Tan solo

(1) Algunos hombres, al frente de los cuales se ponen Monnier, Malouet, Lalli-Tollendal, Clermont-Tonnerre, obtendrán un elogio de la posteridad, por haber sido los primeros que, en los primeros dias de la revolucion prescribieron las ideas legislativas de que se aprovechó la Francia, cuando despues del huracan y habiendo escapado á los furóres de la anarquía y al yugo del despotismo, volvió de nuevo á buscar la libertad. Ciertamente es glorioso el adelantarse á sus contemporáneos ofreciéndoles los consejos de la moderacion que les debia evitar las lecciones que da la desgracia. ¡Cuán diferentes hubiesen sido los destinos de la Europa si la Francia en 1789, mas ilustrada y prevista hubiese adoptado las miras de estos hombres, cuya sabiduría le hizo despreciar el espíritu de faccion! (*Droz*, Historia del reinado de Luis XVI, durante los años en que se podia prevenir ó dirigir la revolucion.)

esperaba para presentarse ella misma, al ser providencial que la Francia encuentra en sus horas de crisis. La revolucion y el crimen no saben fundar nada, porque edifican en la arena. Por lo mismo, no se debe creer que estos poderes impuros fueron los que volvieron á abrir las puertas de los templos del verdadero Dios, ni á devolverle al país su dignidad, su seguridad y su grandeza.

Al estudiar la historia bajo este punto de vista religioso, el destino del hombre no puede ser arrastrado por la casualidad. Pues á pesar de su propia debilidad, puede fijar su pensamiento en un Dios protector, sin miedo de equivocarse; como el marinero fija su mirada en la estrella que lo tranquiliza. ¡Cuán bello seria el ver á la humanidad entera avanzar hácia los siglos futuros llena de esta confianza! El que reconoce su debilidad es menos débil de lo que él cree; y el colmo de la impotencia es creerse fuerte contra el destino.



Voy á contaros la bella profesion de fé de uno de nuestros historiadores, dice:

«Yo soy uno de los que creen que las naciones son la obra de Dios, como lo es tambien el individuo; que su nacimiento, su desarrollo, su decadencia, su muerte, tienen su época inevitablemente fija en el tiempo, y que su existencia tiene un objeto fijo fuera del tiempo; que por consiguiente la vida moral de todas está sometida á ciertas leyes que sin duda tienen que observar, como la vida material condiciones que admitir. Creo que el poder humano que las gobierna, sea quien quiera, como tambien la forma que se le confiere y lo constituye, una vez constituidos emanan de Dios, solo de Dios.

»Las pasiones nos usan y nos gastan, las desgracias nos abaten, las enfermedades nos matan; sin embargo, hay pasiones que elevan el alma, desgracias que fortifican el espíritu, y enfermedades que regeneran las fuerzas vitales. Lo mismo sucede en los pueblos: el fanatismo, la anarquía, las guerras,



las pasiones, las miserias y enfermedades de la sociedad, son muy á menudo para ellos bajo la mano de Dios que los protege, principios de grandeza, medios de educacion y garantías de fuerza y de duracion.....

»Del conocimiento del pasado, debemos sacar estos sentimientos que hacen la grandeza de las naciones, y que no pueden inspirar las mas bellas teorías: una confianza absoluta en esta Providencia, que lo mismo vela sobre los pueblos que sobre los individuos, una conviccion profunda de nuestros derechos consagrados por tantos siglos, un respeto absoluto, pero reflexionado á la autoridad, principio de fuerza y de pujanza; en fin, un verdadero patriotismo.» (*Ozaneaux, Historia de Francia*).

Si hemos echado esta mirada retrospectiva sobre el cuadro de las pasadas miserias, ha sido para llegar á esta conclusion: que si comparamos nuestro presente con el pasado lleno de sufrimientos y sacrificios de nuestros padres, no debemos quejarnos de nues-

tra suerte. Cuando Felipe Augusto se asomó á una ventana del viejo Louvre, se puso furioso al sentir el olor pestilente que exhalaba el lodo de los caminos, por eso mandó, y por primera vez, que se empedrasen las calles; y esto que se hizo entonces fué preparar las vías para nosotros. Los que rompieron las rocas, los que las trasportaron con tantos esfuerzos, los que encorbados sobre el camino las han alineado, no eran mas que los obreros del tiempo venidero. Desde entonces la salubridad de los pueblos ha hecho notables y sucesivos progresos; la existencia ha prolongado su duracion; la proteccion de los ciudadanos se ha asegurado por medio de las leyes y de las autoridades; el pobre ha encontrado en la beneficencia pública y en la caridad privada multiplicados socorros, que recibe desde la cuna hasta la tumba. Una mano paternal lo ha sostenido: verdad es que la pobreza no puede desaparecer, porque está en las leyes de la humanidad, pero al menos sus padecimientos disminuyen.

Hoy dia vemos las casas de maternidad para los recién-nacidos, las salas de asilo para la segunda edad, escuelas públicas y enseñanza gratuita, hospitales cuidados por experimentados médicos, y en donde se asiste á los enfermos; hospicios y asilos para la vejez, socorros para los indigentes, etcétera, etcétera. Las máquinas, perfeccionadas por las ciencias, han disminuido y suavizado el trabajo del hombre; las fuerzas de la naturaleza se han utilizado para reemplazar nuestros brazos, y multiplicar con pocos gastos los productos mas útiles; de modo que un pequeño rentista, se alimenta, se cubre, se protege, se rodea de mas comodidades que un noble señor de otros tiempos en medio de sus siervos y sus pajes.

No cabe duda que nuestros padres vivieron en medio de las mayores turbulencias sin ninguna de estas comodidades. Pues bien; ¿por qué en lugar de satisfacerse, al paso que todo progresa, solo la queja y la necesidad va en aumento? Seguramente porque los



hombres se debilitan á medida que se ven mas socorridos, y de este modo la desgracia no pierde sus derechos. Luego la mas intolerable desgracia en este tiempo de igualdad, es el espectáculo de las prosperidades excepcionales y pasajeras de los que llaman dichosos. Así es que á medida que la civilizacion nos protege, los tormentos de las malas pasiones se encargan de llenar el déficit de nuestros dolores.

Ya hemos hecho el inventario de las riquezas que hemos heredado. ¿Y la naturaleza? ¿No nos dispensa ella gratuitamente los mas grandes tesoros? Mirad, lo que vale algo no nos cuesta nada; la libertad, el aire, la luz del dia, el agua, el fuego, la salud, la locomocion, el sueño, la inteligencia, los placeres del espíritu, las dulces afecciones del corazon, los admirables cuadros de la creacion, etc., etc. Si á todos estos bienes se les pudiese poner un precio en el mercado como á la comida y bebida, con todo el oro del mundo no se podria adquirir uno solo.



Esto es tan cierto, que el mas avaro del mundo no podrá cambiar por dinero el aire que respira, ni el agua de las fuentes, ni la luz del dia. Sin embargo, se han visto hombres que han dado su corazon por el dinero; y yo os aseguro que el que compró tal corazon hizo un mal negocio.

Así, además de los bienes gratuitos que nos da la civilizacion, todavía recibimos como don de la Providencia y en recompensa de todas nuestras miserias, tesoros de incalculable valor, mil veces superiores á todo cuanto puedan obtener los ricos con su oro: sino que le pidan al mas hábil joyero les dé un diamante que despida un rayo de sol como el que acaba de dorar el ángulo de esa cabaña. Mas estos bienes reales se tienen por nada, si no van acompañados de los falsos bienes que poseen los ricos.

El que se contenta con una vida simple y modesta, tiene menos necesidades que otros; pero en una sociedad dominada por los goces de la civilizacion, la pasion de lo su-

pérfluo ha reemplazado al sufrimiento de las privaciones verdaderas. *Lo inútil* es actualmente un elemento indispensable; los labradores abandonan los campos y se van á engrosar la ruidosa multitud de los trabajadores de las ciudades, solo con el deseo de fabricar lo *inútil*: todas las clases de la sociedad hacen esfuerzos sobrehumanos solo por conquistar lo *inútil*.

Se dice: «es preciso poseer.» Pero mientras miden el terreno que ha de ocupar su nueva propiedad adquirida tan penosamente, y algunas veces vergonzosamente, la tumba se abre, y los posee á ellos mismos.

Un hombre de talento decia: (Teófilo Gautier). «Nadie puede decir esto es mio, sino es el aire que pasa por entre sus labios; pues muchas veces hasta las ideas que ocupan su imaginacion son de otro.»

¿No habeis leído esta vieja cancion de la Bretaña, la cual manifiesta en su sencilla y tierna resignacion en este mundo, la esperanza en el otro? *Los pobres serán siempre pobres;*

*bien loco es el que ha creído que los cuervos se volverán pichones.* Queridos pobres míos, consoláos, pues día llegará en que tengais una cama de nácar en el cielo, en lugar del lecho de hojarasca que os ofrece este mundo.

Pero, ¿qué le importa el sufrimiento á aquel que ama? Para el que sabe escuchar la voz divina, las dichas pasajeras, las delicias del corazón, son ya un presentimiento que nos envia la Providencia en medio de nuestro abandono, para hacernos presagiar la vida futura. Los grandes espectáculos de la naturaleza, los árboles que parecen suplicar estendiendo sus brazos, las montañas aspirando subir al cielo, los pájaros que, cual rápidos mensajeros recorren el espacio, las nubes balanceándose en el horizonte, los astros que se columpian en las profundidades del cénit, en fin, todos estos objetos que nos causan tanta admiracion, son como los grados, por los cuales nuestra limitada naturaleza, destacándose de la tierra, se atreve

:

á lanzarse hasta los pies del Creador. Los acentos de las voces amadas son como los acordes de los ángeles; el orden, la union, el amor de una familia cristiana que los azares de la vida no ha dispersado todavía, es la dulce imagen de la paz de los elegidos y de la celestial armonía.

Un filósofo amable, arrastrado por el deseo de ser útil, ha profesado con placer una moral fácil y encantadora; éles quien emitió esta prudente opinion. «Mucho se declama contra los hombres, yo me he alejado de ellos y me he encerrado dentro del círculo de una sociedad poco numerosa: de consiguiente, para mí no hay ni necios ni malos en la tierra.» Esto es muy bello, pero nosotros tememos que este medio de ser dichosos no esté al alcance de todo el mundo. El pobre que no puede alejarse de los hombres, se encontrará siempre á disposicion de los necios y de los malos sin poderse encerrar en el estrecho círculo de algunos amigos: por lo mismo, lo que debemos pedirle es que sufra con pa-



ciencia este contacto inevitable, sin por eso hacerse malo.

Cristo, modelo de bondad y prudencia, ha querido nacer en medio de los pobres y morir en medio de los facinerosos. «La multitud de los ricos de la tierra habian llenado todas las hosterías, y para Jesus no hubo mas que un establo abandonado y un pesebre para acostarlo al nacer.»

En un tiempo bien diferente del nuestro los padres de la Iglesia, modelos de virtud y de abnegacion, revestidos de toda la autoridad de su carácter, podian indignarse contra la indiferencia y el egoismo de los ricos, y con voz austera hacerles oir los preceptos de la caridad evangélica. Así San Ambrosio podia decir: «¡Oh ricos! ¿habitais vosotros solos la tierra? ¿Por qué despreciais á los que son iguales á vosotros segun la naturaleza? ¿Por que usurpais la posesion de la tierra hecha para todos? La naturaleza no conoce á los ricos ni ha creado á los pobres.»

San Jaime podia decir: «Ricos, llorad

ahora, aullad en el justo temor de vuestras miserias, vuestras grandes riquezas se cambiarán en podredumbre, vuestra plata y oro en hollin, lo cual será un testigo acusador que os devorará como el fuego. Vosotros habeis reunido un tesoro de cólera para la hora de vuestra muerte, vosotros os habeis alimentado como glotones y llenado vuestro corazon de delicias para morir de sentimiento y de dolor.»

Los predicadores y moralistas de otro tiempo podian clamar contra los ricos y condenar el lujo con una violencia que ya no es propia de nuestro siglo ni de nuestras costumbres. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Estas amenazadoras palabras se dirigian á un estado social que no es el nuestro; tal vez serian hoy dia imprudentes y peligrosas, puesto que el trabajo, que es la vida de las naciones, se alimenta en su mayor parte de esos productos *inútiles*, por medio de los cuales los ricos con su lujo aseguran el pan á los pobres. ¡Qué seria de esa multitud de trabaja-

doras, tanto casadas como solteras, que hasta en el fondo de nuestras campiñas, sentadas en el seno de sus familias en el rincón del hogar doméstico, trabajan con calma desde la mañana hasta la noche, haciendo encaje y bordando por un módico salario, es verdad, pero nuevo, inesperado, providencial que no tenían en otro tiempo y que si les faltase no podría ser reemplazado? ¿Qué sería de esas mujeres, demasiado débiles para los rudos trabajos del campo, que ya no tienen el recurso de hilar el cáñamo y el lino y que vosotros mismos habeis probado á los ricos habitantes de las ciudades que ellas ya no pueden abandonar tales trabajos? Aun debemos estar reconocidos á los ricos por el uso que hacen de esas espléndidas telas de seda y de terciopelo, hoy día que el trabajo de la seda da el pan cotidiano á una multitud de personas. Sin embargo, nosotros mismos hemos sido testigos de estos contrasentidos, y tambien hemos sufrido las consecuencias. Es necesario aceptar el lujo como condicion

necesaria á nuestro estado social. Debemos ser de nuestro tiempo y no añadir á tantos padecimientos reales, el veneno de la envidia, manantial fétido de mayores males.

Y á decir verdad, el mal no viene del lujo, ni tampoco de arriba, el mal viene de los insensatos esfuerzos que hacen los que están abajo para llegar al nivel del lujo y mantenerse allí á todo trance. Inquietos, vacilantes sobre uno de los escalones frágiles de la escala que se llama de la fortuna, miran hácia arriba y esto en lo que los hace tan pobres: ¿quereis ser ricos? mirad hácia abajo.

Los hombres sacaron del fondo del mar las perlas finas, de las entrañas de las rocas el oro y los diamantes, y ved aquí que todo el mundo quiere perlas, oro y diamantes. Si un hombre solo poseyese una estrella, pronto dirian todos que no pueden vivir sin poseer una estrella.

Pero no creais que al decir que el lujo y la riqueza son inevitables y aun indispensables



en el estado actual de nuestras costumbres, yo quiero decir que esto sea una promesa de felicidad: la desgracia no quiere perder sus derechos. El hombre tan desgraciado en el estado salvaje, ve trasformarse sus males por medio de la civilizacion, pero no desaparecer; el contraste de tanto supérfluo por un lado, de tantas necesidades por otro, da vértigo á los espíritus débiles, turba su razon y les hace dudar de la justicia divina porque esperan sus efectos en este mundo: todo descansa sobre lo inútil, lo supérfluo, la vanidad y el orgullo: que venga un soplo á conmover esta prosperidad facticia y todo se pone en peligro; estos productos efimeros de la industria se hacen inoportunos y superabundantes; todo se paraliza, languidece, muere, y entonces la condicion de la humanidad es mas intolerable que las que podia esperar en el estado de natura.

¿Qué hacer? Nadie puede sustraerse á la marcha universal hácia lo que sellama progreso. Aun en esto somos los instrumentos

de la Providencia y seguimos la ley de Dios; pues llevamos el pesado engendro del porvenir: la industria es sin duda la que debe reunir á los pueblos por una necesidad comun de paz y de concordia. Tres grandes potencias han salido para cambiar la faz del mundo. Yo no os digo, pues, si la imprenta, el vapor, la electricidad, estos tres grandes poderes de los tiempos modernos, son en las manos de la Providencia, instrumentos de dicha para todos. La ciencia es una rama caída del árbol del *bien y del mal*. Si la ciencia es como una antorcha en la mano del justo, en la del perverso es una masa de humo.

El trabajo puede trasformarse, modificarse, facilitarse, empleando los medios que la Providencia nos prodiga diariamente; pero su necesidad es absoluta, porque esto es la ley humana y la condicion de todo progreso; sin el trabajo, hasta la misma abundancia se vuelve estéril, y las especulaciones ociosas basadas sobre los vaivenes de la casualidad y no sobre los esfuerzos útiles

y productivos, no engendran mas que desmoralizacion, vergüenza, ruina.

Una voz elocuente dijo: «Desengañaos, los tiempos de calma tienen sus trabajos lo mismo que los tiempos agitados. No creais que, cuando el ardor de las sediciones se apaga, el ruido de la calle se calma, que la riqueza pública reaparece con un nuevo esplendor inesperado, que todo ha concluido. No, los pueblos no saben jamás aprovechar con prudencia los beneficios de la Providencia. A las agitaciones ruidosas y estériles se suceden lo que yo llamaría, las miserias de los tiempos felices y los temerarios encadenamientos de la seguridad.

»¿Cómo se ha desarrollado el contagio del juego al contacto de la industria laboriosa y honrada? ¿cómo ha descendido hasta lo mas profundo de la sociedad? Las enfermedades sociales tienen un origen misterioso; las civilizaciones avanzadas, si bien tienen sus beneficios, tambien tienen sus peligros.

»Las escitaciones del juego sustituyen

con ilusiones y apariencias á las realidades y á los hechos; conturban las relaciones de las cosas, y crean, en provecho de los hábiles, un mundo ficticio, en el que, el bien y el mal, la verdad y la mentira, la credulidad y la desconfianza se mezclan y se confunden. Familia, patria, conciencia, leyes divinas y humanas, todo es nada para el que ha entregado su alma á la codicia y á las ardientes emociones de la ventura. Mira con piedad al hombre honrado que no sabe enriquecerse; pone su éxito por encima de sus deberes; acoge con una alegría impía las calamidades públicas si estas calamidades favorecen sus combinaciones; maldice la gloria y la prosperidad de la patria, si la gloria y la prosperidad destruyen en algo sus egoistas cálculos. Todo esto se ha dicho ya á menudo; pero no importa, es necesario volver á decirlo; es necesario decirlo sin cesar.» (*Discurso de Mr. Cordoëu, procurador general, ante los tribunales reunidos en Orleans*).



La voz de los magistrados, de estos correos de la divina justicia, deseosos de defender el honor de la humanidad y de hacer triunfar la moral, han ajado á menudo, hasta mas allá de la tumba, á los detentores que impunemente retienen riquezas impuras y mal adquiridas, imponiéndoles á su memoria el cruel castigo del desprecio.

.....«Que el que acaba de morir deje una herencia modesta ó muchos millones que repartir, la memoria de sus virtudes ó de sus vicios sobrevivirá; y solo le faltará al hombre que ha dejado este mundo, el que se pronuncie la sentencia moral que debe honrarle ó ajarle.

.....»Dios se acercó á su oído, como lo hace con todos aquellos á quienes ha dado bastante inteligencia para llenar una misión, y le dijo: ¿Cuál es tu obra humana? ¿El oro, el poder, los sueños de ambición, las alegrías íntimas de la familia, el poder hacer bien, el reconocimiento de los hombres, las bendiciones del pobre? Y él respondió: ¡Oro,

todavía oro y siempre oro! ¿qué me importan los otros bienes? el oro, es el mal; el oro, es el bien; el oro, es Dios; él lo es todo, y fué hecho como él lo habia querido.

»Sus tumbas no tienen ningun piadoso recuerdo, nadie ruega por sus almas, su memoria está vilipendiada. ¡Ah! es que él creyó en el oro y jamás creyó en el alma. Por eso tuvo lo que habia buscado, obtuvo lo que habia deseado, y cosechó lo que habia sembrado: esta es la ley. Dejemos, dejemos pasar á la justicia de Dios.» (*Exhorto de Mr. Pinard, ante el tribunal de primera instancia*).

Tras los hábiles que aspiran á hacer fortuna, no por un trabajo útil y productivo, sino sobre los desastres de los débiles, vienen otros buscando oro, los cuales han tomado á su cargo el cambiar los destinos humanos, y reedificar sobre ruinas el eterno monumento de *la felicidad para todos*.

«Es cosa muy comun, dice Montaigne, es cosa que sorprende, el que los hombres

poco satisfechos con las enfermedades inseparables de su condicion, se encuentren oprimidos en el vasto circulo de sus miserias, pues parece que tomen á destajo el ensanchar los límites, empleando todos los recursos que ellos sacan á un mismo tiempo del desarreglo de sus imaginaciones.» (*Catalan; Manual de los hombres de bien*).

El fundado miedo que inspira el espíritu exagerado, es la causa de que muchas veces se haya detenido y aun retrogradado el progreso, hácia el cual aspiran los innovadores.

Un noble y generoso clamor ha protegido á la sociedad contra la violencia de estos invasores. En estos tiempos de crisis, cada cual llevaba su piedra para consolidar el parapeto social..... Pero volvamos la vista á otra parte y dejemos estos fatales errores; yo hubiese querido no hablar de estas aberraciones del espíritu humano: pues no le pertenece al sacerdote el mezclarse á los vanos ruidos de la tierra; su palabra debe ser

de clemencia y de perdon. Sin embargo, bueno y útil es saber que la razon y el buen sentido están de centinela sobre la brecha para combatir el genio del mal; pues no debemos olvidar que el *poder del mal*, es como la fuerza del veneno. Una sola gota de veneno, penetrando en la organizacion, la conturba cuando menos, y el mas saludable dictamo es, muchas veces, impotente. El veneno mortal de una doctriua se compendia en estas tres palabras: *gozar, odiar y despreciar*. La doctrina del cristianismo, de este divino dictamo, puede tambien compendiarse en estas otras tres: *abstenerse, amar, respetar*.

No acusemos, pues, á los espíritus que descarriados y arrastrados por otros se han separado de la familia social; mas sí á los hombres que les han vertido el veneno de la envidia, del ódio y del desprecio. Con respecto á estos hombres que buscan el oro se dijo: «Todo cuanto ellos quieren destruir yo quiero defender; cuanto ellos niegan soste-



ner y adorar, cuanto ellos blasfeman.» (*La Veuillot*).

Parece que uno de los mas grandes oradores del siglo XVII haya querido denunciar á las generaciones con estas imprecaciones proféticas.

«Aceptad sus máximas y el universo se hunde en un horroroso caos, todo se confunde sobre la tierra, las ideas de vicio y de virtud se trastornan y las mas inviolables leyes de la sociedad se desvanecen, la disciplina de las costumbres perece, el gobierno de los estados pierde su norma, la armonía del cuerpo político se acaba y el género humano no es mas que una asamblea de insensatos, de bárbaros, de bellacos, astutos y desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que el de sus pasiones y alguna vez el miedo á la autoridad; sin mas lazo que la irreligion y la independendencia y sin otros dioses que ellos mismos. Ved aquí el mundo de los impíos, y si este plan de república os agrada, formad, si es que lo podeis, una so-

ciudad deestos hombres monstruosos. Lo único que podemos añadir, es que sois digno de ocupar allí un sitio.» (*Massillon*).

A mas de los que le piden oro á la sociedad, al vicio y al crimen, hay todavía otros que lo buscan de otra manera; estos quieren el oro aun cuando en ello encuentren su perdicion: no desgarran el seno de la madre patria, es verdad, por eso son á menudo dignos de compasion.

Los impacientes que protestan contra el yugo del destino, que no pueden ver sin envidia y resentimiento el espectáculo de la riqueza, abandonan su país, rompen los mas dulces lazos, no para ir á fertilizar una tierra nueva por medio del cultivo ó para ir á pedir un trabajo útil que los dé el pan de cada dia y el reposo por la noche, sino para ir á buscar oro: no para servir y adorar á Dios en una tierra estraña sino para adorar el oro. *Ellos se han hecho un becerro de oro, se han prosternado delante de él y le han ofrecido sacrificios.* ¡Ay de mí! ellos encontrarán en esos

caminos exabruptos y difíciles de recorrer muchas otras desgracias.

Cuando una tierra es estéril, cuando la madre que nos nutre pierde el seno con que nos alimenta, entonces enternece el ver á una pobre familia vender su campo insuficiente ya para remediar sus necesidades, reunir todas sus fuerzas y su valor, besar por última vez el suelo natal para ir á pedirle á una tierra mas vasta y generosa en nombre de Dios el pan que debe ganar por medio de un rudo trabajo. ¡Qué nuestros votos acompañen al pobre emigrado y que Dios bendiga sus esfuerzos!

Pero si la ambicion y la envidia rompen los lazos del corazon, dispersan las familias, hacen olvidar las glorias y las afecciones de la patria para ir á remover las entrañas de una tierra lejana y arrancarle á la roca mas dura que el granito un raro y pequeño filon de oro, es de temer que la maldicion y la desesperacion sean el lote de estos pobres tráfugas, y las inauditas desgracias que ellos

habrán ido á buscar no podrán recompensar jamás el deber que han dejado de cumplir. Sus huesos serán el mejor estiércol que fertilizará aquel ingrato y estéril suelo.

Sin embargo, cualesquiera que sean los vicios y los crímenes de los hombres, las vías de Dios son invariables, y el que se ponga ante la desgracia por un interés egoísta y personal y no por la humanidad y la justicia, es todavía el instrumento misterioso de los providenciales decretos.

Cuando las primeras víctimas de la ambición y del egoísmo le habrán disputado al abismo los tesoros arrancados á mano armada á esa tierra pestilente: cuando habrán entregado su cuerpo y su alma por algunas partículas de oro; el comercio, la industria y la civilización harán que el orden y la paz reemplacen el espíritu de desorden y de anarquía. Entonces la tierra dará pingües cosechas y el primer navío cargado de trigo que los nuevos colonos manden á la vieja Europa será una riqueza mas positiva, mas pura y



mas útil que todas las barras de oro que ellos se habrán disputado.

No creais que voy á hacer un tratado ó discurso sobre el desprecio de las riquezas: la vanalidad de esta moral me dispensa el hacerlo. La riqueza que representa la economía acumulada por el trabajo y el esfuerzo, es una fuerza que aprovecha á todos. El que medra, por mas egoista que sea y cualesquiera que sean sus deseos, no puede multiplicar sus necesidades personales sino hasta cierto punto; sus apetitos son limitados por la naturaleza y su supérfluo debe desbordar en provecho de aquellos que reclaman sus servicios. El mismo avaro prepara recursos para el venidero. Pero el rico, cuyo corazon está iluminado por la justicia, ese tiene en sus manos el alivio de muchos dolores y se hace el instrumento providencial de la caridad cristiana y el gran proveedor del trabajo.

Debemos, pues detenernos á esta conclusion, que el hombre no puede sustraerse á la ley del trabajo y de la desgracia que nuestros

padres sufrieron mas que nosotros y nos allanaron el porvenir al precio de su sangre y de sus lágrimas, que nosotros somos solidarios de las obligaciones de la humanidad y que al aceptar los beneficios de la vida social aceptamos tambien los deberes que ella impone; que la pobreza es la regla y la riqueza la escepcion, y que el que por protestar contra esta ley se hace *buscador de oro*, sentirá amargamente un dia haber abandonado el pan grosero que le daba su campo y su trabajo.

Si ahora no podemos sufrir los males unidos á nuestra naturaleza, si por una parte nos sublevamos contra los deberes que nos impone nuestra condicion social; si por otra los dones pérfidos con los cuales nos amenazan los innovadores nos causan terror, si abandonados á nosotros mismos no encontramos ningun refugio ni en la naturaleza, ni en el mundo, ni fuera del mundo en que vivimos, inclinémonos ante el Dios justo que nos ha hecho este destino y pidámosle á él solo nos socorra y nos dé fuerza y valor.

En el grupo de curiosos que se habia formado alrededor de los discípulos del abate Paul, se veia á un hombre todavía jóven, pero débil y fatigado al parecer. Atravesó el grupo, y poniéndose en la primera fila de los auditores:—Padre mio, dijo, vd. ha hablado muy bien. ¡Qué dulce es vuestra voz para el fatigado viajante! ¡Cuánto placer le causa el lenguaje de la razon á aquel que ha vivido entre insensatos! Yo he sufrido todos los males que vos le anunciáis á quien busque la riqueza por otros medios que por los de un trabajo útil. Permitid que yo diga lo que he visto, tal vez podré serviros como testigo.

El abate Paul le tendió la mano con bondad.

—Hablad, hijo mio, le dijo; si sois desgraciado, nos perteneceis de hecho. Además vuestra cara no me es desconocida; me parece que en otro tiempo habeis habitado en la aldea de los Ayabanzos.

—¡Cómo, padre mio! ¿Vos me reconocéis? dijo el desconocido, cuando yo soy un es-

tranjero para los compañeros de mi juventud? Amigos, ¿os acordais de Simon el Molinero, vosotros que veníais á jugar alrededor del molino al borde del agua? ¿Os acordais del jóven y valiente mancebo con el cual habeis corrido tantas veces por el bosque, y hecho tan buenas pescas? Y vos, padre mio, ¿os acordais de los prudentes consejos que me habeis dado, á fin de retenerme en el molino al lado de mi madre? Sin embargo, ¡yo quise marcharme! Pero dejadme que yo os cuente los malos caminos que he recorrido antes de volver á vuestro lado.

—¡El es! decian los asistentes; ¡es Simon el molinero! ¿Quién lo habia de reconocer? ¡El tan fuerte y bravo! ¡Cómo se le han hundido los ojos! ¡Cómo se le ha encorbado el talle! ¡Se parece á un viejo!

El abate Paul, sin soltarle la mano, lo hizo sentar sobre el primer escalon; entonces el viajero contó su historia que es como sigue:

—¡Cerca de vos, padre mio, cerca de mis



amigos! ¡Cuán grato es volver á apretar vuestras manos, volver á ver el país y el rincón de la tierra en donde yo he nacido, estar sentado al pié de la pequeña iglesia en donde fuí bautizado! Yo soy uno de esos hijos perdidos, á quienes vos pronosticais la ruina. Escuchad, escuchad la confesion de quien ha ido á buscar oro.

¡Es posible que tan solo conozcamos el bien mas que cuando lo hemos perdido? Yo era aun muy niño cuando mi padre murió; yo no lo he conocido mas que por el recuerdo de nuestros amigos; pero me quedaba una madre. El que tiene una madre no vive solo, y vosotros conoceis la mia. ¡Cuánta prudencia! ¡cuánta razon! ¡cuánto valor! ¡cuánta caridad! ¡cuánto de todo lo bueno que hay en el mundo! en fin, mi madre. Vosotros sabeis por qué ella hizo por mí tantos sacrificios: tomándose ella todas las penas, solo me dejaba placeres y alegrías; quiso que me instruyese, tal vez mas de lo que convenia á nuestra condicion. Con otra

naturaleza mejor que la mia todo se hubiese aprovechado, y ella hubiera sido recompensada de todos sus cuidados. Pero, ¡ay de mí!

La sociedad en la cual mi educacion me permitia alternar, me trastornó bien pronto la cabeza; y cuando terminé mis estudios ya no supe ocuparme en los rudos trabajos de mi oficio.

—Simon, me decia mi madre; yo he hecho tu trabajo mientras que tú te instruías; ahora te toca á tí. Tu molino está en muy buen estado, tus carros muy bien conservados, el cercado bien plantado, y tus prados bien verdes. Todo el mundo sabe el camino del molino, y los sacos del trigo vienen como llovidos desde bien lejos; de modo que hay que amontonarlos en la granja hasta que les llegue su turno. Las muelas ruedan sin cesar, y no hay que temer ni las grandes avenidas de agua ni su falta; no conocen el descanso: por lo mismo, todo tu quehacer será dejar ir las muelas y echar una ojeada de cuando en cuando. Nuestros trabajadores

son fieles y antiguos en el molino, casi son ya de la familia; siempre los hemos tratado con justicia: á mas yo estaré á tu lado para amarte y ver como prosperas; esta será mi recompensa. Mas tarde, cuando tú habrás encontrado una buena y honrada compañera, lo que no puede faltar, pues el hijo de Pedro Simon debe ser muy estimado, tal vez podré ver á mis nietecitos correr y brincar á mi alrededor; y cuando llegue mi hora iré á reunirme con tu padre que me espera en el cielo, desde donde te bendeciré, hijo mio, pues sin duda tú serás como tu padre, honrado para todos, y, como él, lleno de caridad para con los pobres.

Pues bien, ved lo que respondió á estas sensatas palabras el que está delante de vosotros, dijo el viajero.

—Madre mia, si yo me hubiese quedado en el molino en compañía de sus criados, podríais proponerme el cargar con los sacos de harina, haciéndome ver con placer las seducciones de la vida del molinero; pero aho-

ra debo deciros que este género de vida seria intolerable para mí, imposible, mortal. Yo he adquirido gustos bien diferentes. La renta de mis bienes presentes me basta para vivir en la ciudad; allí encontraré los amigos que están mas en relacion con mis ideas. Ya me han ofrecido los medios para doblar mi riqueza. Si vd. me obligase á quedarme aquí, esto causaria mi muerte. Puesto que me amais, dejadme vivir, dejadme partir. Vos sereis siempre el modelo de las molineras, y en cuanto á mí, todo me hace presagiar que un destino mas brillante está reservado á mi energía, y mi saber.

La sorpresa y las lágrimas de mi madre me afligian, pero no tenían bastante poder para atraerme á la razon; nuestras discusiones duraron mucho tiempo con las mismas súplicas de parte de mi madre, y la misma obstinacion de la mia. Por fin llegó el dia en que yo tuve el valor de manifestarla mi inmutable resolucion despidiéndome de ella. A pesar de sus lágrimas me acompañó hasta



el puente de madera; y aun me acuerdo como si fuese hoy, cuando la abracé al otro lado de la ribera; la *oracion* de la tarde tocaba en el campanario que veis allí: esta fué la última vez que la oí.

Bien pronto sacudí toda idea de tristeza; pues tenia á mi disposicion libertad, dinero y juventud, mucho mas de lo necesario para exaltar una cabeza como la mia. En la ciudad fui acogido por cierta clase de gentes con todos los halagos que tan pródigamente ofrecen á los novicios que, como yo, llevan la bolsa bien repleta. Cierta hombre que en reuniones sospechosas yo habia encontrado varias veces, se apoderó de mí llamándome su amigo. A pesar de sus fórmulas seductoras, yo no podré decir si era hombre, ó si era un demonio que seguia todos mis pasos. Su caricias y sus lisonjas me hicieron caer en los mas groseros lazos, arrastrándome á emprender ciertas aventuras en las que yo me creia un héroe, y que por vosotros callo los ridiculos incidentes.

Mis riquezas hacian, al parecer, rápidos progresos; mis capitales fructificaban por medio de hábiles combinaciones: verdad es que nada habia llegado aun á mis manos; á pesar de esto, yo no podia poner en duda que mis imposiciones no fuesen ventajosas, al calcular los dividendos que me ofrecian y los enormes valores que guardaba, en papel por supuesto, en mi cartera. Como yo me tenia en alto aprecio porque me creia hábil en estos negocios, fácilmente llegué á despreciar el trabajo útil y productivo, pues que yo sabia enriquecerme y gozar á la par de todos los placeres del mundo.

Todo iba bien, cuando una inesperada crisis política dió un golpe mortal al crédito público, desacreditando los valores ficticios, base de muchas especulaciones aventuradas. Yo me ví arruinado. —Venid, me dijo el *amigo* que habia tomado á su cargo el perderme, mis recursos son vuestros: no se ha perdido aun todo; yo sé de qué lado sopla el viento. Yo tengo amigos por todas partes:

creedme, solo los necios son los que sucumben. ¿Hay cosa mas bella que la igualdad? pero un partido no puede vivir sin cabeza; nosotros seremos esa cabeza y en ello hallaremos nuestra cuenta.

Demasiado humillado por mi ruina para atreverme á declarar mis faltas á mi madre: demasiado orgulloso para implorar socorro, me dejé llevar dominado por este mal genio que, sin manifestarme sus planes, me hizo ver un nuevo mundo y nuevos horizontes de ilimitada felicidad. Introdujome en ciertos conciliábulos, para lo cual tenia una contraseña, y en los que ejercia cierta autoridad. ¡Qué extraños discursos oí allí! ¡cuántos proyectos imposibles se hicieron! dijeronse palabras que jamás se habian dicho y que tal vez no se volverán á repetir.

Entonces comprendí que bajo el mundo visible en el que viviamos... mas, no, no os diré nada de lo que he visto.....

.....Me escapé de este infierno, al que me llevaron por sorpresa; y entréme en el

campo de los defensores del órden; y, ¿á quién direis que encontré bajo esta bandera declamando en nombre de la santa causa de la patria en peligro? á él, al hombre sin nombre, al genio del mal: yo quedé estático al verle. «Venid, me dijo él, no se trata de enfadarse sino de salvaros. Vd. está comprometido; se ha perdido la partida, pero no se ha perdido todo. Tened confianza en mí; yo soy un *San peau* boca de oro;» y separándonos de la multitud me comunicó sus nuevos proyectos. «Los tiempos han cambiado, y aquí no podemos hacer nada: ahora se trata de otra cosa. Nuestros amigos se van al país del oro; la tierra entrega ella misma sus tesoros, y el que va no tiene mas trabajo que el de recogerlos. Nosotros somos jóvenes, fuertes, intrépidos, y en dos años vamos á hacer una gran fortuna.»

¿Qué hacer? mis acciones y mis relaciones imprudentes me habian perdido. No me atrevia á presentarme delante de gente honrada y aun menos en sostener la mirada pe-



netrante de mi madre. Mis errores me habian unido á esta despreciable criatura que dominaba mi destino; y ocultando mi vergüenza me embarqué en el Havre, para ir á la conquista del oro.

El que arrostra un peligro con un corazon sin tacha encuentra en él mismo una gran fuerza. Dios está en él, por lo mismo todo le es posible: ¡desgraciado de aquel que sufre sin poder estimarse á sí mismo! Tal vez podria olvidar su vergüenza, ahogar la voz de su conciencia, cuando solo estaba aturdido por la prosperidad y el buen éxito; pero solo y en preseucia de él mismo palidece y tiembla. Vosotros me habeis conocido valiente, pues bien, sobre este navío yo tenia miedo: miedo del mar, miedo del cielo, miedo de Dios y miedo de mí mismo; sin embargo, no tenia nada que perder, nada mas que mi vida, inútil y pesada.

¡Cuánto sufrí á bordo! Humillado por el contacto de mis compañeros, quienes lejos de toda vigilancia dejaban ver sus viciosas

inclinaciones, yo no encontraba un amigo á quien confiar mis remordimientos y mis pesares. A medida que me alejaba iba comprendiendo el valor de cuanto habia perdido. Veia á mi madre sentada, sola, en el rincon del hogar, débil, desanimada, moribunda tal vez. Veia el molino, el cercado, la aldea y la vieja torre de los Ayabanzos. Pensaba en los amigos de mi infancia, me ruborizaba al pensar cómo me juzgarian los que me habian conocido, y esta sentencia que mi conciencia me repetia, me perseguia y me alcanzaba aun en medio de las olas. Las privaciones, las enfermedades, la peste, por decirlo así, que se habia declarado á bordo, y el hambre, la falta de los objetos de primera necesidad, el poco espacio, el movimiento perpétuo de esta gente mas alborotadora que el mar sobre el que flotábamos, todo me inspiraba fastidio y horror. Si el deseo que yo habia concebido de espiar mis faltas y de purificarme por medio del sufrimiento y del dolor no me hubiese sos-

tenido; si el sentimiento religioso que yo debo á la mejor de las madres, y á vos, padre mio, no hubiesen dejado impresas sus huellas en el fondo de mi corazon, que yo sentia latir por el bien y la justicia, tal vez le hubiese pedido al mar el último refugio y el fin de todos mis dolores.

En el abismo de miseria en que me hallaba por mi culpa, un dia me acordé de la misericordia infinita, Privado de apoyo y de socorro, me atreví, sí, me atreví á mirar al cielo, y una voz, que yo creo fué la de mi madre, me dijo que no me desesperase. En medio de la oscuridad de una noche, abandonando el entrepunte en donde mis compañeros se entregaban á sus querellas ó á sus alegrías, mas repugnantes todavía que sus querellas, subime al primer puente, y separándome un poco me arrodillé vuelto de cara á mi país, que yo habia abandonado tal vez para siempre.... Dios mio, dije, manantial infinito de justicia, yo reconozco que padezco por culpa mia y que soy tratado

segun mis obras; pero vos sois tambien un Dios clemente y misericordioso, solo de vos puedo esperar un consuelo, una esperanza! Vos sabeis que si he faltado ha sido por debilidad y no por malicia, como tambien que he sido arrastrado en medio de este mundo perverso. Yo me he hecho cómplice de sus faltas á los ojos de los hombres; pero vos sabeis que no he tomado parte alguna en sus crímenes: las penas que padezco son tal vez el medio que vuestra piedad me reservaba para atraerme al arrepentimiento y al cumplimiento de los deberes que yo he desconocido. Conservadme á mi madre, dadle, Señor, fuerza y esperanza; haced de modo que no me maldiga al fin de sus dias; ¡ella que tanto me ha amado! y permitid, que purificado por todas las rudas pruebas que os plazca imponerme y á las cuales desde ahora me someto decididamente, pueda verla un dia, abrazar sus rodillas, para que con un afecto, con una ternura sin límites, le haga olvidar todo cuanto le he hecho sufrir.



¡Oh! ¡cuán poderosa es la oracion que le dirige al Señor un corazon afligido que se humilla en su debilidad! es un tesoro inagotable de paz y de consuelo: jamás, durante los dias de mi falsa prosperidad he gustado de semejantes sentimientos. Al momento me sentí lleno de calma y de esperanza, tal cual la gozaba en esta iglesia en los dias en que vos, padre mio, nos enseñábais á la vista de nuestros padres, los primeros preceptos de esta religion, que aun en medio de un mar agitado y cuando yo habia perdido el aprecio de todo el mundo y aun de mí mismo, debia consolarme y protegerme.

Yo me creí salvado desde este momento: yo podia sufrir y aun morir; pero me encontraba curado de mis locuras, y sentia que con mi arrepentimiento podria merecer gracia y ser un dia perdonado. Cuando me levanté, me creí otro hombre, mi pensamiento me elevaba sobre todas las miserias que me rodeaban. Las injurias, las injusticias, los groseros sarcasmos de mis compañeros

no podian llegar á mí; y aprovechando el encuentro de un navío que venia á Europa, le escribí á mi madre, diciéndole el cambio que se habia obrado en mí, suplicándole al mismo tiempo tuviese compasion de mí y me prometiese su perdon para cuando yo me hiciese digno de él. Desde entonces las penas del viaje me parecieron mas llevaderas, á pesar de ir siempre en aumento, pues yo me creia reconciliado con Dios y conmigo mismo. Cuando vimos tierra creimos que todos nuestros males habian concluido. ¡Ay de mí! los padecimientos que íbamos á sufrir fueron mas crueles que los de la travesía.

A pesar de la aversion que me inspiraban mis compañeros, yo no podia pensar en volver á Europa: no tenia ya recursos para ello. El dinero que tenia cuando salí de Francia lo empleé en asegurar mi pasaje y conduccion hasta las minas del oro, en donde debiamos hacer rápida fortuna. Preciso fué, pues, el emprender este penoso viaje

despues de haber tomado uuos cuantos dias de reposo. Desde el principio ya fuimos engañados por el jefe de la empresa, el cual nos prometió todos los medios necesarios para un rápido trasporte, los que al fin se redujeron á unas cuantas carretas de bueyes, con lo que partimos de San Luis (Estados del Misuri) con este insuficiente equipaje. Al cabo de unos cuantos dias ya íbamos como arrastrados por entre un desierto cubierto de malezas, abandonando en él á muertos, enfermos y cansados, viéndonos obligados á cada momento á defender nuestras vidas contra los indigenas, últimos restos de los pieles-rojas, cuyas bandas erraban acá y allá por entre aquellos bosques primitivos. Atravesamos soledades horribles, innumerables montañas cuyas abruptas pendientes, torrentes impetuosos profundamente encajonados nos dificultaban el camino y nos le hacian perder muchas veces, de modo que no encontrábamos ni sendas ni puentes que nos sacasen de aquellas soledades. En otras oca-

siones nos era preciso atravesar los ríos á nado siguiendo las carretas que arrastraban los bueyes. Nuestras provisiones se acababan porque la mayor parte se habian averiado. En fin, estenuados y casi muertos de hambre llegamos hasta el lago salado de los Mormones. La discordia, y tras ella la revolución, se apoderaron de nuestra tropa indisciplinada, y dividiéndose en pequeños grupos, se dispersaron para ir á buscar separadamente un camino en medio de estas soledades. Las montañas eran cada vez mas ardorosas y el terreno mas impracticable. Despues de haber pasado mucho tiempo costeano el rio Humbolt, que nos cortaba el camino, despues de habernos batido aun algunas veces con los indios, que al fin conseguimos hacer huir con nuestras carabinas, llegamos al desierto de Sahara americano. Allí vimos innumerables carruajes abandonados por haberles faltado los tiros; multitud de objetos preciosos como máquinas, herramientas, etc., esparcidos



por entre cadáveres. También nosotros dejamos allí todo lo que creímos nos hacía menos falta, con el objeto de aligerar nuestras carretas, y también un moribundo desesperado. Cuando llegamos al medio de aquel desierto, nuestros bueyes cayeron muertos de hambre y de sed, pues esta tierra ingrata carecía de manantiales y de vegetación: nuestras carretas quedaron también envueltas en la arena, y nuestra pequeña tropa se volvió á dispersar de nuevo, disputándose antes los objetos mas indispensables que cada uno debía llevarse. Yo me hallé en medio de esta inmensidad, sin abrigo y sin un pedazo de pan. El invierno que se iba aproximando venia á aumentar los peligros que me rodeaban, pues en estos parajes suelen caer hasta quince pies de nieve. En tal extremo continué solo mi camino, sin guía, y alimentándome con frutas silvestres; de este modo conservé aun fuerza para salvar una alta cadena de montañas que rodea el desierto; y cuando me creía cerca de espirar

me encontré en un campamento de emigrantes extranjeros que se apiadaron de mí y me dieron hospitalidad.

En la oracion que yo me atreví á dirigir al Dios de misericordia le dije: ¡Herid, Señor! castigad al que ha desconocido vuestros mandamientos y los deberes de sumision, de caridad y del deber que vos habiais puesto en su conciencia: dadle solamente la fuerza de soportar sus males y espiar sus faltas por un sincero arrepentimiento.

Uno del campamento viendo que yo carecia de todo me propuso el dirigir sus bueyes. En otra ocasion yo hubiese rechazado con orgullo semejante ofrecimiento por creermelo digno de ejercer otras funciones mas elevadas; pero entonces, yo que habia abandonado el molino de mi padre por orgullo, me creí dichoso al aceptar esta proposicion. Despues de haber atravesado un valle, de haber salvado otra montaña, llegué con mis nuevos compañeros á este país del oro, á esta California en la que se fundan tantas espe-

ranzas, al fin de la sétima semana de haber salido de San Luis. Allí es en donde debian concluir nuestros males, nadar en la abundancia y recoger el oro á puñados. Amigos míos, yo os lo digo, hay mas oro en un puñado de polvo de nuestros caminos sobre los que hemos andado nuestros primeros pasos que en todas esas minas.

Las dos Américas nos han precedido explotando esta tierra prometida, á la cual creimos llegar los primeros. Todo estaba ya ocupado. ¡Adelante! ¡Adelante! tal es el grito universal desde Valparaiso hasta Nueva-York. El delirio no puede ser mayor. Los estados de la Union suministran innumerables aventureros, que por mar, por tierra, á pié, ó á caballo, con barcos de vela ó de vapor, arrostrando el hambre en el desierto, el frio en las montañas, la tempestad sobre las olas, el reverbero del sol en los desiertos de arena, van á buscar el país del oro: el frenesí se ha apoderado de todos; el obrero renuncia á sus máquinas, el labrador al arado, el

negociante á su despacho. ¡Adelante! ¡Adelante! La cruzada que se emprendia antiguamente por un objeto religioso y santo, se emprende ahora con no menos ardor para conquistar y tomar posesion del oro.

Las costumbres de la intemperancia son fatales á los que van allí; el valor del tiempo es tan grande, que el trabajo en busca del oro lo absorbe todo, pues los que mueren quedan espuestos al aire sin que nadie piense en darles sepultura. Las enfermedades diezman á los mineros espuestos á verse atacados de calenturas que debilitan sus fuerzas: el precio de los víveres es exorbitante; el clima intolerable, caluroso en verano y glacial en el invierno: pues bien, nada detiene á estos fanáticos. Lo que le da valor al vicio y al crimen es el hallarse estas regiones auríferas lejos de las poblaciones y de toda colonizacion regular: los aventureros se creen al abrigo de la persecucion, y los malhechores que llegan de todas partes, están seguros de impunidad. Estas gentes que ya han recogido



do oro en abundancia, duermen en el suelo al pié de los árboles abrigados con algunas mantas: uno de la banda hace centinela cerca de sus compañeros que buscan el oro y de los tesoros que ya tienen en su poder; pero unos y otros se parecen á unos bandidos. ¿Pero que les importa á ellos el crimen y la impunidad? ¡Allí no hay mas ley que la de la fuerza y lo que predomina es el oro, siempre oro!

En una de estas bandas fui admitido, y metiéndonos de nuevo en estos desfiladeros salvajes, la casualidad pareció favorecernos, nuestra campaña habia sido dichosa, el tesoro aumentaba y nosotros lo guardábamos con mucha vigilancia en estos parajes abandonados y sin proteccion.

—¿Te quejarás siempre, hombre de poca fé? me dijo uno tocándome la espalda, y cuya voz no me era desconocida. ¡Ingrato! á mí me debes este hallazgo.—Al momento reconocí, bajo el vestido del bandido, al pérfido compañero que me habia comprometido en

estas aventuras. Y presentándose á mis compañeros con grande aplomo y franqueza, hizo que le enseñasen nuestras riquezas, diciéndonos que él trabajaba en el vecindario con sus amigos y que nos pedia ayuda y protección en caso de necesidad, pudiendo contar con la suya desde el momento mismo.

Este encuentro fué funesto para nosotros. Todas las noches hacíamos centinela á fin de custodiar nuestro tesoro; mas en una de ellas nuestro centinela fué asesinado y nuestro tesoro robado mientras dormíamos. El hombre sospechoso ya habia desaparecido, y nuestras diligencias para encontrarle fueron infructuosas, nadie escuchó nuestras quejas, pues los magistrados sin autoridad, que tienen su asiento en la villa, nos tuvieron lástima, sí, pero se burlaron de nuestros clamores.

Desanimado y débil para continuar en el rudo trabajo de mis compañeros, que volvieron á emprender de nuevo la obra, y lleno de horror y de aversion por esta vida salvaje,

me refugié á San Francisco. Mi instruccion y el conocimiento que yo tenia de varios idiomas fué bastante para que fuese buscado en esta ciudad, en la que se encuentran emigrados de todas las naciones del mundo. Algunos armadores me ofrecieron un precio enorme por una ocupacion de pocas horas: de este modo volví á la vida del trabajo inteligente y sério, en el que bien pronto ví aumentar mis economías. Ya que la casualidad se me mostraba tan propicia, decidí el aprovecharme de ella y no volver á Francia sino despues de haber doblado, con mis esfuerzos, el patrimonio que habia disipado con mis imprudencias, reservándome el emplear mi nueva fortuna en un acto espiatorio, si toda vez me era permitido volver á Francia.

Sin embargo, la autoridad de San Francisco era impotente contra el desórden; el crimen ensangrentaba la ciudad y no se vivia allí con mas seguridad que en un bosque; el incendio la destruia periódicamente. El clima me era tan contrario, que mis cabellos se po-

nian blancos de dia en dia; caí en un estado de languidez que apenas si tenia fuerza para tomar una decision cualquiera, cuando la casualidad vino á cambiar mi intolerable posicion.

Una colonia de alsacianos establecida cerca de San Francisco habian encontrado en sus recuerdos religiosos un testimonio de concordia y de paz, y en la aldea que ellos habian creado, se elevaba una pequeña iglesia edificada segun el modelo de la de su país natal. Durante mis desgracias yo no habia visto un templo ni una cruz. La campana nos llamaba para una ceremonia, y esta era un bautizo. La multitud se habia reunido alrededor de la iglesia, que como ésta estaba sobre una colina elevada. Pero, ¡cómo mecen nuestro espíritu las ilusiones! A los primeros sonidos de la campana mis ojos se cerraron; era la campana de nuestra aldea, era la campana de la vieja torre la que yo oia; era el tañido de la *oracion* de la tarde; era mi madre la que yo veia, era el molino, era el



puede de madera, era el puente de los *Adios*, erais vosotros, amigos míos, los que yo veía, como os veo.

Desde este momento mi resolución fué inmutable. Me despedí de los negociantes que me habían acogido con tanta bondad: puse aparte una suma igual al modesto patrimonio que yo había disipado, y la cantidad que necesitaba para mi regreso, y echando al viento el exceso de estas impuras riquezas, las distribuí entre los mas miserables. Después sacudí el polvo de oro de mis pies, á fin de no tener provecho ninguno de esta tierra maldita; de modo que cuando me ví en el navío que debía sacarme de aquellas riberas, creí que salía del infierno. Esta vez quise evitar estos bosques de malezas, en los que dejamos tantas víctimas, y volviéndome por Méjico atravesé una parte de los Estados-Unidos.

La desgracia se encuentra en todas partes. Lo que ví en esta tierra de libertad, me pareció aun mas horroroso que todo cuanto

padecemos al atravesar los desiertos de arena y las montañas de hielo. Allá vimos sucumbir al hombre en un desierto bajo el dedo de Dios, de la inclemencia del clima, y de todos los rigores de la naturaleza; pero aquí, en la tierra de estos orgullosos republicanos, vender al hombre débil y tratarlo como á una bestia. ¿Qué dirían nuestros padres, quienes derramaron su sangre y dieron sus vidas por sostener la independencia de estos Estados, si supiesen que en ellos han fundado el mas indigno tráfico los vendedores de esclavos, y el último mercado de carne humana? Yo he visto á estas criaturas desheredadas condenadas á gemir en la esclavitud, declarados inhábiles á gozar de la libertad tan solo por el color (1). Sin embargo, me aseguraron que yo estaba entre cristianos.

Apresuráme á tomar pasaje para Nueva-

(1) La preocupación sobre las razas, me parece mas fuerte en los Estados que han abolido la esclavitud, que en aquellos en que existe todavía (A. de Toqueville, sobre la *Democracia en América*).

Orleans, y de allí para Europa. Un tumulto extraordinario llamó mi atención al llegar al puerto. Allí ví á un hombre lujosamente vestido, llevado sobre un palanquin, seguido de un numeroso acompañamiento de negros cargados con pesados cofrecitos, y que se dirigian hácia el navío. Este rico señor, al pasar por delante de mí, me echó una mirada acompañada de una sonrisa protectora: al momento reconocí al hombre odioso cuyo contacto me habia perdido, y cuya sombra me perseguia; volvía á su patria cargado de riquezas, y tal vez de iniquidades. De repente se detuvo todo el acompañamiento, los representantes de la justicia presentaron una orden, en vista de la cual el gran señor fué arrojado de su palanquin y llevado con buena escolta á pesar de su resistencia, mientras dejaban los cofrecitos depositados en el templo tutelar de la justicia. Luego supe que algunos mineros americanos á quienes habia arruinado, le fueron siguiendo desde San Francisco, con documentos que justificaban

:

todas sus malas acciones. Esto prueba que hay una Providencia.

En este país de la independencia, en le que el oro es el soberano, la opinion pública y los jueces tratan las cuestiones del dinero con mas interés que las de la moralidad pública, ó los ataques contra las personas; así es que, tal vez en este asilo de la libertad absoluta del mal, las últimas víctimas de este miserable habrán obtenido justicia.

Vedme, pues, amigos míos, vedme sobre un bello navío que vuelve su proa hácia la Francia: un rayo de esperanza penetra en mi corazon, y durante las largas horas de la travesía, repasaba en mi memoria los errores de mi vida. ¿Por qué, me decia yo, aunque bien tarde, por qué no he escuchado la voz de mi conciencia, que me decia no dejase á mi madre? ¿Por qué dejé el molino? ¿Por qué he pisado esta tierra maldita, refugio de todas las malas pasiones, de todos los crímenes, de esta tierra que produce el oro? Al menos, este oro no consumirá mis manos; el poco



que yo he traído será purificado por el destino que yo le daré. No, no es á este manantial impuro á donde el hombre debe ir á buscar la riqueza, sino al trabajo; al cual le pediré que de hoy en adelante me dé medios para vivir y hacer vivir á los débiles. En fin, toqué el suelo de mi patria, toqué los límites de la aldea de los Agabanzos, encontrando á mi madre sobre el puente de madera; sí, mi madre estaba allí y me esperaba.

—Madre mia, la dije abrazando sus rodillas, he pecado contra el cielo y contra usted; pero en medio de mis desvaríos Dios me ha concedido todavía una gracia, puesto que vd. vive. Vuelva vd. á tomar este patrimonio que vd. me dió para que lo emplease segun mi voluntad, yo no lo quiero ya. Distribúyalo vd. con su mano generosa entre los pobres, que son tambien sus hijos, pues yo no soy digno de hacerlo por mí mismo. Yo ya no pienso en lo que he padecido si tiene vd. la bondad de perdonarme. En cuanto á mí, yo he traído un tesoro de mas va-

lor que el oro y la plata; este es, un corazon obediente y experimentado que la respeta y ama, y dos brazos acostumbrados á mayores trabajos.

—Hijo mio, dijo mi madre poniendo su mano sobre su pobre corazon; pues que te veo, ya todo lo he olvidado. He querido aumentar los recursos de tu espíritu, permitiéndote gustos y placeres superiores á nuestra condicion; pero lo hice persuadida de que esto no causaria perjuicio ni á tu buen sentido, ni á tu corazon. Tal vez haya cometido una falta creyendo hacer bien. Tú eras demasiado feliz, y esto es lo que te ha perdido; pero la desgracia te ha salvado y te ha hecho mas fuerte..... La rueda da vueltas todavía y las ha dado en tu ausencia, repitió sonriendo, ya ves que no se ha perdido todo. Vamos, Simon el Molinero, levántese vd., y haga vivir á su madre y á los pobres.

¡Cuánto valor me han dado estas bellas palabras! Despues de haber acompañado á mi madre hasta el molino, subíme á la igle-

sia para darle gracias á Dios y pedirle que me perdone: ahora ya nõ me separaré mas de vosotros; solo deseo que esta esperiencia que tan caro me ha costado, no sea perdida para todos.

—Hijos mios, dijo el abate Paul, hoy es uno de nuestros mas felices dias, puesto que una oveja descarriada ha vuelto al rebaño. Y dando un abrazo al nuevo hijo pródigo se despidió de sus amigos, retirándose el buen sacerdote á su modesta casa.

---

### III.

#### EL REFUGIO Y LA CARIDAD.

---

Venid á mi todos los que trabajais y  
estais cargados, que yo os consolaré.

S. MATEO, XI, 28.

Me parece que de la vida sencilla y oculta del Buen Pastor, no queda mas que este eco fugitivo. Estas páginas que tal vez se olvidarán bien pronto, guardarán, sin embargo, el perfume de su pureza, como el libro olvidado en el altar guarda el del incienso. Algunos rasgos mas nos ayudarán á pintar su caridad candorosa é independiente.

El que funda su dicha en la consideracion



de los hombres, se ve obligado á no desviarse de la senda trazada por el uso establecido, y de someterse á todas las exigencias del mundo: su vida está determinada de antemano; y si alguna vez quiere obrar por sí mismo, entonces, ó hace poco, ó demasiado á los ojos de los jueces que lo observan. Pero el que no se somete mas que al juicio de Dios, ni depende mas que del deber de su conciencia, ese es fuerte y goza libertad absoluta para sacrificarse á la desgracia.

Antes de refugiarse al humilde presbiterio de los Ayabanzos, á fin de entregarse sin embarazo á los afectos de su corazon amante, el abate Paul habia desempeñado desde su venida de Italia las mas altas funciones, propias de su mérito é instruccion. Una mision de grande interés para la Iglesia lo llevó á España. Estando en Sevilla supo que, un reo sentenciado á muerte, y que estaba ya en capilla, imploraba el socorro y consuelo de un sacerdote francés.

Cuando el hombre justo se estingue en

medio de su familia, en paz con su conciencia, debilitado por la edad y por el padecimiento, que ha gustado todas las alegrías fugitivas de la vida, y no se lleva mas que los dolores, la muerte es un rescate, la muerte es la esperanza y la promesa; entonces el trabajo del que lo consuela es fácil; pero cuando un hombre lleno de fuerza y energía, en guerra con Dios y consigo mismo, con las leyes divinas y humanas, con su conciencia y con el mundo, la mision del sacerdote es terrible, pues tiene que sufrir sus maldiciones y blasfemias, tiene que tenderle los brazos y ofrecerle la esperanza y la paz en nombre del Dios que perdona, aun cuando los hombres deban castigar. En estos ímpetus del mas puro sentimiento religioso, encuentra el sacerdote el secreto del afecto sobrehumano: el abate Paul se humilló ante este fatal deber.

El tiempo era malísimo. Cubierto con una capa y un ancho sombrero, siguió al guía, llegando á la caída de la tarde á un

castillo cuyo puente levadizo se alzó al momento de su llegada; y despues de haber recibido el santo y seña, que tuvo que repetir á cada puerta, fué introducido en una capilla abandonada, dentro de la cual gemia el que debia morir.

El débil resplandor de una lámpara alumbraba apenas esta escena de desolacion. Dejáronle encerrado con el preso al cual le tendió la mano, guardando un profundo silencio. Este nuevo personaje, cuya fisonomía se distinguia dificilmente, manifestaba en su actitud y palabra la decision ó la indiferencia del hombre que quiere hacerse superior á su desgracia.

—Padre mio, le dijo con entereza; os doy las gracias por haber escuchado mi súplica. La despedida de un compatriota es preciosa para el que tal vez no volverá á ver su país. Pero vuestros vestidos están mojados; permitidme que os desembarace de vuestra capa y sombrero, aunque tan indispensables en esta ocasion.

—Hijo mio, dijo el sacerdote con una emocion contenida hasta entonces; esta es la hora del arrepentimiento, toda otra ocupacion es indigna de vos. Vuestra patria no es la España ni la Francia; es el cielo, nuestra patria comun. Vos me habeis llamado, y yo vengo en nombre de Aquel que aun puede tener piedad de vos.

—Tranquilizaos, padre mio, dijo el prisionero con calma; yo no tengo necesidad ni de arrepentimiento ni de perdon, pues soy inocente.

—¡Desgraciado! ¿Creeis engañar á Dios, cuando no habeis podido engañar á los hombres?

—Pues bien; delante de ese mismo Dios que me espera al través de esas profundas bóvedas, atestiguo y juro.....

—Deteneos, dijo el sacerdote cogiéndole el brazo.

—Escuchad, padre mio, dijo el prisionero haciendo sentar al sacerdote en un banco de piedra, poniéndose él á su lado. Si yo soy



culpable, y vos lo creéis así, no teneis otro quehacer sino dejarme morir en mi impenitencia, pues no obtendreis de mí ni confesion ni plegaria; teneis delante de vos á un rebelde que quiere perderse para siempre, aun cuando vos le tendáis los brazos; y si yo soy inocente y víctima de un error, entonces vos sois el que el cielo me envia, y debeis salvarme haciéndome salir de aquí.

—¡Salvaros! y aun cuando yo quisiese dejar á la justicia divina el cuidado de castigaros, si sois un perjuro, ¿tengo yo el poder de desarmar la justicia de los hombres?

—¡Qué me hablais de la justicia de los hombres! ¡Cómo! Vos, ministro del Señor, ¿representais aquí otra cosa que la Providencia y la justicia divina? ¿Sois vos un enviado de los hombres? ¿Sois un nuevo carcelero el que yo tengo á mi lado? ¿Es á vos á quien han encargado el guardarme? Yo considero vuestro sacerdocio mucho mas elevado: ó sois el hombre de Dios, ó sois nada en mi presencia.

—¿Y qué pruebas me dareis? dijo el abate Paul, sorprendido y turbado por el sesgo que iba tomando la conversacion.

—¡Pruebas! ¡y sois vos el que me pedís pruebas! ¿Habrá para mí tres justicias, la de los hombres, la vuestra y la de Dios que me espera? Si yo hubiese querido dar las pruebas que me pedís, ¿estaria yo aquí? ¿hubiese implorado vuestro socorro? ¿Y quién sabe si una existencia mas noble y mas querida que la mia no se veria amenazada á causa de mi revelacion? Si me pedís pruebas, ¿es que venís en nombre del escribano? ¿Y qué pruebas me dareis vos de vuestra sinceridad?

—¡Desgraciado amigo! dijo el sacerdote tomándole la mano; no creais que me ofendo. Sois jóven, padeceis, y estais irritado; vuestras reconvenciones no llegan á mí. ¿Por qué dudáis de mi piedad? Mi mayor pena es ver que nada puedo hacer en vuestro favor. Ya veis que no me he detenido ni un momento en acudir á vuestro llamamien-

to; si no necesitais mi ministerio, ¿por qué me habeis llamado?

—¿Para qué decíroslo, puesto que si esta puerta estuviese abierta, vos, el enviado de Dios, vos me la cerraríais?

—Yo no he dicho eso, pobre hijo mio, yo no lo he dicho; respondió con dulzura el buen pastor, mirando atentamente la puerta guarnecida de enormes cerrojos.

—Perdonad mi vivacidad. El tiempo es corto. Admitid por un momento que solo me queda este medio para salvarme; ahora pedidle á Dios, á quien servís y á vuestra conciencia, si vos debeis ayudarme ó impedir mi evasion: yo me pongo en vuestras manos.

El sacerdote no podia distinguir en esta pieza oscura la fisonomía ni la mirada del que le hablaba; sin embargo, parece que lejos de las pasiones humanas, la verdad tenga un acento que derrama la luz hasta en medio de las tinieblas: además del sentimiento de humanidad, la voz de un compatriota desgraciado que pide gracia, es mas poderosa

aun cuando se oye en tierra estraña, y.....

Dejando al prisionero sobre el banco de piedra, fué á arrodillarse delante del arruinado altar que se elevaba hasta la bóveda — Dios mio, dijo, manantial de toda luz, ¿por que me inspirais el pensamiento y aun la conviccion de que este hombre no es culpable, y conducido ante él en esta hora suprema? Si es inocente, ¿no debo yo proteger su vida contra los errores de los hombres mayormente prestándose á ello la ocasion? Vuestra justicia sabrá castigarle si es perjuro, yo lo pondré en vuestras manos, Dios poderoso, si llegase á salvarle.

Hecha esto oracion, quedóse en silencio delante del altar, y levantándose de repente arrojóse en los brazos del prisionero diciéndole: — ¿Qué hay que hacer, amigo mio, hermano mio? soy vuestro: Dios lo quiere. Ya no es el sacerdote el que está en vuestra presencia, puesto que vos no quereis escucharle; es un compañero decidido y pronto á esponderse por vos. ¿A dónde debo ir?



E inclinándose para tomar su capa, el prisionero le detuvo el brazo.

— Vos sois mas que un santo, padre mio, le dijo: San Martin dió la mitad de su capa y vos me la dais entera y tambien el sombrero: ahora me falta vuestro breviario.

— ¿Hablais con seriedad? dijo el abate Paul, ¿no es una ilusion lo que trastorna vuestro juicio? mirad esos candados; y cuando esa puerta se abriese, ¿sabeis cuántas se han cerrado detrás de mí al entrar, despues de haber dado la fatal contraseña?

— Esa contraseña no es fatal, puesto que es ella la que me ha de salvar, y vos vais á decírmela, padre mio, mi buen ángel.

— Dispensadme, dijo el sacerdote, yo no puedo repetir esa terrible palabra.

— Bueno; entonces quedémonos aqui, dijo el prisionero con la mayor indiferencia, dejándose caer en el banco de piedra.

— ¡Vos lo quereis!..... La palabra es *Mañana*, dijo el sacerdote en voz baja y tomándole la mano.

— ¡*Mañana!* ya no será tiempo, padre mio, pues á Dios gracias y á vos, voy á verme libre al momento, y esto es tan verdad, como lo es tambien el que en mi seno hay un corazon que late de ansiedad, dijo el prisionero poniendo la mano del sacerdote sobre su corazon. Dios es quien os inspira. Yo tenía cierto presentimiento que todo habia de suceder así. Pero vos lo habeis dicho, yo no podria hacerme abrir tantos cerrojos y puertas aun disfrazado con vuestra capa; por lo mismo no es por ahí por donde yo tomaré el camino: hay otro mas corto que ese. Mirad, padre mio, ¿veis esa escasa luz que penetra por allá arriba, por encima del altar ante el cual habeis orado?

— ¡Cómo! ¿por esa estrecha claraboya que toca la bóveda de la capilla?

— Eso mismo, padre mio: yo he subido ya y he tomado la medida: tambien he calculado que si un hombre se pusiese derecho sobre el frontis del altar, podria yo tocar el borde de esa ventana desde encima de sus

hombros, lo que no podría hacer estando solo. Esa ventana cae á un tejado, y de allí por una escalera arruinada, se va al camino de ronda y al puente levadizo. En otro tiempo he visitado este castillo y conozco todos sus rodeos: si vos podeis solamente subir allá, salvareis mi cuerpo y mi alma y evitais muchas penas y tormentos á toda mi familia.

—¿Y podré hacerlo? dijo ingénuamente el sacerdote, midiendo con la vista esta elevación.

—Si me creéis inocente, dijo el prisionero con firmeza, sí que podreis; á mas, yo os ayudaré... ¡Pero á donde me lleva mi egoismo! ahora hago una cruel reflexion: ¿cómo bajareis solo?

—Pues bien, me dejaré caer..... y yo lo habré merecido, dijo con calma el abate Paul resuelto á arrostrarlo todo.

—¡Sois un ángel, padre mio!

—Si fuese un ángel no nos veriamos en este embarazo, dijo el sacerdote sonriendo.

Pero decidme, cuando me pregunten en dónde estais, ¿qué he de responder?

—La verdad se debe decir siempre. Vos direis que yo os he tomado la capa y el sombrero y me he escapado por esa ventana.

—Delante de Dios al menos, respondedme de vuestra alma.

—¡Vos la salvais, padre mio! pues si me hubieseis dejado aquí, hubiese muerto maldiciendo á la justicia de los hombres y dudando de la de Dios.

—¡Silencio! dijo el sacerdote deteniéndole. Decidme que hay que hacer, y que Dios me perdone si la piedad me arrastra á cometer una falta.

El prisionero echó los brazos al cuello de su libertador, y despues de un estrecho abrazo le ayudó á subir sobre el abandonado altar, de allí sobre el monumento que lo adornaba; despues, sosteniéndole, lo elevó hasta el frontispicio que dominaba el altar. Y reteniéndose con mucha pena el abate Paul en los ángulos de las esculturas, le



alargó la mano al prisionero que esperaba envuelto con la capa y cubierto con el ancho sombrero: en seguida poniéndose el poco hábil sacerdote, bien derecho y con precaucion contra la pared, el condenado saltó con destreza sobre esta cariátida viviente y tocó aunque con dificultad las barras de esta lumbrera.

—¡Qué lástima que no tengais seis pulgadas mas! Pero..... ya estoy, dijo despues de haber hecho un esfuerzo. Que el cielo os guarde, padre mio, yo sabré encontraros mas tarde, pero pronto recibireis noticias mias.

—¡Eh! olvidais algo, dijo el abate arrojándole su bolsillo.

—En efecto, olvidaba el pediroslo, pues no me han dejado un solo maravedí. Tened cuidado al bajar, padre mio; poneos de rodillas y bajad de espaldas. Adios, salvador mio; adios, mi buen ángel.

Y poniendo su mano sobre sus labios le envió su último adios y desapareció por entre dos barras de hierro carcomidas por el

orin, y que dejaban suficiente espacio para pasar un hombre, como lo habia observado durante los dias de su detencion.

El abate Paul no habia previsto las dificultades que encontraria al bajar de esta elevacion, sin la ayuda que habia tenido para subir. Así es como, despues de algunos inútiles ensayos; y temiendo verse sorprendido en aquella posicion, hizo un esfuerzo, y enredándose con los pliegues de su larga sotana cayó rodando hasta las últimas gradas del altar, quedándose allí desmayado.

Un mortal silencio reinaba en esta profunda bóveda. Cuánto tiempo pasó así, nadie pudo decirlo. El guia, perdiendo la paciencia fué con el carcelero á escuchar á la puerta, y no oyendo ruido alguno, se decidieron á entrar. Un horroroso espectáculo les hirió la vista. El sacerdote, inanimado, estaba bañado con la misma sangre que salia de sus heridas.

Al momento se dió la voz de alarma. El conserje del puente levadizo les contó como

el sacerdote hacia ya largo tiempo que se habia marchado á paso lento, llevando en la mano el breviario y limpiándose los ojos, pues debia estar muy conmovido por las tristes funciones que acababa de hacer; y aun mas, se le habia oido repetir á la puerta sollozando, la palabra fatal: ¡Mañana, mañana! Que en cuanto al prisionero, él afirmaba que ni habia salido ni podia salir.

Entonces comprendieron que debia haber pasado una escena terrible, que el sacerdote habia sido arrojado por tierra, que sus vestidos y su bolsa le habian sido arrancados con violencia, y las señales de los pies marcadas sobre el polvo del altar, hicieron adivinar por donde habia escapado el fugitivo.

Llevaron al abate Paul á una de las salas del castillo, en donde le prodigaron los mayores cuidados: el médico que llamaron declaró que no habia peligro alguno, y con algunos dias de cuidado pronto se veria restablecido. El buen sacerdote se guardó muy

bien de contradecir la version que oia repetir á su lado, dejando creer de este modo que todo habia sucedido como lo decian el carcelero y el guia. A su vez, él pudo pasar el puente levadizo sin capa ni breviario; y dando gracias á Dios del buen éxito de su estratagemá, comprendió que Dios lo habia llamado para salvar á un inocente.

En efecto, estando aun en Sevilla recibió una carta de Bayona informándole de que su protegido estaba en toda seguridad. El error judicial, cuya base era la confesion voluntaria del acusado se habia declarado con pruebas irrecusables, cuya comunicacion acababa de recibir. Por no hacerle traicion á un bienhechor y amigo suyo, se declaró responsable de un complot, al cual él era extraño.

Este era uno de los mas bellos recuerdos del abate Paul; este ejemplo y muchos mas, le habian vuelto precavido contra los juicios y opiniones de los hombres, y le habian inspirado esta tolerancia y mansedumbre del



ministro, cuyo mas noble privilegio es el de absolver y no el de condenar.

El comprendia la delicadeza de sus funciones de pastor de un modo admirable. Un dia, el piadoso celo de una familia afligida lo llamó, para que entrase á ver á un moribundo. Este era un hombre honrado, quien solamente habitaba su casa de campo vecina de la aldea, durante la bella estacion del verano; vivia separado de sus religiosos deberes, y manifestado mas de una vez cierta aversion por las prácticas exteriores.

—Hijos míos, dijo el sacerdote, vuestras intenciones son dignas de alabanza, y la presencia del ministro del Señor debiera ser un consuelo para el que va á comparecer delante de su juez: pero decidme, ¿es vuestro padre quien pide mi socorro?

—Debemos deciros la verdad. No, padre mio, dijo el mayor de los hijos, al contrario: pero, ya que vuestra palabra es tan dulce y consoladora, ¿no podríais venir á verlo lo mismo que á vuestros pobres enfermos, é

inspirarle con vuestros discursos el deseo de volver al seno de la Iglesia en esta hora suprema?

—Hijos míos, dijo el sacerdote, haced atencion; la verdadera religion es una ley de clemencia y de amor; es un socorro que no se concedé mas que á los que le piden. Si se tratase de uno de nuestros habitantes de la aldea, acostumbrado á mi presencia, por haberme recibido á menudo en su hogar doméstico como confidente de sus alegrías y de sus dolores, como amigo y consejero de su familia, ya estaria yo en el sitio al que vosotros me llamais..... ¡Si al menos le hubiéseis inspirado el deseo de oirme! ¿quién sabe si mi traje negro le parecerá ser la señal de su último momento, al cual no está preparado? El tiene ahora la cabeza muy débil; mi presencia podria atraerle una fatal crisis, que nos hiciese perder por nuestra imprudencia al mismo que queremos socorrer y salvar. Al menos esperad el momento favorable, y creed en la infinita misericor-

dia. Acordaos que la naturaleza es como una dulce madre que duerme sobre su seno al niño que gime. La vejez, la enfermedad y el padecimiento debilitan por grados los sentimientos de quien va á morir, y cuando su alma está al borde de la vida, su mirada se dirige ya hácia el manantial de toda luz.

—¡Oh, nuestro ángel bueno! decian los hijos enternecidos, ¿vos creéis que por nuestras oraciones y plegarias, nuestro buen padre podrá encontrar gracia ante el Señor, caso que no podamos conservarlo en este mundo?

—Mucho debemos sentir el que haya vivido, y tal vez, el que muera separado de la Iglesia nuestra Santa Madre; ¿pero, por qué hemos de dudar de la divina Providencia? ¿No es bastante un acto de fé, un sincero arrepentimiento para obtener gracia? ¿Y quién nos dice que su pensamiento no se eleva en este momento hácia el Dios que lee en los corazones? ¿por qué teméis? Vuestro padre ha hecho muy buenas obras, yo lo sé; ha

practicado la caridad y la justicia; ha trabajado para vosotros; os ha educado y os ha cuidado; ha pasado muchas noches y dias de ansiedad por vosotros. Todo esto es padecer y sufrir; todo esto es rogar; todo esto es prepararse para morir. Aun puede esclarescerlo la fé.

—Ya que nos dais tanta esperanza no nos abandoneis, replicó el hijo, unid vuestra oracion á la nuestra.

—Yo uniré tambien mi presencia, si es que lo quereis, dijo el abate Paul.

Preparado á socorrer á esta afligida familia con los auxilios de su divino ministerio, fuese con ella á una pieza vecina de la que habitaba el moribundo, pasando allí algunas horas orando. Mientras tanto, una crisis saludable é inesperada reanimó al enfermo, como tambien la esperanza de sus hijos, enternecidos y subyugados por la asistencia y esclarecida piedad del buen pastor.

La dulzura y el amor son dos grandes poderes que siempre encuentran el camino



del corazon. Pocos dias despues del de esta escena, un convaleciente apoyado en los brazos de sus hijos, se presentó á la puerta del humilde presbiterio.

—Vos sois un digno pastor y un ángel de consuelo, dijo el enfermo tendiendo la mano. Mis hijos me han hecho saber de qué modo comprendéis las funciones de vuestro noble sacerdocio. ¿Es á vos y á vuestras oraciones á quien debo mi salvacion? Al menos Dios me ha concedido tiempo para volver á él. ¿Quiere el pastor concederme un sitio entre su rebaño?

—Venid, hijo mio, dijo el abate Paul; la hora de la fé y de la esperanza llega siempre para aquellos que, como vos, han practicado la justicia y la caridad.

Un terrible acontecimiento habia cubierto de luto á toda la aldea de los Ayabanzos. Una pobre criatura, abandonada por la mas horrible traicion, se encontró muerta en el rio. La moral y la religion condenan como un gran crimen el huir cobardemente á las solas ame-

nazas de la desgracia, destruyendo con sus propias manos el sér que Dios ha creado para conocerle, amarle y servirle; la infamia y la indignacion pública le persiguen aun hasta despues de su muerte. Algunos padres de familia se presentaron al abate Paul, pidiéndole que no admitiese en la iglesia de la aldea el cuerpo de aquella desgraciada, á fin de que esto sirviese de ejemplo á las demás jóvenes.

—Amigos, les dijo el abate Paul; Jesucristo ha dicho: «Que el que esté libre de pecado le eche la primer piedra.» ¿Por ventura sois vosotros sus jueces? ¿Quién os ha dicho que su muerte ha sido voluntaria? A mas, si vosotros condenais á la que ha muerto en un acceso de desesperacion, ¿qué hariais con aquel que, habiéndola hallado sin defensa, sin el apoyo de una madre, la ha engañado alevosamente, la ha abandonado, haciéndola sufrir de modo que le haya parecido intolerable la vida? ¿Es necesario padecer muchos tormentos antes de llegar á ese

estremo! ¿Quién sabe si cuando ha caído en el agua la pobre criatura no se han elevado sus brazos al cielo para pedir gracia y perdón? ¿Quién sabe si Dios, en su clemencia, no le ha quitado la razón para libertarla de tantos males? ¿Creeis que ella hubiese abandonado todos sus deberes y afecciones en pleno conocimiento? La justicia de los hombres no le niega al mas gran criminal la asistencia de un sacerdote; y, ¿seremos mas severos? ¿Para quién reservamos nuestras oraciones, sino para las pobres almas abandonadas, que son las que mas necesidad tienen?

El acompañamiento fúnebre subió, pues, lentamente la pendiente tortuosa que va desde el río á la iglesia de la aldea. El abate Paul lo esperaba á la puerta; este ejemplo le sirvió de tema para dar una terrible lección; sin embargo, sus labios compasivos dejaron salir una palabra de piedad y de esperanza. Y cuando los dos monacillos, arrodillados delante del altar, principiaron con voz clara,

pura y vibrante es'a aspiracion sublime de la oracion de los muertos que dice:

*¡Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dadle la paz! ¡Piadoso Jesus, dadle el eterno reposo!*

¿quién hubiese podido dudar de la divina clemencia?....

El consolar á los afligidos lo practicaba de tal modo el abate Paul, que parecia que solo á él pertenecia el hacerlo; de modo que nadie pensaba en dirigirse á otro cuando se trataba de preparar á alguien á un gran dolor, ó á vendar las heridas de un corazon ulcerado. Nosotros lo hemos visto en uno de estos actos.

Delante del gran salon de una casa de recreo, sobre el terraplen que domina el mas risueño paisaje, bajo los arbustos, en medio de las flores, estaba sentada una jóven señora, alegremente ocupada en acariciar á sus hermosos hijos. Ella espera, y pasa su tiempo en casa de unos afectuosísimos amigos, que le hacian menos pesados los dias de



una penosa ausencia; todo sonríe delante de ella; la imagen de la dicha la tiene en la mano. La joven señora lee una carta que le da las mas gratas noticias. Su esposo parti6 de uno de los puertos de América sobre un ligero paquebot; ya está en camino para la Francia; dentro de unos dias ella podrá estrecharle contra su corazon y presentarle los bellos hijos, este dulce tesoro que tanto le recomendó en su último adios, en su última mirada.

Sin embargo, los amigos que dan la hospitalidad á esta joven esposa, han recibido una fatal y horrorosa noticia. El navío que traia á Francia todas sus esperanzas, este bello navío, ha zozobrado, y entre las víctimas el viajero que venia colmado de bienes en busca de la felicidad que le esperaba en su patria.

¿Y quién se atreverá á darle este golpe mortal á esta joven mujer, tan radiante de gozo y tan segura en su porvenir? ¿Quién le dice, en fin, que todo se ha perdido sin remedio? ¡El, aun él! el apóstol, el mensajero de la desgracia.

—¡Pobre hija mia! le dijo tendiéndole la mano, pues ya hacia tiempo que la conocia y á menudo venia á visitarla á esta misma casa caritativa y hospitalaria. ¡Pobre hija mia!

—¿Cómo decís eso? dijo la jóven riendo; ¿no sabeis los motivos que tengo para estar alegre? ¿no sabeis que mi viudedad va á concluir dentro de breves dias? Mi marido viene ya; y diciendo esto besaba la preciosa carta. Vos vendreis á verle, pues yo le he hablado de vos, y él os ama.

—¡Los peligros del mar son grandes! dijo suspirando el abate Paul.

—No habéis así, dijo ella con voz doliente; la desgracia no piensa en nosotros; dejadnos que pasemos desapercibidos de ella, pues seremos bien dichosos de volver á vernos: pensad que ya hace dos años que se marchó. ¡Cuán crecida encontrará á Luisa! ¿No es verdad? ¿Os parece que es bella? Y esto lo decia empujando á la niña hácia los brazos del abate.

—Yo rogaré á Dios por vos y por ella, le dijo el abate Paul, y retrocedió.....

El sacerdote retrocedió ante esta comision imposible, asustado al ver tanta seguridad, tanta dicha: dicha que debia desvanecerse al primer soplo de sus labios.

Pero semejante al atleta que ante un enemigo vigoroso retrocede para embestir con mas brío, así el sacerdote volvió al ataque con alguna mas fuerza, por ver si podia desvanecer esta falsa seguridad, y despejarle la entrada á la desgracia: así es que, sobre el medio dia, volvió á presentarse.

—Las noticias del mar son malísimas, dijo él; grandes vientos han reinado en las costas; y yo no puedo oir hablar de tempestades sin pensar en esos pobres pescadores que se embarcan, cualquiera que sea el tiempo que haga. ¡Cuántos son los que se quedan envueltos en las olas! ¡y la familia que los espera! ¡la madre y los hijos que están en la playa, cuando una oleada arroja á sus pies una barca destrozada, y aun á veces

:

él..... y de nuevo se interrumpió. Los asistentes guardaban silencio.

—¡Mas, es horrible lo que vos me decís! dijo la jóven madre llamando á sus hijos para que estuviesen cerca de ella; y enjugándose los ojos con el pañuelo..... yo no comprendo nada.

—Hija, en este mundo nadie se ve libre de una desgracia; dijo el sacerdote en voz baja, y nuestro destino está en las manos de Dios..... y volvió á salir sin añadir una palabra.

La desgraciada mujer principió á turbarse y lo que aumentaba su pavor eran las reticencias de los que la rodeaban.

Las tempestades del otoño conmueven el árbol solitario, de modo, que mas tarde con solo un leve soplo cae en el fondo de los abismos: así cae tambien la dicha.

Alanochecer volvió el sacerdote llevando en la mano el rosario. La víctima *esperaba* y se puso de rodillas: el sacerdote le cogió las manos.



—Hija mia, le dijo con lentitud, solo os queda el rogar por él y educar vuestros hijos segun las órdenes que os ha dejado. Cuando habreis cumplido con este sagrado deber ireis al cielo á uniros con él.

Apenas si ella pudo comprender esta fatal sentencia, sus ojos quedaron fijos por unos instantes y despues lanzando un grito cayó. Cuando volvió á la vida y con ella al sufrimiento, el buen sacerdote estaba allí teniendo por la mano á sus niños.

—¡Oh desconocidos destinos! ¡y qué cambio! ¡qué contraste! ¿No es, pues, en este mismo salon espléndido y en el cual solo se oyen los sollozos de la desesperacion; no es, pues, este el mismo sitio en que hace poco tiempo pasaba una de las escenas mas encantadoras de la vida y que alegran los ojos y regocijan el corazon? Sí, la víctima de hoy fué la heroína de aquel dia.

Una fiesta de familia habia reunido en esta casa hospitalaria á todos los amigos, parientes y vecinos que habitan en los castillos

de los alrededores. El mal tiempo reunió en el salon despues de comer, á todos los conocidos. Esta brillante sociedad que contaba con una diversion campestre, se veia reunida sin saber que hacer. La música los distrajo un poco, luego se propuso el improvisar un baile de familia á fin de ocupar á los jóvenes y á los niños. El abate Paul se habia retirado á un ángulo del salon y allí hablaba con algunos vecinos sobre una fundacion benéfica, que él meditaba hacia ya algun tiempo. Una jóven señora se le acerca, é interrumpiendo la conversacion con su voz sonora, con toda la ligereza y la libertad de su carácter:

—Señor cura, le dijo, tomándole la mano, ¿quereis bailar connigo?

Esta era, sí, la misma jóven madre, la misma desconsolada viuda que hoy vemos tan abatida y que entonces se mostraba tan radiante y alegre.—Hay naturalezas tan amables que con sus gracias y atractivos se lo hacen perdonar todo. Imposible el tomar á mal una invitacion tan singular como la que

hizo esta locuela; tanta era la bondad y el respeto que manifestaba su dulce mirada.

El abate Paul detuvo la mano de la jóven, y despues de un momento de reflexion, echó una mirada sobre la brillante asamblea que esperaba su contestacion.

—Con mucho gusto, señora, dijo él con seriedad, pero á condicion que yo dirigiré el baile y poniéndole su sombrero en la mano, principió á dar la vuelta al salon.

—¡Para los pobres! decia con voz conmovida, para los que tienen hambre, para los huérfanos, para los que padecen trabajando y aun para los que no pueden trabajar.

Y la jóven inclinándose tendia humildemente el viejo sombrero del cura.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó la asamblea, conmovida por esta improvisacion hecha tan á tiempo.

En efecto, este grupo hubiese podido servir de modelo para ejercitar un noble pincel. El corazon se interesa por la vista. De un lado la juventud, la belleza, el placer, la vi-

vacidad, un traje fresco y elegante; y por otro la vejez, la simplicidad, la pobreza, la humildad, la sotana negra. Estas dos *ideas* se enlazan por las manos que se tocan y se hacen mas sensibles por el viejo sombrero de anchas alas y cuya forma tiene tambien su elocuencia.

En presencia de todos estos trajes, de estas vanidades, de este brillo inútil, ¿quién de los asistentes podia rehusar el diezmo del pobre? ¡Así una lluvia de oro cayó dentro del pobre sombrero! En este sombrero mágico se encontraron hasta braceletes de oro y perlas finas. ¿Qué no estaria orgullosa y dichosa la jóven demandante? y aun mas cuando dejó caer su ofrenda. Los corazones de todos se hallaban como aliviados de un gran peso; la fiesta de familia fué santificada por la benéfica caridad. El mal tiempo que les habia destruido todos sus placenteros proyectos, fué olvidado bien pronto y todo tomó un aspecto mas riente y mas animado. Ved, pues, como el abate Paul no pudo rehusar una invitacion al baile.



¡Ay de mí! ¡estas alegrías de la casa duraron muy poco!

Algunos, preocupados con los negocios del mundo, creen que los deberes de la religion son incompatibles con las exigencias de la vida, y que por lo mismo, es preciso estar, ó en la iglesia lejos del mundo ó en el mundo lejos de la iglesia. ¡Cómo sabia desvanecer esos errores el abate Paul!

Un dia se presentó en el presbiterio un brillante oficial, y despues de haber contemplado en silencio la desnudez del anacoreta, fué sobrecogido del tierno respeto que inspira á un corazon recto la noble pobreza; y saludándole con veneracion le dijo:

—Señor, yo habito de paso uno de los castillos de la vecindad, pues debo casarme bien pronto. Pero exigen de mí una de esas formalidades, que segun dicen, son indispensables. Vos me comprendeis sin duda..... Permitidme el que os hable con la franqueza militar. Yo respeto muchísimo la religion y comprendo tambien su grandeza; por ello

creo ser el mas indigno de los hombres. Lazos muy fuertes me atan aun á un mundo con el cual dificilmente se pueden conciliar semejantes prácticas: á mas permitid que os lo diga todo, por favor dignaos el escusarme, pues hasta ahora yo he encontrado esto bien difícil..... Luego, continuó con algun embarazo; me han dicho, señor, que vos sois el hombre mas tolerante del canton y el mas caritativo al mismo tiempo: yo vengo pues á pagarles á los pobres el rescate de un hombre feliz y dichoso. Si vos os dignais el encargaros, hareis una caridad doble: con este dinero vos sabreis consolar en mi nombre muchos afligidos y decidme: ¿no es esto tambien rogar á Dios? Y diciendo esto puso una cartera sobre la mesa.

—Hijo mio, dijo el sacerdote tomándole la mano, ya hablaremos de los pobres mas tarde; ahora hablemos de vd. Ante todo debemos tratar de nuestros negocios, y no quiera Dios que cuando una mosca cae en mi telaraña la deje escapar..... ¿Habeis amado? ¿te-

neis padres, hijo mio? ó bien, ¿estais solo en este mundo?

—No señor, no estoy solo, dijo el militar; mi noble padre murió en el campo de batalla, pero me queda una madre que adoro; tengo tambien un hermano á quien amo tiernamente y que hace mucho tiempo viaja por lejanos paises; tengo tambien una esposa prometida, y esto es lo que me trae á vuestra presencia..... ¡Ah, sí, yo he amado y he sufrido!

—Pues bien, vd. me pertenece ¿Qué temeis? Primeramente quitaos esa espada, pues de otro modo nuestras fuerzas no serán iguales, y es preciso que vd. esté desarmado delante de mí; Dios lo quiere así, hijo mio.

El oficial tuvo que ceder á pesar suyo al poder de esta paternal palabra, que le recordaba otras no menos gratas afecciones, y quitándose lentamente el cinturon de su espada miraba con atencion al buen sacerdote.

—Ahora, dijo el abate Paul arrodillándose, vamos á rogar por todos los que amais,

haced lo mismo que yo, hijo mio. Y con el dedo le enseñaba el sitio en el que debia arrodillarse. En seguida, y como hablando en nombre del soldado, principió lentamente la oracion. Asi hace una madre con un hijo cuando le enseña á orar.

«¡Oh, Padre mio! vos que solo habeis vivido para cumplir con vuestro deber, que habeis sufrido y muerto por la patria, protegéd aun á vuestro hijo como lo protegiais cuando estabais en este mundo, y escuchad la plegaria que, en medio de su debilidad, se atreve á dirigir al Señor, y repetídsela vos, por él, en el cielo.....

»¡Oh, Dios mio! ¡yo reconozco vuestra grandeza! Las brillantes señales de vuestro poder me deslumbran; oigo la voz de la conciencia que me dice lo que es bueno y lo que es malo. Si yo he seguido el mal á menudo, comprendo que he faltado á los mandamientos que habeis escrito en mi corazon, por lo cual, *me acuso*. (Y el sacerdote apoyaba adrede estas palabras.) Pero yo creo tam-



bien en vuestra misericordia. Vos, que sois la fuente de todo cuanto hay de bello, grande y noble en este mundo, vos sois el dispensador de todas las gracias y el Dios que perdona. ¡Yo me atrevo á implorar vuestra clemencia, Señor! á fin de que os digneis concederme indulgencia y perdón: purificado de este modo, Señor, seré mas digno de llenar los grandes deberes que va á imponerme mi nuevo estado. Conservad la vida de mi madre, para que vea como practicando vuestros dulces preceptos, me hago digno de ella: proteged tambien á mi hermano en sus lejanos viajes. En fin, Señor, derramad vuestras bendiciones sobre la persona que mi corazon ha elegido; que mi fuerza la proteja; que mi respeto la acompañe, y una amistad constante haga su alegría en la prosperidad y le dé valor en la adversidad.....»

El sacerdote se levantó. El oficial, conmovido, le besó la mano é iba tambien á levantarse.

—De rodillas, hijo mio, de rodillas. Ahora estais delante de Dios. É indicándole las oraciones sacramentales, escuchó la relacion de su vida.....

.....Cuando el sacerdote desde lo mas alto del tribunal sublime, que en este asilo de la piedad y de la pobreza se formaba de una mala silla de madera, ¡oh religion poderosa! cuando el sacerdote iba á pronunciar las *palabras* que vienen del cielo y se vuelven al cielo, estas que desatan en la tierra lo que debe quedar desatado para toda una eternidad:

—Deteneos, padre mio, dijo el penitente; me falta confesar una falta que no he dicho, y de la cual vos habeis sido testigo y confidente. Acordaos de la capilla de Sevilla. Yo soy aquel á quien vos salvásteis la vida esponiendo la vuestra; el mismo á quien con vuestro sacrificio le habeis preparado el arrepentimiento y el perdon. Durante largo tiempo os he buscado; ¿me reconocéis? ¿habeis olvidado hasta vuestra generosidad?

El sacerdote no había podido examinar las facciones del prisionero en aquella cárcel sombría, pero el sonido de esta voz fué un recuerdo para él: llamó al soldado para estrecharlo contra su corazón, y estas dos hermosas figuras, la de la autoridad y la de la obediencia; la de la fuerza y la de la sumisión; la del valor y la del sacrificio se tenían abrazadas la una á la otra.

Sin embargo, el sacerdote pronunció las últimas fórmulas de su ministerio, y dándole la espada al oficial le dijo: «Id en paz, hijo mio, vd. sale mas grande que cuando entró en este humilde asilo, pues está escrito que: «El que se humilla será elevado.»

—¿Y qué haré yo de esta cartera? dijo el abate devolviéndosela al oficial.

—Esto es el rescate del prisionero, respondió éste riendo. Vos conoceis, padre mio, á todos los que sufren; el año ha sido malo, y este dinero será santificado al pasar por vuestras manos, y la bendición de los pobres recaerá sobre mi nueva familia.

—No, dijo el abate Paul, visitaremos juntos todas estas miserias, y viéndolas de cerca buscareis los medios para aliviarlas; á más, aprendereis á ser desgraciado para cuando llegue vuestro dia (1).

Así es como este hombre de Dios, tranquilizaba á los débiles, animaba á los tímidos y humillaba á los fuertes, sin salir jamás de la reserva que le imponia su ministerio de paz y de amor. Él no imponia la religion á nadie con severidad, pero sí la inspiraba con su dulzura: él no la hacia patrimonio esclusivo de aquellos á quienes alumbraba la luz de la fé; pero la hacia nacer con su caridad, y presentándola fácil en la práctica, la hacia desear aun á aquellos que mas alejados de ella se hallaban. *Si yo tengo la fé que trasporta las montañas y no tengo la caridad, no soy nada.* Así lo decia San Pablo á los de Corinto, y esto es lo que

(1) Los detalles de esta entrevista y de la de Sevilla, nos los dió el mismo oficial, reconociendo que á este digno sacerdote debe su fé y su vida.



practicaba este digno discípulo de San Pablo.

Sus fatigas, su avanzada edad y una enfermedad que continuamente le estaba amenazando, debilitaban su valor; sin embargo, no abandonaba el placer que le causaba el tratar su tema favorito con sus fieles amigos; y una tarde hallándose todos reunidos en la plaza de la iglesia, les habló de esta manera:

—Hijos míos, no creais que voy á enseñaros los dogmas, los deberes y las prácticas de la religion; esto ya lo habeis aprendido del sacerdote en el templo del Señor; ahora, con el amigo, solo estais á la puerta: lo que quiero, sí, es haceros amar esta religion que un dia ha de ser vuestro refugio.

Yo leí en Massillon estas bellas palabras, que son tan nuevas hoy dia como cuando él las pronuució.

«Si el mundo entero, en medio del cual vivimos, no es mas que una tentacion continua; si todas las situaciones en que nos encontramos, si todos los objetos que nos ro-

dean parece que estén de acuerdo con nuestra corrupcion, sea para debilitarnos, sea para seducirnos; si las riquezas nos corrompen y la indigencia nos irrita; si la prosperidad nos eleva y la afliccion nos abate; si los negocios nos distraen y el reposo nos adormece; si las ciencias nos hinchan y la ignorancia nos estravía; si el comercio nos ocupa demasiado y la soledad nos encierra en nosotros mismos; si los placeres nos seducen y las obras santas nos llenan de orgullo; si la salud despierta las pasiones y las enfermedades alimentan la murmuracion: en una palabra, si desde la caida de la naturaleza, todo lo que está en nosotros, ó á nuestro alrededor, no es mas que un nuevo peligro; ¿qué esperanza de salvacion le queda al hombre ¡Dios mio! en situacion tan deplorable, si del fondo de su miseria no hace subir incesantemente sus gemidos hasta el trono de vuestra misericordia, á fin de que vos mismo os digneis de socorrerle, poniendo un freno á sus pasiones indómitas,

aclarando sus errores, sosteniendo su debilidad, disminuyendo las tentaciones, abreviando las horas del combate y levantándole de sus caídas?»

Ahora, como en tiempo en que Massillon hacia oír estas grandes verdades, el hombre que se ve ligado á la sociedad por tantos lazos, obligaciones y necesidades, reconoce todas estas vanidades de la vida; y á menudo aspira al socorro de la fé, aun en medio de sus dolores y desfallecimientos; pero cree que la religion está en oposicion con las exigencias y deberes de la vida activa, y por eso vuelve á caer en el abandono. ¿Cómo es posible creer que Dios inspire á los hombres el instinto y las necesidades de la civilizacion y que el hombre, al obedecer estas leyes providenciales, se aleje del autor de estos mandamientos? ¿Cómo suponer que Dios no reconozca como á elegidos mas que á los que se separan del mundo, siendo así que él mismo nos ha puesto en él? Esto no puede ser, y todo aquel que se incline dentro de un

templo adquiere los sentimientos de una sumisa resignacion y de una ferviente caridad. Su brazo se hace mas fuerte para cultivar su campo, y su corazon mas valeroso para soportar el peso de sus dias.

Tambien hemos reconocido que el hombre, abandonado á él mismo desde su caida, cae con facilidad en los mas tristes estravíos; que no puede vivir, que el manantial de sus errores está en sus mismas pasiones, y por eso comprendemos que solo Dios es su refugio: mas si la vida ficticia del mundo es difícil, la verdadera devocion es fácil. Si Dios nos ha llamado hácia él, ciertamente que no lo ha hecho para separarnos de nuestros deberes. Cumplir con las obligaciones que él mismo nos ha impuesto para con los demás hombres, es servirle segun su voluntad. Buscad alrededor vuestro los ejemplos de las mayores desesperaciones, disgustos, suicidios y otros crímenes, ¿los hallareis en el mundo ó en la devocion?

La avaricia, la ambicion, la envidia y



otros mil deseos insensatos, son los que hacen intolerable la vida; el deber que se cumple bajo la invocacion de Dios, nos la hace considerar fácil. ¿No hemos visto á estos que el mundo llama dichosos, hacerse ellos mismos víctimas de sus pasiones y de sus deseos de poseer, renunciar á la vida, aun cuando todavía les quedaban bastantes tesoros para salvar del hambre y de la miseria á muchas familias? ¿No hemos visto á San Vicente de Paul, inspirado por el amor divino, encontrar en medio de su pobreza recursos inagotables con que aliviar todas las miserias? (1).

¿Habeis observado qué cara tan decaida ponen aquellos á quienes la fortuna les vuelve la espalda? Mirad ahora la serenidad de los que cumplen con su deber bajo la inspi-

(1) «Bruto y Caton se dieron muerte por no ver morir la patria: la Edad Media nos hace ver á los mártires de la fè y del honor; pero el industrial de los tiempos modernos se suicida despues de hacer bancarrota.» (G. de Beaumont, *María ó la Esclavitud*).

racion de Dios. Que este sea un pobre sacerdote de una aldea aislada, tomando una parte de la miseria de su rebaño; que sea un jóven misionero quien, á la primera órden de la Iglesia, va á sembrar la santa palabra á lejanos paises; que sean estos religiosos hospitalarios que todas las noches, á cualquier hora que sea, recogen á los viajeros extraviados; que sea la hermana de Caridad, quien consume su juventud y su vida sirviendo á todos los dolores; que sea la religiosa que preside á la educacion de la niñez, reemplazando á la madre ausente; que sea el médico inclinado sobre el lecho de un epidémico; ó bien que sea el soldado que va á morir por su patria, todos estos son los hijos de la desgracia. ¿Habeis visto jamás á ningun dichoso del mundo manifestar tanta serenidad, tanta fuerza, tanta calma? Es que estos hijos de la desgracia han olvidado las malas pasiones; es que para ellos el espíritu del mal está vencido; es que todos estos seres afectuosos han encontrado en el seno de

Dios, y en la caridad que se practica en su nombre, el verdadero refugio.

Si reconocemos y aceptamos como una ley esencial de la humanidad la condicion de la desgracia, tambien deberemos creer que su yugo no le hará bajar la frente al hombre, pues, á los ojos de Dios, el hombre se eleva por ella. Sin embargo, ¡cuántas desgracias imaginarias enervan las facultades de la juventud, absorbiendo la energía que debieran reservar para otros casos de la vida! A estos, pues, nos dirigimos; á estos, que, desde el principio de su carrera, retroceden delante del deber que les impone la Providencia; detengámosles, pues, delante del abismo sin fondo hácia el cual los arrastra el egoismo y el aislamiento, y digámosles:— ¡Hombres cobardes y sin fé! ¿no amais nada de cuanto hay en la naturaleza y en la humanidad? La vida que desdeñais, tiene un valor divino; vosotros no sois mas que los depositarios, y no los dueños. Si un rico, disgustado de sus riquezas, y no sabiendo, ó no



queriendo gozar mas de ellas, las arrojase un dia al mar, ¿no dirías, y con razon, que es un loco é inhumano, puesto que con ellas podria aliviar muchas desgracias, repartiéndolas entre los necesitados? Luego vuestra vida, que os parece intolerable, puede ser para vosotros, y para los demás un tesoro de caridad. Sois débiles, porque vivís ensimismados, pero cuando vivais por el afecto, entonces sereis fuertes, porque el espíritu de Dios vivirá en vosotros. Todo os parece difícil, porque todo lo poneis en relacion con vosotros mismos; pero si vivieseis por el deber y para los otros, todo os pareceria fácil.

La Bruyére dijo: «Para el hombre no hay mas que tres acontecimientos, y son: nacer, vivir y morir; él no sabe cuando nace porque no lo siente, vive hasta morir, y olvida el vivir.» Sin embargo, nuestra tarea es vivir, y vivir para llenar nuestros deberes. Los hombres hablan ahora de derechos, los antiguos hablaban de deberes. Y Cristo, que nos ha traído la nueva ley, no ha venido



á anunciar los derechos del hombre; lo que nos ha enseñado es á vivir, y vivir para los otros y para la desgracia.

La religion, origen de todas las luces, quita la apariencia convencional a todos los objetos que nos rodean, y abre los ojos á la verdad: ella sola puede enseñarnos el arte de ser desgraciados.

Si miramos las cosas bajo el punto de vista del mundo, las encontraremos muy grandes y muy pequeñas; y nuestra vanidad ó nuestra ambicion, nos hará aspirar á las mas grandes, aunque sea haciendo los mayores esfuerzos y algunas veces cometiendo las mas grandes faltas; pero si vamos á buscar en el sentimiento religioso el verdadero refugio contra nuestros errores, ¡ah! entonces el punto de vista es bien diferente. En fin, si las grandezas son relativas á nuestros ojos, para la inmensidad son iguales: un grano de arena se desprende de una roca, y pasa por delante de nosotros sin percibirlo; pero, á los ojos de Dios, esto son dos granos de arena.

Ved aquí una quinta rodeada de deliciosos jardines, regados con agua viva, y que presenta todos los atractivos de una cómoda vivienda; la dicha parece que reside en ella; pero los que la habitan viven según el mundo, y padecen porque desean el palacio y el parque vecinos, que tanto tientan su ambición. Ved allá otra masa de miserable apariencia, pero los que viven en aquella cabaña viven delante de Dios; por eso aman ese asilo, y aun reparten con los pobres mas desgraciados que ellos el producto de su campo. En verdad, yo os digo, la cabaña es mas grande que la quinta y el palacio, y los que saben ser desgraciados son los verdaderos ricos.

Siempre parecerá inadmisibile á los ojos de la multitud, el que la desgracia sea tan inevitable para el rico como para el pobre. Sin embargo, esto lo ven cuantos viven. «La vida es un drama cuyo último acto es siempre sangriento.» Esto lo dijo Pascal.

Todavía hay otra moral mas controverti-

ble que esta, y, sin embargo, es corriente en la rutina de la educacion: esta es la que le da en este mundo una recompensa al sacrificio. Este no me parece mas que una empresa vulgar si de él esperais un salario. Repugnante nos pareceria no ver en la práctica de la virtud mas que *una imposicion ventajosa*, sea para este mundo, sea para el otro: nosotros conocemos una causa mas noble y mas desinteresada, y es, la expansion del amor divino.

«El hombre, por su inteligencia, penetra en el pensamiento divino, y ve que el objeto de Dios es el *orden*; se asocia libremente á este gran designio, sacrifica sus intereses particulares á este *orden* admirable de todas las cosas, sin esperar mas recompensa que la del placer de contemplarlas.» (A. de Toqueville.—*De la democracia en América*).

En los alrededores de nuestra aldea vivia un hombre cuya vida no se ha desmentido jamás, ni aun en los dias mas azarosos de su vida: tened presente que los padecimientos

que tocan al corazon son mas dolorosos que aquellos que solamente afectan los intereses materiales; los primeros dejan señales indelebles, y tan sangrientas, que para soportarlas se debe invocar el socorro de Dios y armarse de un extraordinario valor; mientras que las segundas se pueden olvidar fácilmente.

Un mediero, ó colono, tenia á su servicio un trabajador tan honrado, que siempre era el primero en ponerse al trabajo y el último en dejarlo. El mediero observaba que desde que aquel hombre estaba á su servicio todo habia mejorado: un dia fué al campo, y encontrándole cogido al arado, lo detuvo diciéndole: «Pedro, tú podrias cultivar la tierra por tu cuenta, pues bien lo mereces despues de haber trabajado tan bien para los demás; así podrias llegar á ser un buen mediero; pero como hemos pasado tantos años juntos, durante los cuales me has dado bastantes pruebas de afecto, yo deseo que no nos separemos jamás; asociemos nuestros esfuerzos, y no te inquietes ya del porvenir de tu



familia; nuestros hijos nos sucederán á nosotros, y un dia podremos tener el placer de verles asociados y continuar nuestros trabajos.

—«Señor, dijo Pedro, vd. conoce mi amistad; por lo mismo, lo que mas placer me ha causado es la idea de no separarnos, pues el trabajo que haga á su vista me parecerá mas ligero. Ya podeis hacerme vuestro asociado, pero, yo os aseguro, que siempre me consideraré como su mas humilde criado, y á vd. como á mi mas amado y digno amo.»

Así pasaron muchos años juntos, y siempre de acuerdo; es decir, siempre dichosos, pues las tierras prosperaban, los niños crecian; y cuando alguna vez los contemplaban, ellos se decian mutuamente: «Nuestros hijos trabajarán á su tiempo esta tierra que nosotros cultivamos, y se amarán como nosotros nos amamos.»

Sin embargo, el buen cultivador ó mediero, sentia que su vida se acababa: por eso un dia le dijo á Pedro: «Yo dejo en tus manos el porvenir de mis hijos: tú les enseña-

rás á trabajar y á ser buenos labradores. Yo encargo á mi familia que tenga entera confianza en tí como si fueses otro yo; así moriré en completa seguridad.»

Pedro perdió la mitad de su valor el dia que perdió á su amo, su asociado y amigo; pero se acordó del grave encargo que se le habia impuesto, y por eso redobló sus esfuerzos, á fin de proteger unos intereses superiores á los suyos. Y si los pobres niños hubiesen tenido una madre, el mal hubiese sido menos grande; pero ella habia muerto mucho antes que su esposo.

Las gentes de negocios hacen muy poco caso de las deudas del corazon; así es que, cuando llegó el término de la asociacion, el nuevo intendente del propietario le dijo á Pedro que para el *dia siguiente* dejase libre la casa y las tierras; y que al tiempo de la cosecha ya se le daria la parte que le correspondiese.

Pedro creyó haber entendido mal por el pronto; y sin acordarse de que tenia derecho

á estar allí hasta despues de hecha la recoleccion para cuidar del fruto perteneciente á su trabajo, y hacerse indemnizar las pérdidas que por ello hacía, decidióse á abandonar todo: ocupado siempre en hacer valer el bien de otro, le pareció imposible el defender el suyo. Al dia siguiente miró por última vez esta tierra, cuyos bellos árboles él habia visto crecer; pensó en el porvenir de los niños que le habian confiado, y tocando por última vez el dintel de este asilo en el que habia gastado su vida santificada por el trabajo, é inclinándose al pasar por delante de la tumba de su amigo, lo tomó como por testigo de su impotencia en cumplir con los deseos de la amistad, y se alejó.

Se alejó con su resignada familia de estos campos que habian sido regados con su sudor, que habian consumido sus fuerzas, sin hacer oir una queja, y desechando de su corazon todo resentimiento, y elevando su pensamiento al cielo, se fué á pedir á una tierra mas hospitalaria el pan de cada dia.

Aceptó las penas del corazón como compensación á los beneficios de la amistad; recibiendo á la desgracia como á un huésped desde largo tiempo esperado, y que, tarde ó temprano, toma su sitio en el hogar doméstico. La religión le habia enseñado el arte de ser desgraciado.

Este arte es la unión de la caridad que enaltece al hombre, y el de la resignación que disminuye las cosas. Durante nuestra peregrinación en este mundo, un ángel silencioso marcha á nuestro lado, y cuando llegue la hora, él nos mostrará con el dedo la piedra que sirve de límite al camino. Solamente entonces se abrirán nuestros ojos á la verdad; el objeto imaginario que, como una imagen se levanta en el horizonte, se desvanecerá, y la tierra de los vivientes hacia la cual creemos dirigir nuestros pasos, se quedará atrás. ¿No veis como la sombra de la iglesia aumenta, al paso que el sol se inclina hacia el horizonte? Cuando el sol vaya á desaparecer detrás de la montaña, solo la cruz



de la veleta de la vieja torre recibirá sus últimos rayos. Los espectáculos que la naturaleza presenta á nuestra vista, son la imagen de la incesante destruccion y de la renovacion. Tan pronto como el árbol da sus frutos, sus hojas se caen, y las nieves del invierno lo envuelven como á un muerto con la blanca sábana. Tan luego como la espiga está madura, se pone amarilla, se inclina, esperando la hoz del segador. Así los hombres caen tambien segados por la muerte. La péndola del reloj de la vida es una hoz de doble filo, y cada movimiento es un golpe mortal. ¡Un navío por dia! ¡Este es el cálculo que han hecho los hombres! Cada vez que se pone el sol, el mar se lleva al fondo de sus abismos uno de esos bellos navíos que con tanta seguridad se han alejado del puerto. Cada sol que sale viene á contar los muertos: á nosotros no nos queda mas que contar las madres desconsoladas, las viudas y los huérfanos. Sin embargo, nadie cuenta con el destino, ¡nadie cree á la eventualidad de una desgracia!

El hombre preocupado con los intereses fugitivos del momento, desnatura hasta el valor del lenguaje: el *adios* que repiten sus labios, no es en su boca mas que una fórmula vana; es como una moneda borrada á la que ya no se la conoce ni el busto ni las armas: por tanto, el sentido piadoso de esta palabra es bien digno del espíritu del cristiano. «Vos, á quien tanto amamos, y cuya mano tenemos en nuestra mano, que Dios os proteja y os guarde.» Todo disminuye bajo esta influencia deletérea, todo se rebaja, todo desaparece. Antes habia una palabra que manifestaba el mas íntimo lazo que unia á la humanidad, y los reformadores han hecho una derivacion de la *fraternidad*. Habia una palabra que queria decir amor y afecto; pero, verse reducidos á la *caridad*, es, á los ojos del mundo, caer en el último grado de la bajeza y del abandono. Solo la religion vuelve á dar á estas nobles espresiones todo su valor, porque considera estos sentimientos como de origen divino.

Han llegado á inventar, celebrar y ensayar una divisa, que debia ser mas eficaz que la marcha de los tiempos, la esperiencia de los siglos, y que la moral del cristianismo, para conducir á la humanidad por nuevos y afortunados caminos; vosotros conoceis estas sonoras é impotentes palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

¡Libertad! ¡cuando estamos sujetos por las condiciones de nuestra naturaleza á todas las desgracias del mundo! No, no queremos mas libertad que la del amor y afecto.

¡Igualdad! ¡cuando estamos rodeados de débiles y de fuertes, de astutos y de inocentes, de seres tan desigualmente dotados! no, no queremos mas que la igualdad y el deber.

—¡Fraternidad! ¡cuando nos la imponen con violencia! no, tampoco la queremos, preferimos la fraternidad evangélica.

¡Qué deberemos, pues, escribir en el estandarte de la salvacion? Nada. Dejemos las tres palabras que desde Jesucristo han llenado el mundo: ¡Fé! ¡Esperanza! ¡Caridad!

:



Si, la *Fé* que nos eleva hasta la Divinidad y que rompe los groseros lazos de nuestra servidumbre terrenal.

La *Esperanza*, que nos sostiene en las mas crueles pruebas de la vida, y nos abre por medio del pensamiento nuestro futuro destino.

La *Caridad*, que nos une á los seres que nos rodean y abre nuestros corazones á los mas dulces sentimientos, hace fáciles los mas grandes esfuerzos y ligeras las mas pesadas cargas.

Chateaubriand ha dicho: «Que el cristianismo es el pensamiento del porvenir y de la libertad humana; este pensamiento redentor es el único fundamento de la igualdad social, que él solo puede establecerla, pues solo él pone al lado de esta igualdad la necesidad del deber. El cristianismo obra con lentitud porque obra por todas partes; no se fija en reformar una sociedad en particular, sino que trabaja sobre la sociedad general; su filantropía se estiende sobre todos los



hijos de Adan. Esto es lo que con tanta sencillez espresa la Iglesia en sus mas comunes oraciones, en sus votos cotidianos, cuando en el templo dice á la multitud: *roguemos por todos los que padecen en la tierra.*

Convencidos ya con estos testimonios, vosotros admitireis el protector poder de la religion; y veo que aspirais ya á penetrar en este lugar de refugio para vivir, no libres de desgracias, sino de las faltas y de los errores que afligen á la humanidad. Sin embargo, aun creéis que es necesario romper todos los compromisos del mundo y retiraros cubiertos con un cilicio. Ya lo hemos dicho: Dios no pide tal sacrificio, no quiere que dejemos los deberes que él mismo nos ha impuesto. El que sin una irresistible vocacion busca en el claustro un refugio contra las fatigas de la vida activa, tiene quizás menos mérito que el que en medio del mundo sirve á Dios sirviendo á su prójimo.

Por esto los libros místicos sobre la felicidad de la vida religiosa, las delicias y és-

tasis de las almas piadosas, no son tal vez á causa de su elevacion los que están mas al alcance de aquellos á quienes se les hacen leer. Estos bellos libros que espresan todas las fórmulas del renunciamiento absoluto, son muy útiles, sin duda, para las almas elegidas que Dios ha separado de todas las afeciones del mundo para atraerlas hácia él; pero tambien nos proponen una felicidad, aquí en la tierra basada en el *aislamiento*, mientras que Cristo ha descendido *en medio de los hombres*, para que celebremos á imitacion suya, la pobreza y el sufrimiento y practiquemos la divina caridad. Los religiosos, lejos de parapetarse en este aislamiento, no deben ver en su vocacion sino una abdicacion absoluta de su voluntad y un *sacrificio entero á la desgracia*. Solamente así pueden hallar la única compensacion que les está reservada, que es la satisfaccion de haber cumplido con su deber.

El padre Lemoine dijo: «Hay almas escogidas á las que Dios mira de mas cerca y con mas eficacia que á las otras, que Él in-

flama y purifica de un modo particular, llevándolas al mas alto grado de elevacion. En un estado mas bajo al de estas almas fuertes y elevadas, hay otras que aunque menos fuertes tendrán tambien su sitio en el cielo. Luego es un error el creer que la devocion sea demasiado elevada, y falso el que no sea accesible sino á los desnudos y fuertes del Evangelio. Cada uno debe tomar la forma de su virtud y la medida de su devocion segun los deberes y obligaciones de su estado.....»

Escuchad aun el imponente testimonio de Bossuet: «Si, para vivir cristianamente es necesario abandonar á su familia y la sociedad del género humano, habitar en los desiertos y otros parajes inaccesibles, los imperios se arruinarían y las poblaciones se verían abandonadas. Tal no es el designio del Hijo de Dios; al contrario, él manda á los suyos que brillen delante de los hombres, y no ha dicho: en los bosques, en las soledades, en las montañas inhabitadas, sino en las villas, entre los hombres, aquí es en donde



debe brillar la luz á fin de glorificar á su padre celestial. Alabemos á los que se retiran, pero no desanimemos á los que se quedan.»

«Venid á mí todos los que *trabajais y estais cargados*, que yo os consolaré.» Ved aquí los privilegiados, ved aquí á quienes prefiere el Evangelio: en sus mismos trabajos serán consolados y aliviados del peso que el mundo les impone. Tened, pues, confianza, *vosotros todos los que trabajais*, entrad en el templo del Señor, y retirados aparte escuchad la voz que resuena dentro de vosotros mismos, esta voz os dará la paz.

»Dios marcha con simples de corazon, dice la *Imitacion de Jesucristo* y se descubre á los humildes, él da inteligencia á los pequeños, abre y alumbra el espíritu de las almas puras y oculta su gracia á los curiosos y á los soberbios.»

Yo he visto á muchas de estas naturalezas ceñudas, y en verdad que es el mas dulce espectáculo que puede ofrecer la humanidad. He visto á muchos jóvenes ilustrados llenos



de sumision y de respeto cumplir modestamente con los mandamientos de la religion; yo he visto conducirse en el mundo con este mismo espíritu de orden, tan necesario en la vida social como en la vida de familia; respetarse á sí mismos á fin de hacerse dignos del nombre de hombres, amar y respetar á los otros á fin de cumplir con los deberes del cristiano.

Pero si nos falta esta confianza en la bondad infinita, entonces andaremos errantes sin guia ni resolucion y el peso de la vida nos acabará. «Así es, dice Mad. de Sevigne, como vivimos andando como los ciegos, sin saber á donde vamos, tomando lo bueno por malo y lo malo por bueno y envueltos en una completa ignorancia.—Dios quiere nuestro corazon y nosotros no queremos dárselo: este es el gran negocio.» Ya no se puede manifestar mas francamente esta incertidumbre que deja sin socorro á tantas almas afligidas.

¿De cuánta ayuda no podria serles á todos estos hábiles la *simplicidad*. Hay un prover-

bio que dice (tambien es español) *si á Dios quieres rogar métete en el mar*, es decir; si tú quieres rogar, sepárate por el pensamiento de todas las pequeneces de la vida y ponte en presencia de la inmensidad; si quieres rogar mira al cielo y entrega tu alma á Dios, teniendo el timon con mano firme para dirigir á aquellos que el destino ha confiado al capricho de las olas. ¿No es esta la vida del cristiano?

La oracion tiene acentos muy sublimes, aspiraciones poderosas é infinitas. El hombre que ha caido por sus faltas, se levanta por su arrepentimiento y se libra por medio de la oracion. La oracion no es el movimiento de los labios ni el eco de las palabras. El mismo Cristo ha querido enseñarnos á orar: mas ¡de todos cuantos repiten estas venerandas palabras bajo las bóvedas del templo, cuan pocos son los que le aplican un profundo sentido! Nosotros quisiéramos que cada palabra de esta admirable oracion hiciese nacer en el espíritu un pensamiento religioso. Sin em-

bargo, estas interpretaciones están al alcance de las mas simples inteligencias.

*Padre nuestro que estás en los cielos.* A estas palabras ya hemos dejado la tierra, ya hemos salvado las cimas de los montes, las nubes fugitivas, los mundos infinitos que ruedan en el espacio, y la humilde criatura se encuentra en presencia del Autor de todas las cosas.

*Santificado sea tu nombre.* Que el cielo y la tierra, los vivientes y las almas de los que ya no existen, celebren con celestial armonía el nombre del Santo de los Santos.

*Venga á nos el tu reino.* Que el bien triunfe del mal, que el justo se vea libre de asechanzas y que el malo se vea reducido á la impotencia.

*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Que los hombres escuchen vuestra divina palabra y sigan vuestros mandamientos, lo mismo que los astros, quienes comprendiendo vuestras órdenes, siguen en silencio el camino luminoso que vuestra vo-

luntad les ha trazado en los espacios infinitos.

*Dadnos hoy nuestro pan cotidiano.* Bendito seais por habernos provisto hasta este dia á nosotros, débiles criaturas, de todos los socorros necesarios para sostener nuestra fragil vida; bendito seais por haber disminuido nuestras miserias con los mas dulces sentimientos y los espectáculos mas sublimes de la naturaleza, los cuales nos presagian los mas altos destinos: pero en el entretanto dad todavía á nuestro trabajo el pan de trigo y á nuestra alma el pan de los ángeles.

*Perdónanos nuestras deudas.* Vos habeis puesto en nuestros corazones un testigo severo de todas nuestras faltas y errores: es el grito de la conciencia que dirigiéndose ó vos implora vuestra piedad por medio del arrepentimiento.

*Como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* ¿Cómo nos atreveríamos. Señor, á dejar sin perdon los errores de nuestros amigos, ó las injurias de nuestros enemigos, nos-



otros que tan á menudo caemos en las mismas debilidades?

*No nos dejes caer en la tentacion.* Estamos rodeados de peligros; el instinto de las pasiones nos arrastra hácia el egoismo, manantial fecundo de impotencia, de recuerdos y remordimientos: que vuestro espíritu nos ilumine en la senda de la caridad, fuente inagotable de amor y de valor.

*Mas libranos de mal.* La primera falta nos desheredó, pero vino Cristo en vuestro nombre y nos volvió vuestro divino patrimonio. Sumisos á vuestros decretos providenciales, aceptamos con humildad nuestra parte de desgracia en este mundo, mientras esperamos esta herencia; pero delibradnos, Señor, de los instintos que aun nos retienen en los lazos del mal, para que un dia podamos elevar nuestro pensamiento hasta vos.

*Amen. Así sea.* Que estos votos se cumplan en el nombre del Padre, que está en el cielo, del Salvador que está sentado á su derecha y del Espíritu Santo origen de la divina luz.

En verdad, todo aquel que en su simple ignorancia eleve, con el pensamiento, su voz hácia el Dios poderoso, aquel sabrá ser desgraciado sin quejarse.

Si mi voz y el cansancio me lo permitiesen, ¡oh, amigos míos! dijo el abate Paul, despues de haber reposado un instante, yo os leeria, con sumo placer, una poesia sublime que he hallado, con grande admiracion mia, en mi libro de horas: es la glosa de un célebre psalmo. Escuchad, es la voz de la humanidad que se eleva hácia el Señor, y es un gran poeta quien ha interpretado la inspiracion del Psalmista.

Los discípulos del abate Paul le suplicaron el que lo interrumpiese y descansase, porque el reposo le era necesario: algunos le propusieron el hacer ellos mismos la lectura, para lo cual le pidieron el libro.

—No, dijo él, dejadme proclamar estas admirables palabras en alabanza del Señor, bajo esta vasta cúpula que nos revela toda su grandeza. Y abriendo un libro viejo intitula-

do, *Oficio de la Virgen*, que tenia en la mano, principió á leer con voz conmovida y temblorosa.

Obras del Altísimo, efectos de su palabra,

Benedicid al Señor;

Y desde el principio de los tiempos, de uno al otro polo

Exaltad su grandeza.

Ángeles que lo veis en todo su esplendor,

Benedicid al Señor;

Cielos que él ha pintado de azul.....

—Animo, señor abate, ¡yo os sorprendo aun! dijo una voz severa. ¡Otra vez hablando al aire libre y por la tarde! ¿Es que queréis mataros?

Este era el médico de la aldea que acababa de hacer sus visitas. El buen cura, despues de hacer una seña á su jóven auditorio, se retiró dirigiéndose al presbiterio con el terrible doctor, que tomándolo del brazo se lo llevaba á casa como á un estudiante sorprendido fuera de la escuela.

La union del médico y del sacerdote comprendiendo ambos su noble mision, como

la comprendian los de esta pobre aldea, ¿no es el símbolo mas completo de la caridad? El uno consuela los dolores del alma, el otro tranquiliza las inquietudes del espíritu y alivia los padecimientos del cuerpo; los dos gastan sus oscuras vidas delante de las mas lúgubres escenas.

El doctor era un hombre tan robusto como débil el sacerdote, tan violento en la apariencia como tranquilo el sacerdote, tan brusco como dulce el sacerdote. Los ricos decian que hacia pagar muy caras sus visitas, pero los pobres no conocian el precio de los cuidados que les prodigaba: á todos regañaba y reprendia, haciendo la policía sanitaria de la aldea.

—¿Qué haceis ahí, tio Gerónimo, durmiendo sobre los morillos? decia á un viejo, es necesario que tomeis el aire y el sol: id, pues, á ver vuestras viñas y ved si yo estoy allí: vamos, vamos, esto os hará bien.

A la puerta de una casa encontró á una mujer con dos criaturas. «¿Qué es lo que veo?



¡quieres meterte dentro de casa! le decia desde lejos.—¡Ah! señor, no hay peligro, decia la mujer inocentemente; hace buen tiempo y esto les hará bien á estos nenes.—¡No hay peligro, desgraciada mujer! ¡Dos niños que ayer tenian el sarampion! ¡Tú quieres que mueran? y pasaba adelante, empujándola hácia adentro y echando algunas maldiciones.—¡Qué buen hombre! decia la mujer metiéndose dentro de casa.»

Si por su camino encontraba á algun jóven cuya conducta no estaba muy limpia, le tendia la mano; mas su manera de mirar fija y profunda parecia penetrar con la vista hasta el fondo de esta dudosa conciencia, y luego elevando su dedo pequeño hasta el nivel de su cara en señal de consejo, pasaba adelante sin hablar una palabra. El jóven, confundido, bajaba la vista, pues esta mirada era un sermon para él.

Cuando estaba cerca de un enfermo miedoso é inquieto, sin que hubiese un sério motivo para ello. «Sí, bien, le decia, ¡estais

muy malo! Si hoy fuese la fiesta de Ayabanzos ya no estariais ahí; vuestra enfermedad es la de los lunes, ¿lo ois? buscais el reposo..... ¿Y que hace aquí esta gurrullada?... ¿Quereis huir de aquí?.....» Y los muchachos le besaban la mano y echaban á correr riendo, pues su gruesa voz no les engañaba.

Cuando una enfermedad era grave, cuando temia que su arte fuese impotente, ¡cómo desaparecía esta falsa brusquería! Cuando lo veían atento y político, es que el peligro estaba próximo. Este hombre enérgico, este antiguo médico de ejército, que en el fuego de las batallas habia hecho tantas amputaciones sin sentir la menor emocion, no podia ver en el rincon del hogar padecer á un enfermo desesperado y las angustias de una familia desolada sin fallecer. Sin embargo, su deber exigia el ocultar su desaliento. Entonces multiplicaba sus inútiles cuidados, acechando hasta el último momento una crisis favorable y disputándole á la muerte un soplo de vida. Su cuidado era el de un tier-

no padre; su plegaria la mas ferviente; pues él decia como Ambrosio Paré: «Yo os cuidaré y Dios os curará.»

Cuando todo habia concluido, cuando sus esfuerzos habian sido vencidos por el mal, entonces huia maldiciendo esta ciencia inútil, y estos remedios cuya eficacia él habia experimentado en ciertos casos, y que en otros absolutamente idénticos se hacian ilusorios. ¡Cómo se torturaba el espíritu este hombre prudente y experimentado preguntándose si verdaderamente habia hecho todo lo que la ciencia podia hacer! y encontrando su conciencia tranquila, todavía sentia desgarrársele el corazon; salia de alli como el jugador que acaba de perder el pan de su familia; ¡y desgraciado del importuno que lo detuviese en el camino!

Se le atribuye una anécdota que es muy propia de su carácter; pero que tal vez podrá ser reclamada por un gran número de estos generosos campeones de la ciencia.

Una mujer lo detuvo un dia en medio de

la calle, y con voz agitada le suplicó fuese á ver á su marido, honrado trabajador que se hallaba enfermo.—¡Ah! doctor, dijo el buen hombre, confuso al ver al médico; *sabreis* que yo le habia prohibido á mi mujer el haceros llamar, pues nosotros le debemos siempre los veinte francos de la enfermedad de nuestro niño. Mi mujer iba á salir, me dijo ella, á pedir prestado ese dinero, pues nosotros tenemos crédito como *sabeis*; ¡pero las mujeres!....

—Bien, bien, dijo el doctor interrumpiéndole de mal humor; venga, venga; ¡siempre lo mismo! Cansad bien el pecho; ¡ah! ¡cuánto adelantareis con eso!

—*Sabeis.... sabeis....*

—Yo no sé nada. Lo que es menester es que calleis, que os acosteis, que no os movais de la cama, y de beber lo que voy á indicaros en este papel; dentro de ocho días ya no habrá nada..... yo volveré. Y puesto que teneis tan buen crédito, ¡*sabeis*! dadme á mí la preferencia.



Y diciendo, examinaba lo delabrado que estaba todo en aquella pobre casa.

—¿Son veinte francos lo que te hace falta para ajustar nuestra cuenta? tómalos; ya estamos en paz. Bebe caliente, y, por Dios, calla. Tú me debes diez visitas, segun tú dices; pues bien, cuando estés bueno, házme-las todas de una vez.

Dicho esto, salió, dando antes algunas instrucciones á la mujer, y refunfuñando con todo el mundo marchóse, dejando á todos dichosos; pero por el camino iba meditando á qué melindrosa ó enferma imaginaria le haria pagar los veinte francos del trabajador.

—Y bien, mi querido cura, dijo el doctor tomándole el pulso y haciendo su voz gruesa; ¿es que quereis perderos con vuestras imprudencias? ¿No veis cuán agitado estais? No teneis mas razon que un niño. ¿Y llamareis á esto religion? Pues bien, yo lo llamaré obstinacion.

—No os incomodeis, doctor, dijo el abate sonriendo; ya no lo haré mas. Y cuando yo

no esté aquí, en este mundo, vos estareis todavía, y os dejaré á mis pobres.

—¡Vaya un buen regalo! Para vos la tarea es fácil y completa. Cuando yo tengo la desgracia de dejar morir á alguno de esos pobres, vos lo recomendais al cielo, pero cuando yo los veo morir, me recomiendo al.....

—Tranquilizaos, dijo el abate Paul, deteniendo al vuelo la palabra; yo quiero quedarme para ayudaros; solo os pido me digais con franqueza cómo estoy.

—Delante de otro no sé si hablaria; pero haceis tantas temeridades en vuestra situacion.....

—Hablad, dijo el cura, yo soy tambien un poco médico; conozco casi mi estado.

—Pues debeis saber que en el estado en que os hallais, la menor fatiga, el menor esfuerzo, puede romperos el corazon. ¡Toma! aun esta ceremonia que preparais, y que yo quisiera ver no sé donde; ¡ya no teneis fuerzas, amigo mio!

—¡Ah, doctor! dejadme todavía gozar de

este bello día, tal vez sea el último, después yo me cuidaré.

— ¡Usted es un detestable é incorregible enfermo! ¡Al menos, acuéstese, y descanse!

El médico, al paso que se ocupaba en los detalles de la casa, acostaba refunfuñando á su revoltoso hijo, que le escuchaba cómo se iba hablando solo.

---

¡Hoy es fiesta en la tierra! estamos en el hermoso mes de junio. La naturaleza ha desarrollado con pompa sus mas espléndidas decoraciones. Los árboles estienden sobre los caminos su bello ramaje, adornado con ramos de flores. El tiempo es dulce y puro; el aire embalsamado; los céspedes forman un rico y tupido tapiz, y el rio es un espejo que refleja el azul del cielo.

¡Es tambien fiesta en el cielo! ¡pues es la fiesta de Dios! ¡es el Córpus! La humilde iglesia de los Ayabanzos está adornada; los rosales silvestres cubren las pilastras; las

guirnaldas serpentean por toda la iglesia y lo largo de las ojivas medio arruinadas: estas bellas flores de los bosques que parecen estrellas blancas, coronan la frente de la Virgen, y llenan hasta los bordes los canastillos espuestos á sus pies. El perfume sutil y penetrante, y el sabor un poco áspero de estas flores amadas, se mezcla todo con el aroma del incienso.

¡Es la fiesta de los corazones, es la fiesta de la caridad, es el júbilo de la desgracia! El oro de Simon el Molinero, espiacion del arrepentimiento, la cartera del prisionero de Sevilla, el socorro de los ricos, el óbolo de la viuda, se han convertido por medio de un ingenioso complot por los cuidados de los discípulos de San Paul, en una fundacion útil y piadosa, deseada hacia ya mucho tiempo en la aldea.

En la pradera que se estiende mas arriba del molino de Simon, en la mas bella situacion, se eleva una construccion sencilla, económica, bien entendida y ejecutada, encan-



tadora á la vista, y alegre para el corazon. Un vasto chatelet (chocilla al estilo de las de Suiza), cuya base es de ladrillo, decorado con anchas gradas, abre sus rebajados pórticos al lado del rio y de la montaña. Grandes balcones, sostenidos por pilastras, adornan todos los pisos. Alrededor de las pilastras, serpentean las viñas vírgenes y otras enredaderas que suben á delinear sus caprichosos arabescos. Desde las inmensas ventanas, con pequeños cristales en losange, abrigados por las salientes de los tejados, derraman la luz en las aireadas salas del interior. En su frontispicio se lee: *obrador*; y encima: *venid á mí todos los que trabajais, que yo os consolaré.*

Allí es en donde han de hallar las jóvenes de la aldea sanos talleres, instruccion, trabajo y proteccion. Al otro lado se lee: *asilo-cuna* (invencion maravillosa de la caridad, que no podia ser inspirada á nuestros corazones sino por la Santa Virgen). Encima se leia: *dejad venir hácia mí á los niños.* Cés-

pedes, árboles, flores, rodean este dominio de la pobreza, cerrado por todas partes por una empalizada de verdura.

Hermanas de la Caridad, comisionadas para esta buena obra, echan la última mano á un reclinatorio, ó altar que se eleva delante de la fachada principal por donde ha de pasar la procesion que va ya á bajar; están secundadas por algunos de la aldea que se han apresurado á ayudarlas. En primera fila vemos á Simon el Molinero y á su madre, al generoso prisionero de Sevilla y á su esposa, que han fijado su residencia en el país; tambien está la buena Magdalena, á la cual la caridad maternal le ha devuelto la razon, y su hijo adoptivo que no se separa de ella; y aun el doctor regañando á todo el mundo. ¡Con qué vivacidad se discuten los preparativos de esta capilla al aire libre! El Señor, Dios poderoso, es el primero que se digna visitar este asilo que la caridad cristiana ofrece al trabajo y á la infancia.

¡Dichoso dia! ¡dia feliz! ¡traed los canas-

tos llenos de flores; derramad las hojas odoríficas! ¡cubrid el suelo con un tapiz de hojas y de escogidas flores: que vuestra alegría se exalte; pues esa es la pura, la verdadera, la única: vosotros esperáis al Dios de paz delante del templo de la caridad! Hasta los mas indiferentes y frios corazones se reaniman en presencia de tan encantador espectáculo, y las manos distraídas llevan involuntariamente su palma delante del altar. ¿Qué son las pompas de la tierra en comparacion de las pompas del corazon?

¡Es dia de gran fiesta en el cielo, en la tierra y en todos los corazones! La campana de la vieja torre se hace oír, y su sonido parece de oro: es la procesion que sale de la pequeña iglesia, se forma, se mueve y se pone en marcha; ya baja por el lado de los cercados; los chantres entonan sus graves melopeas. Con qué placer se oye el canto llano repetido por las ondulaciones del aire, el ver la cruz plateada, las flotantes banderas y blanco acompañamiento dibujándose

en los rodeos que hacen al través de las viñas, de los trigos y de los prados: los niños lo repiten con sus voces sonoras. Los niños, sí, el adorno, la alegría, la riqueza de la procesion de la aldea.

Ved á los muchachos y al mayor de ellos que lleva la bandera, y á los mas prudentes que llevan los cordones azules que caen de lo mas elevado formando una tienda de campaña.

Detrás vienen las jóvenes solteras con la dorada imágen de la Virgen y las guirnaldas de raso blanco. Las mas pobres encuentran para este dia un vestido blanco, un velo y un ramo de flores.

Siguen los pequeñitos llevando unos canastillos llenos de flores, coronada su rubia cabeza con flores azules; ¡apenas si pueden andar las pobres criaturas!

Detrás vienen los de la sociedad de San Paul, llevando palmas en una mano y deramando flores con la otra; y últimamente, el modesto acompañamiento del Santísimo



Sacramento, y al bueno del cura que ha encontrado fuerzas y vida para celebrar esta hermosa fiesta, y que eleva la hostia cuando los levitas, doblando la rodilla, le dirigen el incienso y las hojas de rosa.

¡Que estas casas sean benditas! ¡que los campos sean fecundos!..... ¡Para el que sabe ver y pensar, cuántas ideas nacen en vista de este humilde espectáculo!

El buen cura se detuvo delante del altar del asilo, hizo pasar por delante de la santa hostia á todos los pequeñuelos que le presentaron, y con su bendición consagró el asilo en donde el trabajo habia de encontrar proteccion y hospitalidad la infancia, bajo la tutela de las hermanas de la Caridad, de estas tiernas madres de los seres débiles y de todos los que sufren en este mundo.

Despues de detenerse la procesion delante de algunos otros altares establecidos en el camino, volvió á subir á la iglesia por un camino diferente del que tomó para bajar.

El oficio divino continuó con todo el ce-

remonial que permite una pobre y delabrada iglesia de aldea. Pero ¡cuánta grandiosidad en esta desnudez! Nosotros hemos hecho oracion en grandiosas catedrales, y si no hemos visto la de San Pedro de Roma, la gigantesca metrópoli, al menos conocemos su magnificencia por los libros y por lo que dicen los que la han visto. Mas, en este humilde asilo de la oracion, ¿quién echa de menos ese lujo y esas obras maestras del arte? Aquí las flores, el incienso, las luces, los grupos de los niños, la intencion, la opaca luz, todo esto hace cambiar cuanto está á nuestra vista: las bóvedas se elevan; las perspectivas se alargan; nuestro pensamiento abulta las proporciones; y el Dios que resplandece en el altar de madera es el mismo que nació en un establo y que celebran bajo las brillantes bóvedas, en donde reluce el oro y mármol.

El abate Paul, tenia mucho que decir en este dia; pero al querer hablar de esta fiesta de la caridad conoció que el cansancio de la

marcha matinal habia agotado sus fuerzas, y la palabra espiró en sus labios. Conoció, entre los fieles que estaban en frente del púlpito, al médico que desde allí lo cuidaba, y que por señas le suplicaba que callase poniéndose un dedo sobre los labios.

El sacerdote bajó del púlpito padeciendo á causa de su impotencia, y enjugándose los ojos pidió su violin, queriendo hacer comprender, por medio de esta voz suprema, á sus queridos feligreses, en este venturoso dia, que sus caritativos votos habian sido escuchados.

El magnífico canto que sigue al *Aveverum*, en esta gran fiesta de la Iglesia, es una accion de gracias llena de elevacion dirigida al Señor por sus innumerables beneficios. El canto de los fieles decia: *Dominus regit me, et nihil mihi deerit: in locu pascuæ ibi me collocavit.* Y el cura músico decia con la voz de su violin.

«El Señor es mi pastor, nada me faltará; pues Él me ha puesto en medio de excelentes pastos.»

Su espresion se hacia mas patética á medida que el instrumento cantaba este canto del cisne. Los fieles repetian: *Nam et si ambulávero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.*

El sacerdote palideció y tuvo que apoyarse sobre un niño que dentro del coro se hallaba á su lado: quisieron que se sentase; pero levantándose y rechazando todo socorro, levantó el arco, tradujo con una verdad pavorosa estas palabras, como si fuesen su último adios, sus últimas palabras de fé y de esperanza.

«Mas, cuando yo me veré en medio de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno, ¡Dios mio! porque vos estais conmigo.»

Y cayó en los brazos de los que lo rodeaban; cayó al pié del altar, como el soldado al pié del trono que quiere defender.

El oficio se interrumpió; lágrimas salian de todos los ojos; el desórden, el terror dominaban en toda la iglesia; un hombre rom-



pió por medio de la multitud y se apoderó del enfermo, este era el médico.

—¡Yo lo hubiese jurado! dijo, él lo ha querido.

—Es una dulce muerte, murmuró el sacerdote, volviendo un poco á la vida y apretando débilmente la mano del doctor.

Despues, elevando, no los ojos del cuerpo, sino los del alma, hácia el altar, en el cual parecia entrever las luces celestiales, exaló un ligero suspiro y se durmió como se duerme un niño mirando á su madre.

Hoy es fiesta en el cielo, en la tierra y en los corazones, pero tambien es la fiesta de la muerte. La argentina campana parece de oro, porque toca á la muerte del justo.

Cuando el alma fuerte voló, su débil cuerpo se quedó como nna ligera corteza, ó como la lámpara de oro cuando se concluye el aceite.

Sus funerales fueron sencillos como su vida y silenciosos como el dolor.

Su tumba que se parece á la de un niño,

está cubierta por los ayabanzos del cementerio, bajo las acacias que habitan las curucas á la sombra de la vieja torre, *semejante al dedo que señala al cielo.*

Su violin cubierto de flores secas se conserva colgado en la iglesia. Su espíritu de caridad y su amable recuerdo se cierne como una cigüeña sobre toda la aldea.

—



la vida, la dicha se detiene hasta los bordes  
como el agua generosa de ese río. Alegría,  
inveniente, fuerza, salud, riqueza, todo es pa-  
ra nosotros.—La vida, dice él, es una bata-  
lla, pero nosotros somos vencedores.

Escuchad, amigos, la voz que viene de  
modos el trueno, pero la voz que escu-  
dad a la entrada que le responde, viendo  
captado la vida embalsamada que viene de  
la antigua tierra, y la vida que escu-  
da la iluminación por sobre vuestros capaces

de la vida en esa vasta tierra.—La vida en el  
cielo y en la tierra.—Amigos, el vino es dul-  
ce para la boca y caliente para el corazón.

EL DESTINO.

¿Habeis oído al negro mensajero de la  
desgracia? ¡Mal haya la ingratitud! somos los  
dichosos de la tierra, cantemos acciones de  
gracias á Dios y á las buenas gentes. ¿Cuál  
es la voz que viene en mala hora á traernos la  
desgracia?

Amigos, la naturaleza es bella y llena de  
amor; la noche tibia y serena; el vino dulce  
para la boca y caliente para el corazón; la vi-

da larga, la dicha se derrama hasta los bordes como el agua generosa de ese río. Alegría, juventud, fuerza, salud, riqueza, todo es para nosotros.—La vida, dice él, es una batalla, pero nosotros somos vencedores.

Escuchad la encantadora antifona que modula el ruiseñor bajo la enramada; escuchad á la curruca que le responde riendo; aspirad la brisa embalsamada que viene de la antigua floresta, y admirad esa espléndida iluminacion que sobre vuestras cabezas brilla en esa vasta cúpula. —Es fiesta en el cielo y en la tierra.—Amigos, el vino es dulce para la boca y caliente para el corazon. La vida es larga; la vida es una batalla, pero somos los vencedores. Cada uno para sí y Dios para todos.

## II.

LOS QUE BUSCAN MINAS DE ORO.

¿Habeis oido al negro mensajero de la desgracia? Estamos desheredados; y hemos



de bendecir aun la mano que nos hiere? ¿Qué siniestra voz es la que viene en negra hora á gritarnos, ¡desgracia!

La naturaleza es para nosotros una nodriza sin leche, una madre sin entrañas. La noche es oscura y tempestuosa. La copa de la envidia es amarga y fria para el corazon. La desgracia se derrama hasta los bordes como el agua cenagosa de ese rio, cuya corriente nos arrastra á tan funestos pensamientos. Vergüenza, debilidad, desesperacion, todo esto es para nosotros. La vida es una batalla, dicen ellos, pero nosotros somos los vencidos.

¡Escuchad la voz del mochuelo que gime en el hueco de ese viejo sauce! Doblaos bajo la ráfaga de viento que viene de ese oscuro bosque; mirad esas negras nubes que amenazan desplomarse sobre vuestras cabezas.— El cielo y la tierra están de luto. La copa de la envidia es amarga para la boca y fria para el corazon. La vida es larga: la vida es una batalla, pero nosotros somos los vencidos.

¿Adónde huir? todo está ocupado. Ocultémonos en los abismos de la tierra. Pediremos á las tinieblas el secreto del porvenir.

### III.

#### EL REFUGIO.

¿Habeis oído al ángel del Consuelo? ¿habeis oído al dulce mensajero del porvenir? Somos humildes, dóciles, creyentes. Hemos depuesto el pesado fardo de la libertad y llevamos voluntariamente las cadenas de la caridad y del amor.

La vida es para nosotros un tiempo de pruebas y de espiacion. La noche oscura y tempestuosa, pero la estrella de la fé puede conducirnos al puerto de salvacion. El cáliz de la desgracia es amargo para la boca pero dulce para el corazon.

La desgracia corre como las aguas de un rápido torrente que arrastran fango y arcilla, pero que deslizándose sobre el granito lo deja con todo su brillo. Dolores, debilidades, mise-

rias, todo se irá como la arcilla del torrente y nuestro corazon quedará fuerte y purificado como la roca de cristal. La vida es corta. la vida es una batalla y nosotros somos los combatientes; en el cielo es en donde celebramos la victoria.—No escuchemos los rumores amenazadores que vienen de la tierra, y de este modo oiremos la voz divina que nos predice mas altos destinos. Atrevámonos á mirar con fé la tempestad y al través de las nubes que amenazan desplomarse sobre nosotros, veremos al radiante astro del rescate, pues el cáliz de la desgracia es amargo para la boca pero dulce para el corazon.—Amémonos y socorramos á los débiles; con nuestra abnegacion llamemos á las almas extraviadas, *tomando una parte de todos los dolores*. Acordémonos de las palabras del ángel del consuelo que nos enseña la esperanza. El es el que nos dice el secreto del porvenir.

FIN.

## INDICE.

|            |                                                 |     |
|------------|-------------------------------------------------|-----|
| Ex-voto.—A | ANA.                                            | 5   |
| I.         | El destino y la desgracia.                      | 10  |
| II.        | La revolucion y los que buscan minas<br>de oro. | 83  |
| III.       | El refugio y la caridad.                        | 168 |





